

de facto

Irianni, Manuela

De facto. - 1a. ed. -

La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2015.

153 p.; 21x14 cm.

Tesis de grado

Director: Dr. Jorge Bernetti

Autora: Manuela Irianni

manuelairianni@hotmail.com

Diseño de tapa: Pablo Amadeo González

pabloamadeogonzalez@gmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

UNLP

A quienes parieron esta democracia.

*A Martín Malharro, por ayudarme a describir
el olor de un supermercado chino.*

A Patricia, Juan y Marcelino.

ÍNDICE

A modo de introducción	15
Cap. I – Este mal invento que es la democracia (Uriburu – Di Meglio)	19
Cap. II – Dar vuelta atrás el tiempo de la historia (Ramírez – Devoto)	45
Cap. III – Los pobres siempre votan mal (Farrell – Feinmann)	67
Cap. IV – Una pelea en el espejo (Lonardi – Verbitsky)	91
Cap. V – El mundo se dio vuelta (Aramburu – Cattaruzza)	121
Algunos pensamientos al término de este recorrido	145

“—Señoras y señores —dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada—, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

—Han pasado cinco minutos —dijo el capitán en el mismo tono—. Un minuto más y se hará fuego.

José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros y se lo entregó a la mujer. «Estos cabrones son capaces de disparar», murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

—¡Cabrones! —gritó—. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. De pronto, a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el encantamiento: «Aaaay, mi madre.» Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madre con el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico.

Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar de que los vecinos seguían creyéndolo un viejo chiflado, que José Arcadio Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de ametralladoras abrió fuego. Varias voces gritaron al mismo tiempo:

—¡Tírense al suelo! ¡Tírense al suelo!

Ya los de las primeras filas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada compacta que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio una mujer arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio, misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre, antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba boca arriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y sólo entonces descubrió

que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo. Solamente reconoció a una mujer que vendía refrescos en la plaza y al coronel Gavilán, que todavía llevaba enrollado en la mano el cinturón con la hebilla de plata moreliana con que trató de abrirse camino a través del pánico. Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro. No llevaba ninguna luz, ni siquiera las rojas y verdes lámparas de posición, y se deslizaba a una velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Después de medianoche se precipitó un aguacero torrencial. José Arcadio Segundo ignoraba dónde había saltado, pero sabía que caminando en sentido contrario al del tren llegaría a Macondo. Al cabo de más de tres horas de marcha, empapado hasta los huesos, con un dolor de cabeza terrible, divisé las primeras casas a la luz del amanecer. Atraído por el olor del café, entró en una cocina donde una mujer con un niño en brazos estaba inclinada sobre el fogón.

—Buenos —dijo exhausto—. Soy José Arcadio Segundo Buendía.

Pronunció el nombre completo, letra por letra, para convencerse de que estaba vivo. Hizo bien, porque la mujer había pensado que era una aparición al ver en la puerta la figura escuálida, sombría, con la cabeza y la ropa sucias de sangre, y tocada por la solemnidad de la muerte. Lo conocía. Llevó una manta para que se arropara mientras se secaba la ropa en el fogón, le calentó agua para que se lavara la herida, que era sólo un desgarramiento de la piel, y le dio un pañal limpio para que se vendara la cabeza. Luego le sirvió un pocillo de café, sin azúcar, como le habían dicho que lo tomaban los Buendía, y abrió la ropa cerca del fuego.

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café.

—Debían ser como tres mil —murmuró.

—¿Qué?

—Los muertos —aclaró él—. Debían ser todos los que estaban en la estación.

La mujer lo midió con una mirada de lástima. «Aquí no ha habido muertos», dijo. «Desde los tiempos de tu tío, el coronel, no ha pasado nada en Macondo.» En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo antes de llegar a la casa le dijeron lo mismo: «No hubo muertos.» Pasó por la plazoleta de la estación, y vio las mesas de fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre.”

Cien años de soledad
Gabriel García Márquez

*"Un día, todos los elefantes se reunirán para olvidar.
Todos, menos uno."*

Rafael Courtoisie

A quien lea,

Este proyecto empezó en una noche de desvelo. Durante la tarde había visto una lista con todos los presidentes argentinos de la historia. Los de facto estaban en otro color. Los miré a grandes rasgos y hubo varios que no conocía. Creo que fue esa la idea que se atrincheró en mi cabeza. Me molestó que esos tipos, que habían gobernado el país cuando los derechos de todos fueron conculcados, gozaran encima del anonimato, y sentí que esa impunidad se basaba en nuestra ignorancia. No una ignorancia casual, claro. Hay determinados poderes que deciden qué cosas van a saber los pueblos. Pero creo que también nosotros podemos incidir en eso. Así que tuve un deseo irresponsable: charlar con referentes cuyos saberes nos permitieran mirar a estos hombres de cerca, para conocerlos y sobre todo, no repetirlos.

Aquí va nuestro pequeño aporte. Algunas herramientas para pensarnos, ciertos nombres, fechas, y porqués que acaso deberíamos conocer.

A modo de introducción

¿Sabías que fue la Corte Suprema quien acuñó la expresión “de facto” y legitimó así al primer gobierno inconstitucional de nuestra historia? ¿O que durante la presidencia de Ramírez, en plena Segunda Guerra Mundial, un comando inglés apresó un embajador argentino? En el marco de la dictadura de Aramburu un grupo de militares secuestró el cadáver de Eva Perón, pero ese dato no es muy conocido. Y fue a partir de un mandato inconstitucional que nuestro país ingresó al Fondo Monetario Internacional. Eso tampoco nos lo contaron.

Desde 1930 y hasta el año '83 hubo en la Argentina al menos un golpe de Estado por década. El período democrático actual es el más largo de nuestra historia. ¿Qué se propusieron los militares al interrumpir de forma sistemática los gobiernos electos? En líneas generales hubo un intento de “restauración moral” en lo discursivo, combinado con la implementación de políticas crudamente liberales. Pero los generales que usurparon el sillón presidencial no estuvieron solos. Han sido siempre el mascarón de proa de grupos mucho más amplios, integrados por la Iglesia, los medios de comunicación y actores financieros. Estos sectores, al no lograr gestar un partido popular de derecha y evidenciar que en las urnas perdían una y otra vez, fueron por la vía de los cuarteles.

Lo que viene a continuación es un relato posible. Los seis golpes de Estado que el siglo XX padeció por estas tierras fueron en los años '30, '43, '55, '62, '66 y '76. En este libro abordaremos los primeros tres, a partir de entrevistas con referentes que se ocuparán respectivamente de cada uno de los presidentes de facto que gobernaron a partir de los mismos. Los entrevistados destacarán los datos biográficos que crean pertinentes, harán alusión al rol de los medios de comunicación, y se ocuparán de

temas puntuales, propios de cada período. Por eso se trata de un relato posible. Porque seguramente si los entrevistados fueran otros, elegirían narrar los hechos desde otra perspectiva. A nuestros referentes los hemos invitado, como dice Cortázar, “con soberana libertad”, porque creemos en ellos y en sus recorridos, tanto políticos como académicos.

Gabriel Di Meglio, historiador, se ocupará del golpe de 1930 y de su líder, José Félix Uriburu. Será necesario para eso hablar también sobre el yrigoyenismo, ese fenómeno que José Félix combatió hasta la muerte.

En el caso del golpe de 1943, primero vendrá Fernando Devoto, también del campo de la historia, para introducirnos en el período conocido como “Década Infame”, aquel que concluyó con el golpe mencionado y el mandato de Ramírez. Serán a su vez temas centrales el GOU y la Segunda Guerra Mundial, que fueron las variables más fuertes que operaron durante el período.

Hará ingreso entonces el profesor de filosofía, como le gusta que lo llamen, José Pablo Feinmann. Porque es tiempo de Farrell, un segundón que necesitamos conocer porque durante su gestión sucedieron hechos tales como el 17 de octubre o la creación del IAPI. Un tipo del fondo que aquí será protagonista.

Luego de un salto de diez años recibiremos al periodista Horacio Verbitsky, porque como dirá él, aquel golpe conducido por Lonardi en el año '55 no se explica sin el rol activo de la Iglesia Católica. Y si del vínculo entre la Iglesia y el Estado se trata, es momento de Horacio.

En el caso de nuestro último presidente de facto, Aramburu, recurrimos otra vez a un historiador, Alejandro Cattaruzza. Han pasado cosas en la Argentina, hay un movimiento que está haciendo fuerza desde abajo y es la resistencia peronista, que viene entrelazada con una mujer robada y unos fusilamientos clandestinos. Pero ya nos lo contará Alejandro.

La historia argentina es apasionante, y está llena de amor, heroísmo y miserias. Aquí, una parte de ella.

Gabriel Di Meglio

Es historiador doctorado en la Universidad de Buenos Aires, institución en la que también obtuvo los títulos de profesor y de licenciado en Historia. Es investigador del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Doctor Emilio Ravignani" (UBA) y docente de Historia Argentina I (1776-1862) en la carrera de Historia de dicha Universidad. Integra el consejo editorial de la revista Nuevo Topo y es miembro del grupo Eternautas. Es autor del libro "¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la Política entre la Revolución de Mayo y el rosismo" (2007) y de diversos artículos sobre la misma temática en libros y revistas.

Cap. I
URIBURU
Gabriel Di Meglio

Este mal invento que es la democracia

—Sobre el golpe que encabezó Uriburu diría que, como nosotros lo miramos desde la actualidad y hubo una serie de golpes de Estado que vinieron después a lo largo del siglo XX, le ponemos de nombre: “el 1° golpe de Estado”. Pero en ese momento no era el primero sino el único y entonces fue un suceso muy significativo, trascendente porque rompía una larga época de institucionalidad.

Así se expresó Gabriel Di Meglio en un primer acercamiento al atentado que un grupo de militares y civiles liderados por José Félix Uriburu perpetraron contra la democracia el 6 de septiembre de 1930. Comenzaba el 1° gobierno de facto de nuestra historia.

—Más allá de que en la Argentina anterior a 1916 había un sistema de gobierno controlado por un grupo pequeño donde por momentos se aplicaba el fraude, nunca se había dado un quiebre en la legalidad. Entonces, cuando un sector de las Fuerzas Armadas, del Ejército en particular, decide romper el orden constitucional, no solo sienta un precedente tremendo para lo que va a venir después y marca un giro fundamental en la historia argentina, sino que además genera un impacto muy grande para los propios protagonistas.

A partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912, se celebraron en Argentina las primeras elecciones en que el voto

fue universal (aunque sólo incluía a los hombres), secreto y obligatorio. El resultado fue una masividad electoral que no tenía precedentes y el triunfo en 1916 de Hipólito Yrigoyen.

La democracia es un proceso siempre en construcción, de modo que sería difícil señalar cuándo comenzó en nuestro país. Más bien podríamos marcar mojones, momentos en que se fortaleció, como lo sigue haciendo hoy día. Desde esta perspectiva, 1912 fue sin dudas un hito en la historia de nuestra democracia. En el tiempo previo a esa fecha había elecciones, pero como el voto era cantado y no obligatorio, en verdad una élite designaba a los gobernantes en función de sus propios privilegios. No necesitaban derrocar presidentes porque ellos mismos los elegían. Con este avance democrático que implica el voto secreto y obligatorio para todos los hombres, aparece el conflicto. Los conservadores no pueden ganar las elecciones y entonces deciden romper por primera vez con las instituciones que antes les pertenecían. Podríamos simplificar y decir que con el siglo XX aparece la democracia, y con ella los golpes de Estado.

—Hay algo que tenemos en historia que es que siempre conocemos el resultado. Hago una analogía tonta: es como ver un partido de fútbol sabiendo el resultado, si sabés cómo va a terminar, te perdés los detalles, porque lo importante es cuando llegan los goles que llevan a la victoria. Y un poco pasa eso cuando uno estudia historia, que el peligro es mirar a los golpes de Estado como una línea causal donde el primero ya es el primero, “el primer golpe de Estado”. Entonces ya cuando lo pensás así, hay un segundo que va a venir. Insisto, en esa época no era el primer golpe de Estado, era El golpe, y eso me parece que es muy importante para entender el año '30.

Las Fuerzas Armadas habían sido clave en la formación del Estado Nacional porque en buena medida el Estado argentino se consolidó cuando el Ejército comenzó a obedecer a ese Estado y

no a las provincias ni a otros grupos. El Ejército le debía fidelidad siempre al Presidente y eso permitió la construcción del Estado. Entonces, que ese mismo Ejército, unas décadas después, se convierta en enemigo del Estado y actúe como una corporación, como un cuerpo, es un cambio muy grande y tuvo consecuencias tremendas, terribles. De hecho, diría que hay un ciclo que está marcado por esto y que evidentemente termina cuando a partir de 1990 las Fuerzas Armadas dejan de ser un actor principal en la política argentina, después de los levantamientos Carapintadas y la negociación con el indulto. De modo que el golpe del '30 es clave, sobre todo porque fue inédito y muy disruptivo para aquellos que lo vivieron así como es muy disruptivo para nosotros cuando lo miramos, por ser el inicio de una serie de calamidades que le pasaron al país después.

El día 6 fue el golpe, las Fuerzas Armadas derrocaron a Yrigoyen. El 8, con el presidente depuesto ya confinado en la Isla Martín García, Uriburu juró “servir a la patria” desde los balcones de la Casa de Gobierno.

Cuando la Corte Suprema de Justicia vio que un grupo de militares encarcelaba al presidente legítimo y se autoproclamaba al mando de la Nación, reconoció al nuevo gobierno. Entendiendo que el mismo se había instalado “de hecho” en el poder y no a través de la vía electoral, lo denominó “de facto”. Esa manía letrada de nombrar a las cosas en latín para que nadie las entienda, y para que suenen más lindas por más terribles que sean. Es decir que esta nomenclatura que acompañó la historia argentina durante buena parte del siglo XX fue acuñada por jueces, que reconocieron y legitimaron la posibilidad de que el Ejército actuara como una corporación haciendo abuso de su fuerza y vulnerando así la democracia y el derecho al voto de todos los argentinos.

Fue nombrado vicepresidente provisional el doctor Enrique Santamarina, quien renunció al cargo el 20 de octubre por

razones de salud. Esto es interesante porque nos permite ver que los militares estaban recién “ensayando” cómo hacer un golpe de Estado, y aún no tenían incorporado el sistema de Juntas del que se valdrían después. Aquí, en esta primer experiencia, a falta de esquemas propios imitan el formato republicano y ponen un vicepresidente civil.

—Si uno mira el gabinete que arma Uriburu, muchos habían sido funcionarios en los gobiernos previos a 1916, eran sus amigos del Jockey Club y del Círculo de Armas, gente muy mayor de edad. El mismo Uriburu ya era una persona grande para la época, tenía 61 años cuando llegó al poder; pero era un oficial muy prestigioso. El tema es que a su vez era alguien que en realidad estaba pensando en el fascismo italiano y en el dictador español, Primo de Rivera...

Uriburu disolvió el Congreso, declaró el estado de sitio e intervino las provincias y las universidades. Expulsó a los profesores y alumnos disidentes, abolió las conquistas de la Reforma Universitaria (lograda en 1918, durante el 1° gobierno de Yrigoyen), censuró a los medios de comunicación (incluso al diario Crítica, que había sido parte de la ejecución del golpe que lo llevó al poder) y actuó sin piedad contra todo sindicato que convocara a huelga. Hubo centenares de presos políticos que fueron enviados a Tierra del Fuego y comenzó una práctica que sería recurrente después: la tortura.

Durante el gobierno de Uriburu el jefe de la policía fue “Polo” Lugones, hijo del escritor Leopoldo Lugones. Polo creó la picana eléctrica, que en 1977 sería utilizada contra su hija, Piri Lugones.

Uriburu dictó Ley Marcial, es decir que era lícito fusilar tras juicio sumario. La primer víctima fue Joaquín Penina, un joven obrero catalán, fusilado en Rosario el 10 de septiembre, acusado

de mimeografiar un volante contra el “Presidente”. Ese mismo día la Corte Suprema reconocía al nuevo gobierno.

—El resto de los oficiales, que hoy llamaríamos más liberales y que dirigía otro militar, Agustín P. Justo, buscaba otra cosa. Ellos querían sacar a Yrigoyen e instaurar un nuevo sistema político que pudieran controlar fuertemente pero con mucha participación civil y no concentrando el poder en una sola persona, justamente en nombre de lo cual se había hecho toda la agitación anti-yrigoyenista. Uriburu tenía una idea distinta. Uriburu era el poder fuerte, el poder que supere este mal invento que es, a sus ojos, la democracia liberal.

Los militares no son todos iguales. Tienen ese gran factor común que los aglutina y disocia del resto de la sociedad, que es pertenecer a las Fuerzas Armadas. Pero más allá de eso, hay identidades, orientaciones, tradiciones, una serie de variables indispensables para comprender los hechos. El '30 no se explica sin las diferencias que separaban a Uriburu y a Justo, dos personas que marcaron aquella década larga que va de 1930 a 1943 y que conocemos como “Infame”.

—Al interior del Ejército hay, en ese momento, una tendencia nacionalista liberal y otra conservadora: la primera encarnada en Justo, que quiere terminar con el Yrigoyenismo, y la otra encarnada en Uriburu, que además de terminar con el Yrigoyenismo quiere terminar con la democracia. Para él la democracia es demagogia y lo que hay que hacer es terminar ese orden político e instaurar otro que vuelva a poner a los mejores en el gobierno de la patria, esa es su idea. Ahí detrás también están los preceptos de Leopoldo Lugones, con su frase: “ha llegado la hora de la espada”; y surge fuerte esta idea de que el Ejército es la reserva moral, aquel que tiene los valores de la patria y entonces contra tanta demagogia y contra tanta “chusmocracia”, la solución

está en las Fuerzas, cuya oficialidad era, además, un grupo proveniente de las clases altas en esa época.

—Ellos ven que las mayorías han avanzado, que las cosas “no se están haciendo bien” y deciden aleccionar al pueblo respecto de por dónde hay que re-encauzar el rumbo.

—Exacto, y para eso hay que sacarle el poder a las mayorías y mantenerlo durante años en manos de quienes, según ellos, saben.

José Félix Uriburu nació en Salta el 20 de julio de 1868, en plena presidencia de Mitre. Así que el primer dictador nació durante el mandato del 1° Presidente Constitucional. Cosas de la historia.

El padre de José Félix, José Uriburu Poveda, había sido uno de los principales dirigentes políticos de la región y gobernador de su provincia. El abuelo materno de nuestro personaje también había estado a cargo del ejecutivo de Salta, y su tío, José Evaristo Uriburu, fue Presidente de la Nación entre 1895 y 1898. Éste era hijo de don Evaristo, coronel de la Independencia, y de doña Josefa Álvarez de Arenales, hija del general sanmartiniano Juan Antonio Álvarez de Arenales, vencedor de las batallas de “La Florida” y “Cerro de Pasco”, ambas en el marco de la lucha por la Independencia de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Chile y Perú.

Probablemente semejante estirpe explica por qué José Félix tuvo el privilegio en 1902, de trasladarse a Europa e incorporarse al Ejército alemán como agregado al cuerpo de la Guardia Imperial. De regreso a la Argentina, como comandante del Regimiento VII de Caballería, apoyó al Presidente Quintana para sofocar la revolución radical de febrero de 1905, en la que ya participaba quien sería su futuro adversario: Hipólito Yrigoyen.

A fines de 1908 José Félix volvió a Europa, en un viaje de instrucción militar. Estas estadías en el viejo continente tal vez nos acerquen a comprender el origen del filo-fascismo que caracterizó su gobierno, el primero que dio lugar a la tortura en la Argentina y al fusilamiento sin juicio.

—La figura de Uriburu es apasionante porque es un personaje particular. No representaba lo que pensaba la mayoría de los que eran como él sino que era alguien que soñó con una sociedad distinta, que detestaba todo lo popular, todo lo que había traído Yrigoyen, que sería como su némesis, y que para terminar con eso confiaba en la fuerza, en esto de volver al tiempo anterior, para él hay una aristocracia que tiene que gobernar.

—Es decir que no podemos entender a Uriburu sin detenernos a comprender a Yrigoyen y los cambios que éste trajo a la Argentina. ¿Por dónde empezarías a describir al yrigoyenismo?

—Respecto del yrigoyenismo cabe señalar que al aplicarse el voto obligatorio masculino se genera una participación masiva electoral que le permite al radicalismo un triunfo que pocos se esperaban en los grupos dominantes previos, sorprendió a muchos de los conservadores, e instauró un tipo de gobierno que generaba un mayor vínculo con ciertas esperanzas populares. El ascenso yrigoyenista fue visto como un ascenso plebeyista, como un ascenso de “la chusma”. Por más de que Yrigoyen y la mayor parte de los dirigentes radicales tuviera una extracción de clase alta, y aunque Alvear pertenecía a una de las familias más patricias de Buenos Aires, el radicalismo era un partido muy popular. A veces uno olvida esto, teniendo en cuenta lo que fue el radicalismo posteriormente, y se lo llama “el partido de la clase media”, pero básicamente era un partido con mucho apoyo popular, criollo e inmigrante. “Chusmocracia” lo llamaban

aquellos que consideraban que el Estado les correspondía por derecho propio, un derecho casi aristocrático que no va con las repúblicas, algo no dicho, no institucional.

Las crónicas de la época señalan la particularidad de que Yrigoyen no daba discursos en público, sino que se reunía cada día con decenas de personas. Recibía en su despacho, en la Casa de Gobierno, a trabajadores, desempleados, hombres y mujeres comunes que dialogaban en persona con la máxima mediación institucional que es el Presidente de la República; esto resultaba inadmisibile para quienes siempre habían detentado el poder.

—Una vez entrevistando gente por un programa sobre Yrigoyen conocí a Florentina Gómez Miranda, una militante radical. Ella lo había conocido a Yrigoyen cuando era maestra normal. Terminó el colegio y le fue a pedir trabajo a la casa Rosada, y él esperaba, recibía a todos. Obviamente estamos hablando de otra dimensión, una sociedad más chica, pero en todo caso es interesante cómo él generaba un vínculo personal muy fuerte, y era adorado, la gente lo amaba; realmente era una persona muy respetada. Cuando hizo su campaña presidencial recorrió el país en tren, lo cual era inédito, y tuvo una mirada muy inteligente para articular la política local con la política nacional, esta política radical de los comités en todo el país que dejó a los conservadores desfasados. Por eso también fue tan odiado.

A mi me parece que el yrigoyenismo como fenómeno de masas e Yrigoyen como líder son dos cuestiones apasionantes. Ahora, también es importante señalar que, depende cómo uno lo mire, fue a su vez un dirigente muy duro con los sectores más radicalizados del movimiento obrero, como los anarquistas. Bajo el primer gobierno de Yrigoyen tuvieron lugar los episodios de represión obrera más terribles de la época. Pero a la vez, simultáneamente, es cuando el Estado empezó a tomar parte en las disputas entre sindicalistas y patrones y empezó a intervenir más en el mundo

del trabajo, muchas veces a favor de los gremios. Es decir, está en contra de los grupos de izquierda pero no de los sindicalistas.

—Comprender las distintas facetas que tuvo la política yrigoyenista respecto al movimiento obrero es una forma también de acercarnos a entender la complejidad que Uriburu enfrentó. ¿Podrías desarrollar estos episodios conocidos como “La semana trágica” y “La Patagonia trágica”?

—Durante el primer gobierno de Yrigoyen surge algo nuevo en el mundo que es la Revolución Rusa. Esta revolución bolchevique de 1917 genera pánico en las burguesías de todo el mundo occidental e instala el peligro de lo que en esa época se llamaban los Maximalistas: los que buscaban el cambio total. En Argentina va a surgir rápidamente, como en todos lados, un Partido Comunista. Entonces, el miedo al Maximalismo hace que cuando en 1919 hay una manifestación en la que los que participaban eran sobre todo anarquistas, haya una represión feroz. Se trataba de la huelga de los talleres Vasena en Buenos Aires que finalizó con una matanza importante. Primero la policía mató a algunos obreros y después atacó al cortejo fúnebre de dichos trabajadores, mientras los trasladaban de Pompeya al cementerio de la Chacarita. Asesinaron un montón de hombres más y también hubo respuestas obreras así que fue una pequeña guerra minúscula donde intervino justamente el Ejército en nombre del gobierno nacional, como siempre lo había hecho hasta entonces.

¿Qué rol jugó Uriburu en todo esto? Justamente en 1919, el año de los episodios mencionados, José Félix había sido ascendido a general de división. Desde ese lugar jerárquico tomó buena parte de las decisiones que hicieron que aquella semana fuera tan trágica. El Ejército que reprimió la huelga salió de Campo de Mayo, dejó como saldo de la represión 700 muertos, 4000 heridos y más de 50.000 detenidos.

—A la vez parte de estos viejos conservadores de derecha, miembros de la clase alta, formaron grupos paramilitares, que salieron desde el Centro Naval a atacar obreros. Ellos estaban en contra de Yrigoyen porque lo culpaban de todo lo que sucedía. Incluso durante esos días tuvo lugar en Buenos Aires el primer pogrom de la Argentina, esto significa un ataque contra la comunidad judía. Fue un momento tremendo y a todo este conflicto se lo denominó la “Semana Trágica”. La prensa conservadora atacó durísimamente a Yrigoyen, especialmente un diario reaccionario que era “La Fronda” y a partir de entonces se quebró para siempre la relación entre el presidente y los medios de comunicación.

Acerca de las acciones de prensa que operan en todo momento de convulsión política, cabe señalar que el diario La Fronda tituló, en referencia a Yrigoyen, “Analfabeto de padre y madre”. Con saña, los periodistas habían averiguado que los padres del presidente carecían de formación y llenaron las tapas de los periódicos con ese dato. Como si se pudiera inferir que la falta de escolaridad en la familia supusiera también una incapacidad congénita en el presidente, que por cierto era abogado.

—Por otro lado ocurrió también un conflicto obrero en la Patagonia, que en esa época era territorio nacional y le importaba realmente muy poco al resto del país. Ahí el Ejército intervino a favor de los patrones ante una huelga de peones en Santa Cruz y terminó esto con una matanza feroz que después fue recuperada en el famoso libro de Osvaldo Bayer, La Patagonia Trágica.

Estos dos episodios obviamente son manchas tremendas en el gobierno de Yrigoyen, pero en todo caso las cosas nunca son blanco o negro, y a la vez su gobierno implica todo el resto.

Los hechos narrados sucedieron durante el 1° gobierno de Yrigoyen.

El 2 de abril de 1922 se realizaron elecciones nacionales (en esa época los mandatos duraban 6 años) y triunfó la fórmula de la UCR: Marcelo Torcuato de Alvear-Elpidio González. Esto calmó los ánimos porque Alvear era un hombre del establishment, con pocos intereses populares. Tal era su desinterés por la Argentina que cuando ganó las elecciones residía en París. Algunos funcionarios viajaron hasta allí de modo que el flamante mandatario armó su gabinete en Francia.

A la hora de designar al ministro de Guerra, Alvear pensó en José Félix. Ambos tenían edades similares y habían compartido algunas experiencias. Sin embargo, no todo salió bien para el salteño, ya que el militar y académico francés, Joseph Joffre, que frecuentaba la residencia parisina de Alvear, le advirtió a este sobre la germanofilia de Uriburu y lo previno de que países como Inglaterra y Francia no verían bien dicha designación. Alvear tomó el consejo y nombró como ministro a otro militar: Agustín Pedro Justo.

Es evidente que estos dos hombres estaban marcados para luchar por los mismos puestos. Uriburu, que de todos modos era una persona de confianza del presidente, tuvo que conformarse con ser el inspector general del Ejército.

—Con el 2° triunfo de Yrigoyen en 1928 la conflictividad social recrudeció. Su gobierno implicó todas las luces y las sombras que hemos mencionado, pero sin dudas sus detractores no lo derrocaron por la represión hacia los sectores radicalizados del movimiento obrero, ni por considerar que efectivamente su “personalismo” perjudicaba a la nación, sino por la transformación que implicó y que posibilitó hechos como por ejemplo la Reforma Universitaria del '18.

—Yrigoyen es un poco esta bisagra entre el siglo XIX y el siglo XX, es un personaje muy interesante que trajo fuertes vientos de cambio. Los líderes no manejan todos los movimientos que tienen su nombre, el yrigoyenismo va mucho más allá de Yrigoyen como el peronismo va mucho más allá de Perón. En realidad me parece que más que las medidas concretas del gobierno de Yrigoyen, lo interesante es la sensación de un cambio. Porque así como las clases altas ven el ascenso popular, entre las clases populares muchos también vivieron este período como “ahora nosotros somos parte de algo que antes no éramos”. Y, en política, esas cuestiones simbólicas muchas veces pesan tanto como medidas concretas.

—Ahora que mencionás esta idea de Yrigoyen como bisagra entre ambos siglos, Uriburu también pareciera ser un hombre marcado por el cambio de época, que espera lograr en los años '30 la restauración de aquellos valores propios de cuando él se crió. ¿Qué destacarías acerca de los cambios que implicó el pasaje del siglo XIX al XX, que nos permita comprender mejor los procesos que hemos abordado?

—Argentina es un país donde es tan fuerte el cambio a fines del siglo XIX que muchas veces cometemos el error de creer que el país empezó otra vez y que todo lo que pasó antes desapareció o no es importante. Sabemos mucho menos acerca del período anterior, y lo poco que sabemos es en un tono más bien escolar y ligado generalmente a las efemérides.

Yo siempre reparo por ejemplo en lo siguiente: las carreras de ciencias sociales de la Universidades Nacionales de todo el país, no las de historia obviamente, pero las de sociales en general, empiezan a estudiar historia argentina a partir de 1880, porque en realidad se supone que ahí empezaría lo importante. Todo lo demás, es decir la historia colonial de la Argentina que son 300 años, casi no se conoce, como si no fuera relevante. Cuando en

realidad hay marcas significativas de nuestra nación cuyo origen ni siquiera se remonta al siglo XIX sino a mucho antes: por ejemplo el racismo en la Argentina, que es una de las marcas del país, no se puede entender si no se comprende la sociedad colonial que es donde la gente de acuerdo a su color de piel tenía derechos distintos y era jurídicamente diferente. Así ocurre con un montón de temas que uno puede retomar.

Obviamente en 1880 aparecen muchas cosas nuevas, un Estado nacional, un capitalismo consolidado. Pero hay elementos que se mantienen en buena medida desde épocas anteriores como puede ser, por dar otro ejemplo, el caso de la participación popular en la política. El hecho de que haya un vínculo entre líderes que logran hacer una carrera política a través de representar algunos intereses populares, como se puede apreciar en los casos del yrigoyenismo y del peronismo, es algo que viene del siglo XIX, no es una novedad. Es una novedad lo que reclaman, es una novedad la forma, es una novedad que es una sociedad distinta, pero en su esencia es algo que se rastrea fuertemente y tiene una raigambre profunda en todo lo que produjo la Revolución de Mayo en territorio Rioplatense, ahí tenés una continuidad importante que viene de larga data y que Uriburu va a intentar combatir.

Entonces en el siglo XIX esto ya sucedía, cuando había un gobierno con apoyo popular, en el caso de Buenos Aires, Dorrego, Rosas o los llamados caudillos de las provincias, se decía siempre lo mismo: “el gobierno es una merienda de negros”, por eso es que no hay una novedad absoluta en lo popular de Yrigoyen, lo que sí tiene de nuevo el yrigoyenismo es que le dio a un mismo movimiento dimensión nacional, hay yrigoyenismo en todas las provincias.

Argentina es un país que tuvo una participación política popular desde siempre. A partir de la revolución de Mayo dicha participación fue muy fuerte y se mantuvo durante casi todo el siglo XIX. Los conservadores a partir de 1880 lograron atenuar esa presencia popular y armaron una especie de política como

decía Roca “Paz y administración”, en la cual realmente parecía que unos pocos grupos tomaban las decisiones fuertes. Ahora, ciertamente cuando estos grupos pierden el poder, no saben qué hacer. Están completamente desorientados, dejan de valorar el sistema institucional para pensar en instalar un orden que a como de lugar les permita a ellos volver a lo que consideraban que era su derecho, que es dirigir el país. Por eso toman el poder en 1930 y por eso posteriormente se le va a llamar a ese momento la “Década Infame”, porque el país pasa a estar dirigido por un grupo que por la fuerza, y después mediante el fraude, crea un gobierno que los favorece a ellos y en el que vuelve buena parte del viejo elenco conservador, pero insisto, ahora transformado en el sentido de que ya no se puede volver atrás después de la experiencia Radical.

—Ahí está la clave del escollo que la vieja clase política no logró sortear...

—El gran problema que tuvieron los conservadores, aquellos que habían dirigido el país durante décadas, fue que no consiguieron armar un partido popular. Un partido como hubo en distintos países de América y de Europa: un partido de derecha, conservador, pero que tuviera un apoyo masivo y que pudiera competir en las elecciones con el radicalismo. Fracasaron en estos intentos con lo cual los radicales comenzaron a ganar una y otra elección y así, si uno simplifica mucho, puede decir que estos viejos conservadores comienzan a orientarse hacia una alianza con el Ejército y con la Iglesia en busca de una salida que no sea a través de las urnas, para vencer aquello que ven como una amenaza total contra el orden establecido de la manera en que ellos lo concebían.

—Comenzamos hablando de las consecuencias del golpe que encabezó Uriburu, ahora vayamos a sus antecedentes.

Hubo una coyuntura internacional que lo facilitó. ¿Cuáles serían los elementos esenciales?

—En ese momento había un gran descrédito, por lo menos en el mundo occidental, del sistema democrático y del liberalismo. A su vez estaba en su apogeo el ascenso de regímenes autoritarios que fueron muy prestigiosos como el de Primo de Rivera en España o el fascismo de Mussolini en Italia. Y además, mientras Yrigoyen hacía su segundo mandato, ocurrió el gran crack internacional que empezó en Wall Street en Nueva York y después se convirtió en una de esas grandes crisis que tuvo el capitalismo en su historia. Esta en particular fue tremenda y tuvo un impacto muy grande en todo el mundo de manera rápida. Las consecuencias económicas en Argentina contribuyeron también al debilitamiento de la figura del presidente que en ese momento era señalado como alguien que estaba muy viejo, que tomaba todas las decisiones de manera personal y que recurría con frecuencia a la intervención federal de las provincias en las cuales había gobiernos opositores a él.

—En ese momento se puso en marcha una operación mediática sin precedentes en la Argentina, que después fue coronada por el accionar militar. ¿Podrías describirnos ese proceso?

—Toda la oposición política se manifestaba permanentemente en contra de Yrigoyen y se lo empezó a acusar de que era lento y de que vivía alejado de la realidad. Comenzó todo un trabajo destituyente en el cual fue muy importante la prensa, en particular el periódico que dirigía Natalio Botana: “Crítica” y también el diario “La Prensa”; desde allí se hizo toda una campaña sistemática de desprestigio permanente. En general en todos los golpes de Estado siempre hubo algún medio o algún hombre de medios que tuvo un papel muy activo.

Finalmente los dos grupos de oficiales que venimos nombrando negociaron, los que respondían a Uriburu y los que estaban con Agustín Justo. Ambos pactaron este atentado institucional que implica que un pequeño sector del Ejército marche hacia la casa Rosada, obtenga apoyo civil de los partidos como el Conservador o los radicales anti-yrigoyenistas y con eso logre desmoronar a un gobierno que en ese momento tenía ya muy poca popularidad y al que nadie defendió.

Llegada esta instancia le preguntamos a Di Meglio por la ejecución concreta del golpe, por ese fatídico sábado de septiembre de 1930 en que Yrigoyen, en un último intento de salvaguardar las instituciones, se fue a la ciudad de La Plata para resistir desde lo que era el Regimiento 7 de Infantería. Pero el Regimiento no le respondió a Hipólito y él, derrocado, pasó allí su primer noche preso.

El área en que funcionaba el Regimiento fue transformada en lo que conocemos hoy como Centro Cultural Islas Malvinas, y el espacio en que Yrigoyen estuvo encarcelado, es ahora una sala de exposición para muestras de arte. Una placa en la entrada del lugar cuenta que una noche durmió allí un presidente vencido.

—El golpe del '30 fue muy largamente pensado, bastante planificado y después mal ejecutado. Como suele pasar en los golpes militares, cuando uno analiza ese día en particular o esos días, muchas veces dependieron también de algún golpe de azar, ¿no? Quién estaba, si el control en tal lugar decidió resistir o no, cómo negoció el gobierno. En este caso hay que entender que los seis meses anteriores al golpe el desprestigio del gobierno fue extremo, la gente gritaba “muera el peludo” como le decían a Yrigoyen, y además de todo el trabajo que hizo la prensa había toda una percepción de que económicamente, políticamente, moralmente, todo estaba desmoronándose.

Sucede también que la mayor parte de los oficiales del Ejército eran totalmente indiferentes a lo que le pasara a Yrigoyen, muchos no apoyaron la caída pero tampoco se dispusieron a defenderlo, como hubiera sido su deber en tanto que el jefe del Ejército es el Presidente. Entonces nadie hizo nada por él.

El grupo que lleva adelante el derrocamiento es bastante audaz, son apenas 600 cadetes los que salen del Colegio Militar y caminan hasta la Casa Rosada. Lo que sí hubo fue un arreglo con ciertos partidos políticos, en ese sentido fue un golpe cívico-militar. Se sumaron algunos de los sectores políticos anti-yrigoyenistas como los conservadores, los propios radicales del ala “antipersonalista”, una parte del Socialismo; todos convocaron gente para que vitoreara a este grupo de militares que avanzó hacia la Casa Rosada. Y lo que fue pasando es que nadie se les opuso. Entonces avanzan y algunos se pronuncian a favor de los alzados, otros no hacen nada y así el gobierno básicamente se cae porque no tiene apoyo.

En una última jugada Yrigoyen se fue a La Plata porque quería resistir. El vicepresidente Martínez se quedó en la Casa Rosada y renunció. Yrigoyen esperaba que la guarnición de La Plata lo respaldara pero esto no ocurrió, y ahí renunció él también. Entonces en realidad es como una especie de pequeño empujón y todo se va cayendo, porque 600 cadetes, más algunos soldados que apoyaban, no era una fuerza que pudiera asustar demasiado. Sin embargo lo que pasaba era que realmente la situación era muy complicada para el gobierno, había bastante consenso en su contra y consenso también respecto de una salida golpista, porque esto es algo que uno tiene que pensar en todos los golpes de Estado: siempre se dan con algún apoyo popular también.

—Y aquí llegamos al punto en que comenzamos: Yrigoyen detenido en la Isla Martín García y Uriburu en la Casa de Gobierno. Comienza entonces el período que luego se conocería como “Década Infame”. Uriburu ofició como

presidente de facto desde el 8 de septiembre de 1930 hasta el 20 de febrero de 1932. ¿Cómo fue ese tiempo?

—Uriburu fracasa en su proyecto de construir un sistema político autoritario más al estilo de las dictaduras europeas de la época y será Justo quien lo va a reemplazar.

En realidad el apoyo que Uriburu obtuvo de los nacionalistas extremos fue activo pero provenía de un grupo reducido, entonces el gobierno se desprestigió muy rápido. Al poco tiempo surgieron además sectores que empezaron a enojarse porque Uriburu no volvía al sistema institucional: había Ley Marcial, o sea que se podía fusilar a alguien sin juicio y en ese contexto lo matan al anarquista Severino di Giovanni.

Merece Severino una mención aparte. Y será en palabras de Osvaldo Bayer, quien el 27 de agosto de 2006 escribió en Página 12 a propósito de la muerte de América Scarfó, la amada del anarquista fusilado:

“América Scarfó nos dejó para siempre. Murió el sábado pasado. Tenía 93 años. Recibí la noticia con la tristeza de saber que era la última de una época de lucha libertaria. Mi sentimiento no era otra cosa que una melancolía mezcla de enorme cariño y admiración. Fue la compañera de Severino Di Giovanni. El anarquista fusilado por el dictador golpista de uniforme: Uriburu. El 1° de febrero de 1931. Un día después era también fusilado el hermano más querido por América: Paulino Orlando Scarfó. En 48 horas le habían arrancado a la adolescente de 17 años sus dos más grandes cariños. Quedó sola, en un mundo absolutamente enemigo.

Los poetas le cantaron a América Scarfó. A finales de los '30, el querido Raúl González Tuñón escribirá: “América Scarfó te llevará flores y cuando estemos todos muertos, América nos llevará flores”. Es que había quedado en todos el rostro de

América el día en que mataron a su amado Severino: no lloraba, estaba sumamente triste, pero firme. Lo iba a seguir amando toda su vida, como me dijo cuando la fui a entrevistar, allá a comienzos de los setenta. Yo había logrado descubrir dónde estaban las cartas de amor que le había escrito Severino y que en el allanamiento de la quinta de Burzaco se había llevado la policía. Las cartas de amor más bellas que he leído en mi vida. No sólo los uniformes fusilaron a Severino sino que también hicieron “desaparecer” sus cartas de amor. Pero así como los desaparecidos de los setenta reaparecieron en sus Madres, así las cartas reaparecieron ante la búsqueda sin fin del historiador. En sus líneas de despedida, antes de recibir las balas militares, Severino le escribe a América: “Carissima: más que con la pluma, el testamento ideal me ha brotado del corazón hoy, cuando conversaba contigo: mis cosas, mis ideales. Besa a mi hijo, a mis hijas. Sé feliz. Adiós, única dulzura de mi pobre vida. Te beso mucho. Piensa siempre en mí. Tu Severino”. Antes de esas últimas líneas, se le había concedido a Severino despedirse de América, que también estaba detenida.

Los más destacados periodistas de Buenos Aires estuvieron en el fusilamiento. La mejor crónica fue la de Roberto Arlt, que no puso ningún comentario propio sino sólo la descripción de ese teatro irracional de la fuerza bruta contra las ideas. “La descarga terminó con el más hermoso de los que estaban presentes”, serán las últimas palabras de la crónica del periodista del Buenos Aires Herald.”

—En ese contexto Uriburu convocó elecciones en la provincia de Buenos Aires para el 5 de abril. Corría 1931. Lo hizo seguro de que la UCR sería derrotada. La fórmula conservadora fue Antonio Santamarina-Celedonio Pereda, mientras que los radicales presentaron la dupla Honorio Pueyrredon-Mario Guido. Para sorpresa de José Félix ganaron los radicales. El mandatario anuló los comicios.

Comenzaba formalmente la etapa del “fraude patriótico”. ¿Podrías decirnos cómo funcionaba?

—El fraude patriótico es que se pueden cambiar las elecciones a favor de que ganen los que tienen que ganar, “que gane la patria”. Esto era evidente en el sentido de que hubo elecciones, como esta del '31, que directamente se anularon. No pasó en todos los lugares del país de la misma manera, pero a nivel nacional, en provincia de Buenos Aires y en algunos de los grandes distritos quedaba muy claro que se cambiaban los resultados. Eso es lo que deslegitimó no solo al gobierno conservador, sino en general al sistema político y eso tuvo consecuencias graves para el país.

La crisis económica que estalló con el crack financiero del '29 se hacía cada vez más crítica, el nivel de desocupación era creciente y los trabajadores estaban comenzando a hacer oír su descontento. Había una gran disconformidad en Buenos Aires y por esos días la ciudad sufrió la invasión de una plaga, se trataba de cucarachas. Para que podamos dimensionar lo negativa que era a esa altura la imagen del presidente, cabe mencionar que los despreciables insectos se popularizaron con el nombre de “uriburos”.

—Rápidamente el gobierno de facto se desmoronó y entonces se realizaron elecciones controladas por el Estado en las que triunfó Agustín Justo, que como vimos era un militar que venía de otro lado, representaba esta tradición más liberal, acorde con los principios de los conservadores previos a 1916.

Las elecciones se realizan el 8 de noviembre de 1931. Agustín Pedro Justo fue el candidato a presidente por la “Concordancia”, que unía al Partido Demócrata Nacional, un sector de los radicales anti-yrigoyenistas y los socialistas independientes. La lista opositora fue la “Alianza civil” que

presentó la fórmula Lisandro De la Torre-Nicolás Repetto. La UCR intentó el reconocimiento de una fórmula que fue vetada por Uriburu, en una de sus últimas medidas como presidente.

Resultó electo Justo con 600.000 votos, mientras que la Alianza Civil rondó los 500.000. Uriburu dejó el cargo el 20 de febrero de 1932.

Ese año el escritor porteño, Oliverio Girondo, escribió:

*“Llorar a lágrima viva.
Llorar a chorros.
Llorar la digestión.
Llorar el sueño.
Llorar ante las puertas y los puertos.
Llorar de amabilidad y de amarillo.
Abrir las canillas,
las compuertas del llanto.
Empaparnos el alma, la camiseta.
Inundar las veredas y los paseos,
y salvarnos, a nado, de nuestro llanto.
Asistir a los cursos de antropología, llorando.
Festejar los cumpleaños familiares, llorando.
Atravesar el África, llorando.
Llorar como un cacuy, como un cocodrilo...
si es verdad que los cacuies y los cocodrilos
no dejan nunca de llorar.
Llorarlo todo, pero llorarlo bien.
Llorarlo con la nariz, con las rodillas.
Llorarlo por el ombligo, por la boca.
Llorar de amor, de hastío, de alegría.
Llorar de frac, de flato, de flacura.
Llorar improvisando, de memoria.
¡Llorar todo el insomnio y todo el día!”*

La misma noche en que Justo asumió, permitió a través de un indulto, el regreso de Yrigoyen que continuaba en la Isla Martín García. Hipólito debió instalarse en la casa de un sobrino pues su domicilio de la calle Brasil había sido saqueado durante la jornada del 6 de septiembre.

A los pocos días Uriburu partió a Europa con sus problemas de salud agravados y falleció en París el 29 de abril, a solas en la sala de operaciones. Sus restos fueron repatriados y depositados en el cementerio de la Recoleta.

Quien había sido su mayor adversario también estaba muy mayor. Yrigoyen falleció unos meses después, el 3 de julio de 1933, en la casa de su sobrino. Fue velado durante 3 días y en el traslado, también hacia la Recoleta, lo acompañaron 200.000 personas. Nunca en Buenos Aires se había visto una manifestación semejante.

—Gabriel, llegamos así al final de esta parte de la historia. Uriburu falleció dejando inaugurada esta década que luego conoceríamos como “Infame”.

Es interesante ver que más allá de lo poco legítimas que fueron las elecciones de noviembre del '31, por la fórmula radical vetada y por el fraude, ya la Argentina no era la misma. El yrigoyenismo y la Ley Sáenz Peña parecieran haber instaurado cambios de los que no se podía volver atrás, como quisieron los conservadores. Este grupo que detentaba antes el poder de manera casi absoluta tuvo ahora, al menos, que presentarse a elecciones. Aunque los comicios fueran una farsa, se vieron obligados a legitimarse ante la sociedad a través de las urnas y eso marca una diferencia.

Para terminar, ¿podrías dejarnos una instantánea de este período?

—La que se llamó “Década Infame” en realidad fue una cosa bastante particular, un intento de restauración conservadora pero

que a su vez introdujo una serie de cambios bastante significativos: por ejemplo, empezó a intervenir el Estado en la economía, algo que los conservadores previos a 1916 no hacían. Este cambio ocurrió sobre todo como consecuencia de la crisis mundial del '30. A la vez estaba presente la intención de volver a un pasado perdido donde había una aristocracia, unos mejores que gobernaban al país antes de que viniera el aluvión yrigoyenista. A diferencia de lo que había hecho el yrigoyenismo, se le dio la espalda completamente a todos los reclamos de los trabajadores. Hubo un Estado completamente ausente en un montón de aspectos, toda una vacancia de atención hacia sindicalistas y hacia aquellos que venían luchando por cambios en la vida cotidiana de la gente común.

Ortiz, el presidente que sucedió a Justo y que sería luego reemplazado por Castillo, venía con un plan de una apertura mayor, pero en realidad esto no ocurrió. Más allá de los matices que tuvieron entre sí, en los hechos uno siempre agrupa estos gobiernos porque llegan al poder mediante acciones fraudulentas, mantienen un sistema político que está muy lejos de ser considerado democrático y porque básicamente es el mismo grupo el que sigue detentando la toma de decisiones y el poder económico. De ahí también la estigmatización de la década con ese nombre fenomenal que es “Infame”.

De hecho el golpe del 43' será una reacción de un sector nacionalista contra este grupo heredero de los viejos conservadores liberales que había vuelto a tomar el poder, pero que no podía simplemente entenderse como el regreso al orden conservador previo a 1916, porque lo que hicieron estos conservadores en el poder fue distinto, sobre todo en lo que tenía que ver con la acción del Estado. En ese sentido todo es muy diferente a partir del '30, pero el espíritu intenta ser el mismo de aquella época, si bien con mucha menos legitimidad. Uno puede usar acá la famosa frase de Marx, si aquello fue una tragedia, esto era una farsa.

Fernando Devoto

Es historiador, estudió en la Universidad de Buenos Aires, realizó un posgrado en la Universidad de Roma y se doctoró en la Universidad Nacional del Centro. Es Profesor titular de Teoría e Historia de la Historiografía y Director de programas de investigación en el Instituto Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue Profesor Invitado en las universidades de Burdeos, Paris VII, Barcelona, Valencia, Turín, Milán, Ancona, Nápoles, en el Instituto Ortega y Gasset (Madrid), en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici (Nápoles) y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París). Algunos de sus libros son: “Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna” (2002), “Historia de la historiografía argentina” -en colaboración con Nora Pagano- (2008) e “Historia de los italianos en Argentina” (2006).

Cap. II
RAMÍREZ
Fernando Devoto

Dar vuelta atrás el tiempo de la historia

“...lo necesario, lo fundamental es cambiar el sistema: debemos evitar la repetición del actual caos gubernativo y suprimir en lo posible el profesionalismo político. Ello requiere modificar ciertos aspectos de la vida política del país; la Ley Sáenz Peña (...) parece no ser la que mejor se adapta a una población que contiene un cuarenta por ciento de analfabetos.” Escribía el teniente coronel Ramírez al teniente coronel Rotjer el 10 de noviembre de 1930, dos meses después de que Yrigoyen fuera derrocado.

Pedro Pablo Ramírez había participado en dicho golpe como jefe del Servicio de Informaciones del Estado Mayor. Por su cercanía a Uriburu, en 1932 Justo decidió apartarlo enviándolo como agregado militar a Italia, en donde Ramírez pasó dos años en pleno esplendor del fascismo para volver luego al país y convertirse con los años en el 2º presidente de facto de nuestra historia.

Cabe mencionar que tiempo después, en el '55, Pedro Pablo mostró su simpatía por Lonardi, y que cuando falleció, en 1962, habían pasado 45 días del derrocamiento de Frondizi y gobernaba de facto el país José María Guido.

Podríamos decir que se trata de un hombre que, cual eslabón, funciona como un elemento de continuidad en la historia golpista de nuestra nación.

Dentro de esos 30 años en los que Ramírez jugó como un actor político, el golpe del '43 en que fue derrocado el presidente Castillo, representó su momento de mayor poder y visibilidad.

—¿Qué características tuvo Ramírez que pudieran incidir en su llegada a la presidencia?

—Ramírez era un militar relativamente prestigioso entre sus compañeros de armas. Era oficial de caballería, lo cual ya es toda una definición, ¿no? Porque en un Ejército que estaba mayoritariamente compuesto por hijos de inmigrantes y pertenecientes a sectores de clase media, Ramírez estaba en aquella parte del Ejército donde todavía existían algunas familias tradicionales. Él era entrerriano pero de una familia de origen correntino que estaba instalada en el Río de La Plata desde la época colonial, o sea que era, a diferencia de buena parte de sus compañeros de armas, lo que podríamos llamar un “criollo viejo”.

Nació el 30 de enero de 1884 en un pueblo llamado La Paz. Su padre, Pedro Ramírez, era un estanciero relativamente importante allí, había sido jefe departamental, y eso influyó en que Ramírez tuviera algunos encargos prestigiosos en el exterior. Había ingresado al Colegio Militar a los 17 años y siendo muy joven, entre 1911 y 1913, estuvo en Alemania para perfeccionarse en el esquema prusiano del Ejército. Luego participó del golpe del '30, dentro de la fracción Uriburista, lo cual lo llevó a Italia en misión en 1942.

En Italia estuvo durante dos años que coincidieron con el esplendor del fascismo y volvió luego a la Argentina, a mediados de la década del '30, con dicha escuela a cuestas. En esta etapa de madurez se casó con María Inés Lobato Ramayón y tuvo cuatro hijos: Elsa Lucía, María Inés, Pedro Enrique y Marta Angélica. Cabe reparar en su hija mayor, cuyo esposo sería un elemento relevante en la vida política de su suegro, Ramírez.

En 1941 ascendió a general de división, en ese entonces el abogado y juez, Ramón Castillo, estaba al frente del gobierno por

enfermedad del presidente Roberto Ortiz, y había estallado la Segunda Guerra Mundial.

En 1943 fue nombrado ministro de Guerra y designó a su yerno, Francisco Filippi, como secretario privado. Ese fue el último cargo que ocupó antes de arribar a la presidencia.

—Entonces estas cosas que para los militares daban cierto prestigio, como las misiones en el extranjero o como pertenecer a una familia tradicional, hacían al capital que tenía “Palito”, como lo llamaban sus camaradas porque era muy delgado. Ramírez era además un hombre relativamente poco conversador, silencioso, y se suponía, cosa que los acontecimientos van a revelar que no era así, que era una persona enérgica y decidida.

—¿Cómo fue el golpe de Estado en que él participó?

—El golpe de 1943 es un golpe que los contemporáneos recibieron sin sorpresa —señaló Fernando Devoto como una primera apreciación—. Eso ha ocurrido con otros golpes en la Argentina, pero en este caso se venía de una década en la cual había habido muchos intentos de golpes militares, casi todos ellos fracasados, y entonces la posibilidad estaba en el aire. Esto fue a tal punto así que los acontecimientos no generaron sorpresa, ni tampoco resistencias; sólo hubo un combate militar cuando la guarnición del Ejército avanzó desde Campo de Mayo hacia Buenos Aires, pero fue parte de un error, de un equívoco. Se trata de un golpe que no tuvo oposición, prácticamente nadie salió en defensa del gobierno de Ramón Castillo y los militares pudieron instalarse rápidamente. Yo diría que esta es una primera característica: no hay sorpresas.

Una segunda característica es que nadie sabía muy bien quiénes eran estos militares, ni qué querían. Es un golpe, a diferencia de otros, que tuvo bastante poco contacto con fuerzas civiles, es decir, un golpe más bien exclusivamente militar, y

entonces eso hizo que la reacción de los políticos de distintos partidos fuera, inicialmente, esperar. Luego, a partir de que los mismos militares dieron una proclama el 4 de junio del '43, pasaron a apoyar. De todos modos fue una proclama muy ambigua en la cual no se sabía bien hacia dónde iba a orientarse el golpe, teniendo en cuenta que el Ejército era una institución dividida, muy fragmentada, y eso hacía que hubiera muchas tendencias. Lo que más se conversaba eran las inclinaciones aliadófilas o germanófilas en el Ejército, pero existían muchos otros matices.

Una tercera característica es que es un golpe impulsado por coroneles, es el único golpe militar que no es llevado a cabo por la alta oficialidad, lo cual también hace a su especificidad.

Y yo diría que una cuarta característica es que el golpe fue muy desordenado. A tal punto que el día 4, al momento del pronunciamiento, las Fuerzas Armadas indicaron al general Rawson como Presidente (si uno mira los diarios del día 6 a la tarde se podía leer el gabinete de Rawson que iba a jurar el 7 a la mañana), y el 7 finalmente no jura Rawson sino el general Pedro Ramírez. Eso muestra de algún modo el grado de caos y de desorden en el cual se produce este golpe porque no existía dentro de las Fuerzas Armadas ninguna cohesión; lo que uno podría llamar los “mandos naturales” estaban quebrados y entonces se trataba de una institución anarquizada. Así que el golpe emerge en una situación bastante confusa. Estas características serían un primer acercamiento a los hechos.

—A propósito de que en el marco de la “Década Infame” la posibilidad del golpe estaba en el aire, ¿cómo podríamos describir la esencia de dicho período histórico?

—Es evidente que en la década de los años '30 la Argentina desde el punto de vista político estaba en el limbo, y es muy claro

que el sistema del fraude instaurado ya en las elecciones de 1931 no podía durar eternamente. El gobierno carecía de legitimidad.

Como vimos en el capítulo anterior, luego de la anulación de las elecciones de abril de 1931 durante el mandato de Uriburu, llegaron los comicios de noviembre en que fue electo el general Justo. Al término de su mandato, en las elecciones de 1937, triunfó un abogado radical, hijo de inmigrantes vascos, Roberto Marcelino Ortiz. Había sido ministro de Obras Públicas durante el gobierno de Alvear, y de Hacienda en el período de Justo. En 1942 falleció por problemas de salud y fue reemplazado por su vice, Ramón Castillo. Estos cuatro presidentes, uno de facto y tres elegidos por la vía del fraude, constituyen el período que va del año '30 al '43.

—Por cómo se venían dando los hechos, yo diría que en ese contexto histórico había cuatro salidas posibles: una opción era que los conservadores hicieran una manipulación de la legislación electoral, por ejemplo mediante la quita del voto a los analfabetos o la anulación de la obligatoriedad del voto; alguna manipulación que les permitiera ganarle a la UCR, porque en elecciones limpias los radicales ganaban inevitablemente. La segunda opción era hacer una transición, es decir, pasar de un régimen de fraude a un régimen democrático. Eso es, yo diría, el momento Ortiz. La figura de Ortiz, su asunción en el '38, permitió pensar que era posible una transición. La tercera solución era la del general Justo. Pero él muere en enero del '43'. La cuarta salida era el golpe militar, que de hecho sucedió.

—¿Y los hechos concretos cómo fueron? ¿Hubo una reunión de estos coroneles? ¿Cómo se dio la situación práctica del golpe?

—La situación práctica obliga a ir un poquito más atrás. En ese contexto de degradación institucional de las Fuerzas Armadas, se crea en febrero del '43 una agrupación secreta que luego va a ser muy famosa, el GOU, Grupo Obra y Unificación.

El GOU, también conocido como “Grupo de Oficiales Unidos”, fue una logia militar que dirigían tres coroneles: Miguel Ángel Montes, Juan Domingo Perón y Emilio Ramírez. Otros miembros destacados de esta organización fueron los tenientes coroneles Enrique P. González, Aristóbulo Mittelbach, Arturo Saavedra y Agustín de la Vega. Francisco Filippi, el yerno y secretario de nuestro protagonista, también integraba la organización.

—Estos militares intentaban promover un golpe de Estado pero no para junio del '43 sino para septiembre u octubre, porque el GOU tenía que consolidarse y reclutar adherentes antes de actuar. La creación del GOU coincide con la muerte, como señalamos recién, de aquella figura que había dominado la década de 1930 y que sobre todo había logrado bloquear todas las iniciativas de este tipo, que era el general Justo, fallecido en enero de ese mismo año.

Pero bueno, ¿por qué un golpe que los militares empiezan a pensar en dar hacia septiembre se anticipa y ocurre en junio? Sucede porque la mejor carta que estos coroneles, tenientes coroneles mayores, creían tener, era el ministro de Guerra de Castillo, Pedro Ramírez.

Ramírez había sido nombrado ministro de Guerra en noviembre de 1942 (en reemplazo del general Tonazzi, cercano a Justo y al bando aliado) y esa era la carta que ellos pensaban jugar. Pero el nuevo ministro era una persona bastante cortejada a su vez por otros grupos: en mayo de 1943 algunos dirigentes radicales le pidieron si quería ser candidato a Presidente en las elecciones que se iban a celebrar en octubre de ese año, como

parte de una coalición opositora a la Concordancia gobernante. Esa reunión de fines de mayo del '43 llegó a oídos del presidente Castillo.

Por entonces la guerra en Europa había partido aguas en la política nacional y Castillo pensaba en Robustiano Patrón Costas, un conocido aliadófilo, como posible candidato presidencial. Esto preocupaba a los militares que a su vez veían la creciente presión que los Estados Unidos ejercían sobre el gobierno para que este rompiera con la posición neutralista respecto de la guerra.

—Entonces cuando el presidente Castillo se entera de esa reunión entre su ministro de Guerra y los radicales, le pide que haga una declaración pública. Ramírez, que no había aceptado el ofrecimiento radical (no había dicho ni sí, ni no), hace una declaración muy ambigua, y entonces el día 3 de junio Castillo decide pedirle la renuncia, y eso es lo que acelera la decisión de dar el golpe.

Sucedió de manera bastante confusa el golpe como ya señalamos: se reunieron en la guarnición de Campo de Mayo varios oficiales que comandaban distintas unidades. Ahí la figura más importante, el comandante de la guarnición, fue el coronel Anaya, de orientación aliadófila. A esa reunión no asistió Perón, se lo trató de ubicar pero Perón prefirió no participar y mantenerse en una especie de segundo plano.

Cuando los militares se habían reunido y decidido dar el golpe, llegó la noche. Según las crónicas de la época era una noche de mucha niebla. Apareció entonces el general Rawson que no era miembro del GOU. Estaba también allí Anaya que tampoco era miembro, o sea que en esta conspiración había algunos pocos oficiales del GOU y muchos que no lo eran y que tampoco sabían de su existencia. Ocurre que se trataba de una organización secreta e ilegal, entonces si hubiera tomado luz pública,

perfectamente todos sus integrantes podrían haber sido pasados a retiro de inmediato.

Estos coroneles, por respeto a la jerarquía militar, necesitaban un general para dar el golpe. Ramírez, por su parte, en tanto ministro de Guerra, consideró que él no podía encabezar el movimiento contra el presidente que lo había nombrado. El coronel Anaya decidió apoyar al general Rawson, y fue así que esta figura terminó encabezando el golpe, por más que no pertenecía a la organización que lo había propiciado.

—¿Pero Ramírez no había renunciado cuando Castillo se lo pidió?

—No. Le pidieron la renuncia pero no se llegó a concretar, porque cuando él fue citado a la Casa de Gobierno para presentarla, Castillo tomó conocimiento de lo que estaba ocurriendo en Campo de Mayo y le ordenó a Ramírez ir a contener ese movimiento. Ramírez no lo hizo y el 4 a la mañana Castillo trató de exigirle nuevamente la renuncia como ministro de Guerra, pero ya era tarde porque las tropas habían salido de Campo de Mayo.

Se movilizaron unos 10.000 hombres. Era una fuerza mucho más considerable que la del '30. Como ya habrán visto, en aquella ocasión el golpe se ejecutó tan solo con los cadetes del Colegio Militar. Acá hubo una columna muy grande que avanzó sobre la Plaza de Mayo y que encontró resistencia por parte de tropas de la Marina cuando pasó a la altura de donde estaba la ESMA, hoy ex ESMA. Ahí hubo varios muertos, nunca se supo cuántos. Ocurrió un tiroteo intenso entre las fuerzas que avanzaban pero hasta donde sabemos eso fue un error, una falta de comunicación entre el que comandaba la columna, que era una figura luego importante que es el coronel Ávalos, y las fuerzas que se encontraban en este arsenal naval.

—Estos 10.000 hombres, ¿avanzaban con tanques? ¿Caminaban? ¿Qué veía la gente que estaba ahí presenciando ese espectáculo?

—Era una columna motorizada, sobre todo con camiones, pero no nos consta ni que hubiera aplausos ni que hubiera silbidos. Los espectadores ocasionales probablemente se preguntarían qué era eso, pero no necesariamente imaginaban que se trataba del comienzo de una revolución militar.

—Rawson no va a llegar a jurar, no asumirá como Presidente. ¿Por qué se da este giro para que finalmente sea Ramírez el nuevo mandatario?

—El tema es que Rawson, que de algún modo era un conservador, se había reunido en la noche del 4 en el Jockey Club, del cual era miembro, con algunos amigos y había ofrecido una serie de carteras. Entre ellas aparecían algunas figuras muy asociadas con la década del '30. —*Además se había reunido con el embajador de los Estados Unidos, Norman Armour, y había acordado romper relaciones con el Eje, elemento que también causó malestar en el GOU y precipitó los acontecimientos.* —Por eso al día siguiente los militares, sobre todo el coronel Anaya, hicieron un planteo y pidieron que él cambiase el gabinete. Rawson se negó y presentó su renuncia. Esto llevó a la presidencia a “Palito”, que apareció como la figura más visible de la revolución durante todo su primer período.

—¿Cómo se podría describir el gobierno de Ramírez?

—El gobierno de Ramírez fue un caos. Veamos lo siguiente: él asumió en el medio de dos contextos importantes: uno era la situación militar que hemos señalado, muy fragmentada y en la cual existía esta logia que era el GOU, cuya existencia Ramírez

conocía pero de la cual no era miembro. Segundo era la situación internacional de la Guerra.

Es muy curioso que este golpe militar y este primer gabinete de Ramírez, que estaba muy dividido entre ministros aliadófilos y otros que eran partidarios del eje, no tuviesen bien en claro cuál era el contexto en que el golpe se producía. Porque si nosotros miramos el gobierno de Ramírez desde junio del '43 hasta febrero del '44 (él delegó el poder el 26 de febrero y renunció el 9 de marzo), si miramos ese lapso, vemos que el gobierno iba claramente hacia la derecha. Hacia una posición filo-eje, y en el contexto interno a una tendencia en la cual los sectores nacionalistas y católicos tomaban preponderancia.

Pero si miramos la situación internacional, el año '43 marcó muy claramente que Alemania perdía la guerra. Uno puede tomar simplemente dos hechos que muestran esto: en febrero fue la rendición del Ejército alemán en Stalingrado; y en julio los jefes fascistas, el gran consejo, destituyeron a Mussolini, aliado de Hitler. Entonces para cualquier observador perspicaz era evidente que la guerra se orientaba hacia una victoria de los Aliados. Inversamente, el gobierno militar se orientaba hacia posiciones germanófilas.

Esta situación de tensión se vio agravada además por un problema con el abastecimiento de armas que a los militares les interesaba mucho. Sucedió que Estados Unidos estaba proveyendo de armas a Brasil pero no quería brindárselas a la Argentina por su posición neutralista. En ese contexto el gobierno se ilusionó con que los alemanes podrían ofrecer aquellas armas, lo cual era absurdo ya que ellos tenían que emplear todas las armas posibles en sus frentes de guerra, sobre todo en el frente ruso que era donde la guerra se presentaba en términos críticos para Alemania.

De hecho ya en agosto del '42, cuando Ramírez no era ni siquiera ministro, había tenido la misión de embarcarse a Europa para traerle armamento alemán al Ejército argentino y dicha

expedición había sido suspendida por parte de los alemanes que detuvieron las ventas pactadas para conservar su arsenal.

—Estamos hablando del contexto en que Ramírez gobierna caóticamente, con el problema de la provisión de armas y de la fragmentada situación similar. Pero respecto de la posición que los militares tomaban hacia el Eje: ¿se trataba de una cuestión ideológica o en verdad podemos pensar que había una incomprensión con respecto al curso que tomaba la guerra?

—Yo diría que las dos cosas. Si miramos los periódicos de 1943, de acuerdo al diario que uno leyera, era cómo iba la guerra. Nosotros hoy vemos con claridad que los alemanes estaban perdiendo, pero si uno elegía leer los medios nacionalistas, lo único que veía eran permanentes contraofensivas alemanas. Entonces, uno podía ser lo suficientemente ingenuo como para creer en la posibilidad de extraer de los diarios una imagen de lo que estaba ocurriendo; ojo, podían tener informaciones clasificadas, pero ahí se ve bastante bien que existía en todo el servicio exterior y en todo el sistema de informaciones argentinas una gran improvisación.

Entonces, no había noticias claras y esto yo diría que es una de las cuestiones, la otra cuestión es efectivamente la dimensión ideológica. Y aquí claramente el GOU, y buena parte de las Fuerzas Armadas en general eran o neutralistas o simpatizantes del eje. Hay dos claves en la ideología del GOU y, en buena medida, entre los militares. Una es el peligro del Comunismo, el peligro de que se construya en Argentina un frente popular y que el país se convierta en el escenario de una guerra civil como la española; las referencias a dicha guerra son permanentes. La segunda clave es la oposición a los Estados Unidos. Si uno lee los documentos, van acompañados con una fraseología muy rústica, primitiva, que revela la ausencia de una ideología sofisticada.

¿Quiénes son los enemigos? Los enemigos son los Comunistas, los Judíos, la Masonería e incluso el Rotary Club. Esto que tiene algo de grotesco era bastante común en los regímenes totalitarios de derecha europeas: el tema del Judaísmo, del capitalismo financiero y la Masonería. Franco prohibió la Masonería, Mussolini también.

Suponer que la Argentina estaba en una situación cercana a la construcción de un frente popular que pudiera dar lugar a una guerra civil no tenía sentido, esto no era de ningún modo así. Era evidente, el golpe y la situación posterior lo demostraron, que la sociedad estaba poco movilizada. El Comunismo era un movimiento con alguna fuerza en los sindicatos pero políticamente débil. Entonces: ¿cómo se les podía ocurrir la idea del peligro de una guerra civil como la española? ¿Se les había ocurrido o era un argumento de propaganda para reclutar a otros militares? No lo sabemos, pero sí sabemos que el anticomunismo era compartido por todos los integrantes de las Fuerzas, fuesen simpatizantes de los aliados o del eje. Del mismo modo la oposición a los Estados Unidos era compartida por muchos. Cabe recordar que los conservadores de la década del '30 se habían especializado en confrontar con las aspiraciones norteamericanas, lo que era parte de una tradición bastante más larga.

Estas eran las ideas y contradicciones que Ramírez tenía en juego y en mente cuando tomó sus primeras decisiones. El día 7, cuando juró, mantuvo como vicepresidente al candidato de Rawson, el contralmirante, Sabá Sueyro. También respetó las designaciones hechas en Marina y Agricultura, pero el resto de los ministros fue apartado sin haber jurado. El nuevo gabinete tuvo una alta composición castrense: de diecinueve ministros, quince fueron militares. Entre ellos, en la cartera de Guerra fue nombrado Edelmiro Julián Farrell, quien será el protagonista de nuestro próximo capítulo.

—Acerca del gabinete, lo que sorprende son los permanentes cambios de sus miembros. Probablemente en ese lapso de ocho meses que duró el gobierno de Ramírez hubo más ministros que en cualquier otro período equivalente de la historia argentina, y esto tenía que ver con luchas que ya no eran solo entre aliadófilos y germanófilos, sino también entre aquellos que estaban con el GOU y quienes estaban contra el GOU; para estos últimos la verdadera real amenaza dentro de los militares eran Perón y aquel hombre marioneta recién nombrado ministro de Guerra, el general Farrell.

Quando asumió Ramírez, Perón le propuso hacerse cargo de modernizar el Departamento Nacional de Trabajo, una repartición de corte administrativo sin ningún tipo de relevancia hasta ese momento. El presidente aceptó y Perón fue nombrado presidente del Departamento que al poco tiempo se transformó en la Secretaría de Trabajo y Previsión.

El 17 de julio de 1944 falleció el vicepresidente Sueyro y, con el aval del GOU, Ramírez nombró a Farrell en su reemplazo. Estas designaciones son fundamentales a la hora de comprender la historia que viene, porque Farrell y Perón habían conformado un equipo.

—También dentro del GOU se daban enfrentamientos. Se trataba de una situación muy compleja que pareció decantar cuando los sectores de derecha, más nacionalistas, ocuparon los cargos centrales en el gabinete. Podríamos nombrar al ministro del Interior, que era el general Perlinger, al ministro de Relaciones Exteriores, que fue Gilbert y sobre todo al ministro de Justicia e Instrucción Pública que fue el conocido escritor nacionalista Gustavo Martínez Zubiría, también conocido con el seudónimo de Hugo Wast. En ese momento la Argentina parecía ir hacia una dictadura totalitaria, yo diría similar al modelo del Franquismo,

con una presencia muy fuerte de los sectores más integristas del Catolicismo.

En sus ocho meses de gobierno Ramírez disolvió el Congreso Nacional e intervino las provincias. Le quitó la personería académica a la Federación Universitaria Argentina (FUA), “como consecuencia de sus finalidades subversivas” y luego decretó la disolución de la misma y de los centros de estudiantes, mientras comenzaba el apartamiento de profesores considerados “indeseables” por sus ideas religiosas o políticas.

La presidencia emitió dos decretos fundamentales: uno disolvía los partidos políticos y el otro establecía la obligatoriedad de la enseñanza religiosa católica. A partir de allí, tanto para los niveles primario y medio, las autoridades eclesiásticas tomarían parte en la selección de textos y el nombramiento de docentes. La Universidad de Buenos Aires fue intervenida y en el cargo de rector se designó a Tomás Casares, un abierto admirador de Mussolini.

En cuanto a los medios de comunicación, el gobierno suspendió cuatro veces la edición de La Vanguardia, el semanario socialista, y el vespertino “Noticias Gráficas” quedó clausurado. Se emprendió una campaña en defensa de la “pureza del lenguaje” y se prohibieron los programas de radio que no se ajustaran a esa directiva. Incluso hubo compositores de tango que se vieron forzados a modificar sus letras, por la prohibición de algunas palabras propias del lunfardo.

—¿Cómo se dan los hechos para que este golpe que había decantado en una dictadura de derecha, vire hacia el fin del gobierno de Ramírez y el comienzo del mandato de Farrell? Cabe destacar que durante este último ocurrió el “17 de octubre”.

—Yo primero haría un comentario que es como una prevención: no hay que ver el golpe de 1943 desde el Peronismo. El Peronismo es una de las posibles salidas de la crisis abierta con el golpe, no la única. Creo que nadie imaginaba en el mismo año '43 que todo ese movimiento político iba a dar lugar a un fenómeno nuevo como fue el Peronismo. Perón siempre reconoció que el origen de la revolución peronista era el golpe de junio, él nunca negó que su movimiento político fuera hijo de ese golpe de Estado; solo que nosotros podríamos decir que de algún modo era un hijo ilegítimo. Porque el golpe del '43 pareció ser un golpe al estilo Franco, autoritario, anclado en la idea de dar vuelta atrás el tiempo de la historia. Yo pongo tres ejemplos: algunos interventores creían que había que volver a enseñar Aristóteles en la Universidad, que la Universidad estaba corrompida por el laicismo moderno. Martínez Zubiría impuso la enseñanza de la religión católica obligatoria en las escuelas. Y si queremos tomar un ejemplo que es bastante emblemático, el Colegio Nacional de Buenos Aires fue rebautizado “Real Colegio de San Carlos”, como si hubiéramos vuelto a la época de la colonia. Es decir, estaba presente la idea de dar marcha atrás el tiempo de la historia, de suprimir la perversidad de la modernidad, según ellos: el laicismo, el liberalismo, etc etc. Pero toda esta idea evidentemente no podía funcionar, no tenía nada que ver con la Argentina real.

¿Por qué no se impuso esta vuelta al pasado? Primero por las resistencias que hubo en la sociedad. Segundo porque la situación a los militares se les complicó de forma creciente a medida que la presión norteamericana fue más fuerte y el desenlace de la guerra más inminente. En una serie de operaciones y de zancadillas que se hicieron entre ellos a partir de misiones secretas que se habían mandado al exterior para conseguir armas de los alemanes, Ramírez se vio obligado a romper las relaciones con el Eje. Esto sucedió a principios del '44. Esa ruptura inmediatamente le

enajenó el apoyo de buena parte de las Fuerzas Armadas que lo empujaron a renunciar.

La presión estadounidense era tal que el Federal Reserve Bank le había transmitido a todos los bancos norteamericanos la prohibición oficial de girar fondos a entidades financieras argentinas. A su vez, en la isla caribeña de Trinidad, en Puerto España, de dominio británico, fue detenido el cónsul argentino Oscar Alberto Hellmuth, que estaba en viaje a su destino laboral, Barcelona. Lo acusaron de hacer espionaje para Alemania. Fue trasladado en un avión militar a las Bermudas y luego de cuatro días, embarcado a bordo del crucero inglés Ajax rumbo a Portsmouth. De allí lo enviaron por ferrocarril a Londres, en donde fue llevado esposado a una cárcel secreta el día 12 de noviembre de 1943. Los hechos se hicieron públicos el 22 de enero de 1944. Cuatro días después, el día 26, sucedió la ruptura de la Argentina con Alemania y Japón. A tal punto fue el descontento en algunos sectores militares que el interventor de Tucumán mandó a poner la bandera a media asta en señal de duelo y varios funcionarios renunciaron a sus puestos.

—La imagen que queda de Ramírez es la de una persona dubitativa e incapaz de tomar decisiones, incluso la decisión de detener a Farrell y Perón que muchos le habían pedido. Una persona que trató de hacer equilibrio entre las distintas facciones pero que no consiguió montar un proyecto político propio. Inversamente, aquellas dos figuras que sí tenían un proyecto político eran el coronel Enrique González, secretario general de la Presidencia y hombre fuerte del GOU; y el Coronel Perón, que era secretario de Farrell. De este último lo que nos queda es una figura muy opaca.

Entonces, mientras en la política González trataba de moverse desde el Ministerio del Interior, Perón hacía lo propio dentro de las Fuerzas Armadas con el objetivo de reclutar personas para el

GOU, alejar a destinos distantes de la capital a sus enemigos y dar los mandos de tropas estratégicas a sus amigos. ¿Qué permitió estos movimientos? De algún modo Farrell hacía lo que Perón le dijera. Perón había sido siempre un obediente, digamos entre comillas, “servidor” de Farrell desde mucho tiempo antes. Y Farrell era una persona mucho más dada a una vida mundana que a los deberes militares, no tenía verdaderamente ambiciones políticas claras, entonces a través de él Perón encontró la forma para crecer en su poder dentro del Ejército, con muchos enemigos, porque a medida que Perón tuvo más poder también encontró más enemigos.

Esto es el primer Perón ¿no? A eso hay que agregarle luego su gran hallazgo que fue el tema de lo sindical. Y ahí, el desplazamiento de Perón del Ministerio de Guerra al Departamento Nacional de Trabajo va a permitir establecer los vínculos con los sindicatos que van a ser otra de las patas: una son las Fuerzas Armadas, la otra pata es la sindical, en la cual Perón, a través de una política muy generosa hacia la clase trabajadora y sobre todo hacia las estructuras sindicales, va a lograr establecer una relación con aquello que Juan Carlos Torre ha llamado la “vieja guardia sindical”. Todavía hay otro elemento más que falta que son las largas idas y vueltas que Perón tuvo con los radicales. Él creía que para construir un movimiento político tenía también necesariamente que apelar al radicalismo y sobre todo a una de sus corrientes que es la llamada Intransigente y que representaba el ex gobernador de Córdoba, Amadeo Sabattini. Entonces en el escenario de Perón hay tres interlocutores: el sabattinismo y el radicalismo, el sindicalismo y las Fuerzas Armadas.

En este contexto en que el gobierno de Ramírez había perdido fuerza por todos los factores mencionados, Perón tuvo la habilidad de articular a los sectores militares que estaban principalmente decepcionados por la ruptura con Alemania y pensaban en el reemplazo del presidente por Julián Farrell. La

disputa por quién reemplazaría a Ramírez tomó lugar con fuerza a lo interno del GOU, que saturado de internas se disolvió el 24 de febrero. Antes de que eso ocurriera Perón logró consensuar que “los miembros del organismo director quedaban liberados de los juramentos y compromisos contraídos”; esto les daba vía libre para ir contra Ramírez.

—Yo creo que si uno debe hablar de alguna hazaña política de Perón, su gran hazaña fue poder construir en esa situación caótica el capital político que lo catapultó a la presidencia en el '46. O sea, lo destacable es la habilidad con la que se movió; no hay que olvidar de todas maneras, Maquiavelo lo señalaba, que la historia es virtud y fortuna. Y Perón también en ciertos momentos tuvo un golpe de fortuna.

La misma noche del 24 de enero, Perón y las fuerzas leales a Farrell, rodearon la quinta presidencial. Podríamos hablar de un golpe dentro del golpe, porque Ramírez, sin apoyos, fue obligado a apartarse del poder.

Ante el requerimiento de una renuncia formal, el presidente de facto derrocado redactó el siguiente texto: “Como he dejado de merecer la confianza de los jefes y oficiales de las guarniciones de la Capital Federal, Campo de Mayo, Palomar y La Plata, según me lo acaban de manifestar dichos jefes, y como no deseo comprometer la suerte del país, cedo ante la imposición de la fuerza y presento la renuncia al cargo de presidente de la Nación.” El mismo no satisfizo a los militares que le exigieron una nueva versión que le diera mayor legitimidad al mandatario entrante.

La segunda versión, fechada en el mismo día, 24 de enero, fue la siguiente: “Fatigado por las intensas tareas de gobierno, que me exigen tomar un descanso, en la fecha delego el cargo que desempeño en la persona del Excmo. señor vicepresidente de la nación, General de brigada Edelmiro J. Farrell.”

Esta última fue la nota que el coronel Perón repartió a la prensa en la madrugada del 25. De la primer versión tenemos conocimiento porque se publicó, recién en abril del 1945, en el diario socialista La Vanguardia.

La renuncia se hizo efectiva el 9 de marzo y Edelmiro Julian Farrell asumió la presidencia de facto. Ramírez se retiró del servicio activo con 60 años y vivió el resto de su vida sin mayores sobresaltos en Buenos Aires.

Murió el 11 de junio de 1962, como había vivido, bajo otra presidencia de facto, la de José María Guido.

José Pablo Feinmann

Nació en Buenos Aires en 1943. Es filósofo, docente, escritor, ensayista, guionista y director de radio y televisión. En 1973 fue fundador del Centro de Estudios del Pensamiento Latinoamericano, dentro del Departamento de Filosofía de la UBA (Universidad de Buenos Aires). Suele escribir para el periódico Página/12 sobre actualidad política, literatura y cine. Por otro lado, desde el año 2008 conduce los programas de televisión “Cine contexto” y “Filosofía aquí y ahora”, que se transmiten por Canal Encuentro. Publicó más de veinte libros, que han sido traducidos a varios idiomas, entre los que se pueden destacar: “La astucia de la razón” (1990), “Los crímenes de Van Gogh” (1994), “La crítica de las armas” (2003), “Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina” (2010) y “El Flaco. Diálogos irreverentes con Néstor Kirchner” (2011).

Cap. III
FARRELL
José Pablo Feinmann

Los pobres siempre votan mal

Hablar de Edelmiro Julián Farrell es referirse a esos seres opacos cuya trascendencia está siempre ligada al brillo de otros.

Fue él quién asumió la presidencia luego de que un sector de los militares desplazara a Ramírez, pero la figura que destacaba era Perón. Ni hablar de que fue él quien presidía la nación cuando sucedió el 17 de octubre, pero su ser nada tenía que ver con el centro de los acontecimientos. Este perfil de segundo plano no nos exime de la tarea de conocerlo, todo lo contrario, nos pone frente a una labor compleja. Porque más allá de esta cualidad “del hombre que estuvo al lado de”, se trata de quien gobernó la nación, en el marco de una presidencia de facto antecedida por un golpe de Estado, mientras se gestaba en la Argentina uno de los movimientos populares más trascendentes de nuestro tiempo. ¿Qué hacía Farrell mientras todo sucedía? Hablar sobre él será indefectiblemente ocuparnos también de otras personas y de hechos que lo involucraron así como lo excedieron.

—José Pablo, el caso del golpe del '43 tiene la cualidad de abrir camino a dos presidencias de facto, la de Ramírez y la de Farrell. ¿Cuál es tu visión del mismo?

—El golpe del '43 voltea gobiernos que surgen de lo que José Luis Torres llama la “Década Infame”. La década infame se caracteriza por el fraude que los liberales en el gobierno llaman “patriótico”. Fraude patriótico para impedir que los pobres voten. Para los sectores hegemónicos, los sectores dominantes, oligarcas

y financieros, los pobres siempre votan mal. Entonces una de las maneras de controlar ese voto fatalmente equivocado es, o el voto calificado o el fraude. Esta gente aplicó el fraude patriótico.

A su vez había una mafia terrible en la provincia de Buenos Aires que gobernaba Manuel Fresco, y ahí había dos maleantes en Avellaneda: Barceló y Ruggierito, que se sacaban fotos con Carlos Gardel. Carlos Gardel es un gran cantante, pero bueno, políticamente es el que canta el golpe del 6 de septiembre del '30. Carlitos... bueno, uno le perdona todo.

Después de Justo, ahí empieza una serie de gobiernos fraudulentos, como Ortiz, Castillo, hasta que se da el golpe del 4 de junio de 1943. Ese golpe lo da el Grupo de Oficiales Unidos, el GOU, o Gobierno, Orden, Unidad. Allí se destaca ya Juan Domingo Perón, porque es el militar que no está apasionado por el desarrollo de la industria pesada sino por la captación del contingente que viene del interior. Respaldando mucho a Perón están: Domingo Mercante, que es una figura que habría que estudiar más, y Edelmiro Farrell. Esas dos personas apoyan a Perón. Farrell llega a la presidencia luego de que los propios militares desplazan a Ramírez y le da a Perón los puestos de vicepresidente y ministro de Guerra. Perón a su vez mantiene la Secretaría de Trabajo que ya tenía a su cargo.

Este equipo que formaron el general Farrell y el coronel Perón permitió que el primero ocupara la presidencia mientras el segundo forjaba su capital político desde los tres cargos que le habían sido asignados. Perón sabía que en definitiva sería él quien tomara las decisiones. Esta dinámica que posibilitó el fin de la dictadura con las elecciones de 1946, fue en parte posible gracias a la personalidad de Farrell. Vayamos entonces a sus orígenes:

Edelmiro Julián era oriundo justamente de Avellaneda, en donde Barceló y Ruggierito hacían sus maldades, sólo que había nacido un par de décadas atrás, el 12 de agosto de 1887. Hijo de

Juan Farrell y Catalina Plaul, ambos argentinos pero de descendencia catalana, como tantos otros, a los 18 años empezó a cursar el Colegio Militar. Siguió con sus estudios y entre 1918 y 1920, en plena primera presidencia de Yrigoyen, se formó en la Escuela Superior de Guerra. No fue un alumno destacado en sus estudios, pero de todos modos obtuvo su diploma como oficial del Estado Mayor.

Durante el gobierno de Alvear, entre 1924 y 1926, perfeccionó su entrenamiento en Italia, en los regimientos alpinos de ese país. Desde entonces se convirtió en oficial de Infantería de Montaña. Su afición por las montañas será una marca que lo acompañará toda la vida, moldeando desde el principio una personalidad más ligada al deporte que a la pasión militar. A tal punto esto fue así que cuando volvió a la Argentina fue enviado a Mendoza y ni siquiera participó del golpe del '30, por estar ocupado en la zona cordillerana. Tampoco participó de la convulsión política de la Década Infame. En 1940 fue ascendido a general de brigada, y en el '42 asumió como inspector general de tropas de Montaña, puesto que lo hizo volver a Buenos Aires. Allí conocería al hombre que marcó los próximos años de su vida, el coronel Juan Domingo Perón.

—En cuanto al Farrell de la coyuntura, Farrell es de lo mejor que sale del GOU. Es un nacionalista, respalda a Perón, que es lo nuevo en esa Argentina y que reconoce a lo nuevo, que son los migrantes internos. Farrell dice: “Haga”, y le da la Secretaría de Trabajo desde la cual Perón hace una cantidad de cosas muy notables. Entre ellas es famosa la huelga de la carne del dirigente comunista José Peter que les decía a los obreros, que querían cobrar, que no pidieran plata por un feriado, el del 12 de octubre. José Peter les decía: “sigan trabajando que los camaradas en Europa necesitan carne”. Los obreros lo fueron a ver a Perón y Perón les dijo: “No, muchachos, hagan la huelga y listo”; y se ganó así el gremio de la carne.

Vayamos hacia atrás en la historia, para ver cómo Farrell, a su llegada de Mendoza, logró acceder a los espacios de poder desde donde después pudo darle capacidad de acción a Perón.

Cuando volvió a Buenos Aires, en 1943, poco antes del golpe del 4 de junio, fue nombrado comandante de la Primera División del Ejército. Luego Ramírez lo designó como su ministro de Guerra. Más allá de los sucesivos ascensos, los relatos de la época describen que Farrell continuó siendo un hombre más bien ocupado de su familia y su vida social. Disfrutaba de organizar reuniones y amenizarlas tocando la guitarra. Era amante de las peñas folklóricas y del deporte. Practicaba equitación, esgrima, box y esquí.

Sigue presente este perfil poco afecto a desarrollar un proyecto político personal, con lo cual es comprensible que funcionara como un equipo con Juan Domingo Perón, quién sí tenía ambiciones y desafíos.

—Bueno, el caso es que ahí está este coronel obrerista, muy sagaz, en su mejor momento, que comete un acto revolucionario: casarse con Eva Perón. Ese es el detonante revolucionario de Perón. Y Eva Perón es una actriz, en esos años con el solo hecho de ser actriz, una mujer ya dejaba de ser una dama y se la consideraba una prostituta. Perón se casa con ella y después de asumir la lleva al palco del Colón el 9 de julio. Aquí ya se nos perdió Farrell, ya está, ya pasó Farrell; queda opacado por Perón. Así que lo vamos a tener que inventar un poco...

Como mencionamos en el capítulo anterior, luego de ser ministro de Guerra, el 12 de octubre de 1943 Farrell asumió la vicepresidencia de Ramírez, pues quien estaba en ese rol, Sabá Sueyro, había fallecido tres meses antes. Se transformó así en un candidato posible para suceder a Ramírez cuyas acciones no conformaban ya a las cúpulas militares.

Esta posibilidad se hizo efectiva y el general Farrell asumió la presidencia de manera interina el 25 de febrero, y de forma permanente a partir de la renuncia definitiva de su antecesor, el 9 de marzo de 1944.

Más allá de la última y complaciente decisión que tomó Ramírez en relación a ejecutar la orden estadounidense de romper con el Eje, todo el primer año de gobierno de Edelmiro Julián estuvo caracterizado por una marcada hostilidad por parte de los Estados Unidos. Cabe recordar que durante ese período la mayoría de las decisiones estaban efectivamente tomadas por el coronel Perón y avaladas por el presidente. Esta dinámica funcionó a tal punto así que de alguna manera se institucionalizó mediante la creación, en agosto del '44, del Consejo Nacional de Posguerra. Estaba presidido por Perón y su objetivo era planificar medidas estratégicas para el desarrollo del país. Entre sus figuras destacadas estaban el jurista español, José Figuerola, y el industrial argentino, Miguel Miranda.

En cuanto a la política respecto de los medios de comunicación, Farrell siguió el estilo represivo de Ramírez. Dictó la clausura por tiempo indeterminado de La Vanguardia y cerró durante tres meses el matutino El Norte, del conservador Vicente Solano Lima. La Prensa, de la familia Gainza Paz, que había tenido un papel más que activo durante el golpe del '30, sufrió una suspensión de cinco días.

—Afirmaste que uno de los actos revolucionarios de Perón fue casarse con Eva, esto en diciembre de 1945, durante la presidencia de Farrell. ¿Qué destacarías acerca de ella?

—Muchos piensan que los elogios constantes que le decía Eva a Perón implicaban la imagen de una mujer sumisa, que eran una concepción antifeminista. Yo pienso todo lo contrario. Creo que Eva, cuando lo elogiaba a Perón, lo exigía a Perón. Cuando alguien te elogia demasiado, la situación es incómoda y más si es

un ser que te ama. Es muy incómoda porque esa persona te está diciendo lo que espera de vos. “Perón es el sol”, “Perón es esto”, “Perón es lo otro”... y después seguramente le diría: “Bueno, ahora tenés que ser todo eso”.

Entonces, Evita es el alma de ese primer peronismo, el alma totalmente, es el ritmo, la pasión: una mujer muy pasional. No sé hasta qué punto primaba tanto en ella la pasión sobre las decisiones frías; ella quería enormemente... ¿Por qué quería Evita a la clase obrera? Porque la clase obrera es una clase bastarda, una clase denigrada, insultada, no recibida por los factores de poder, y a Evita le pasaba lo mismo. Entonces ella encuentra en la clase obrera a sus compañeros de causa, de destino, de vida; y se entrega a ellos.

Tengo toda una teoría ontológica sobre Evita. Sartre desarrolla el concepto del bastardo. El bastardo viene al mundo y no tiene linaje, no tiene nada. Todo lo contrario del rico, del oligarca, que tiene un linaje, un nombre y toda una enorme genealogía de parientes detrás que culminan seguramente en algún guerrero de la independencia, etc, etc. Por eso hay una frase que pongo en mi guión de la película “Ay Juancito”. Juancito le dice: “Mirá, todos esos campos me los compré, ¿pensás que me estoy convirtiendo en un oligarca?” “No, Juancito —le dice ella con gran ironía—. Nunca vas a ser un oligarca; los oligarcas no compran campos, los heredan.” Lo cual es totalmente cierto, heredar los campos es el linaje, uno sabe de dónde viene, tiene un ser. En cambio el bastardo no tiene un ser, tiene que hacerse. Y Evita empieza a inventarse a sí misma, tiene que inventarse para darse el ser. Entonces para ella la posibilidad de la vicepresidencia fue fundamental en este sentido, implicaba finalmente ser algo; algo que ya había comenzado a ser al ganarse el amor de los pobres.

—Y en esa búsqueda del ser de ella y de su identidad, va conformando la identidad de ese pueblo argentino que

también se está construyendo con ella, y se está reconociendo y encontrando emblemas...

—Exactamente. Es una tarea ontológica de a dos. Ontología no es una palabra tan rara, es una teoría del ser. “Onto”: ser, “logía”: teoría. Teoría del ser quiere decir cómo es que una persona o tiene el ser por herencia o se lo tiene que dar al ser, haciéndose a sí misma.

Sobre esta metamorfosis que experimentó Eva en la constitución de su ser, escribió en “Santa Evita”, Tomás Eloy Martínez:

“No parecía la misma persona que había llegado a Buenos Aires en 1935 con una mano atrás y otra adelante, y que actuaba en teatros desahuciados por una paga de café con leche. Era entonces nada o menos que nada: un gorrión de lavadero, un caramelo mordido, tan delgadita que daba lástima. Se fue volviendo hermosa con la pasión, con la memoria y con la muerte. Se tejió a sí misma una crisálida de belleza, fue empollándose reina, quién lo hubiera creído.

«Tenía el pelo negro cuando la conocí», dijo una de las actrices que le dio refugio. «Sus ojos melancólicos miraban como despidiéndose: no se les veía el color. La nariz era un poco tosca, medio pesadona, y los dientes algo salidos. Aunque lisa de pechera, su figura impresionaba bien. No era de esas mujeres por las que se dan vuelta los hombres en la calle: caía simpática pero a nadie le quitaba el sueño. Ahora, cuando me doy cuenta de lo alto que voló, me digo: ¿dónde aprendió a manejar el poder esa pobre cosita frágil, cómo hizo para conseguir tanta desenvoltura y facilidad de palabra, de dónde sacó la fuerza para tocar el corazón más dolorido de la gente? ¿Qué sueño le habrá caído dentro de los sueños, qué balido de cordero le habrá movido la

sangre para convertirla tan de la noche a la mañana en lo que fue: una reina?»

«Antes, por más base y colores que le pusiéramos, a la legua se notaba que era una ordinaria, no había forma de enseñarle a sentarse con gracia ni a manejar los cubiertos ni a comer con la boca cerrada», dijo el maquillador de sus dos últimas películas.

«No habrían pasado cuatro años cuando volví a verla, ¿y qué te digo? Una diosa. Las facciones se le habían embellecido tanto que exhalaba un aura de aristocracia y una delicadeza de cuento de hadas. La miré fijo para ver qué milagroso retoque llevaba encima. Pero nada: tenía los mismos dientes de conejo que no le dejaban cerrar los labios, los ojos medio redondos y nada provocativos, y para colmo me pareció que estaba más narigona. El pelo, eso sí, era otro: tirante, teñido de rubio, con un rodete sencillo. La belleza le crecía por dentro sin pedir permiso.»”

—Evita se hace a sí misma como Evita, con el rodete y el traje sastre; y la clase obrera la sigue, la ama, y al hacerlo también se inventa como clase obrera que sigue a esa mujer tan apasionada y que tanto los ama. Ese amor de Evita hacia la clase obrera constituye a la clase obrera también; en ese amor se reconocen y al ser reconocidos encuentran un ser.

El año '45, que finalizó entre otras cosas con el casamiento de Eva y Perón, fue verdaderamente un tiempo convulsionado para la Argentina. Además de estos procesos sociológicos complejos, como el que hemos descripto acerca de la constitución de la identidad de una parte del pueblo argentino, también hubo acontecimientos políticos concretos de suma relevancia. Vamos a recorrerlos cronológicamente:

En febrero se realizó en México la Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Paz y de la Guerra. Allí se escribieron las Actas de Chapultepec. La Argentina no participó de los debates pero firmó la declaración final. Esto

implicaba, en los hechos, aceptar la Doctrina Monroe, sintetizada en la frase “América para los americanos” e ingresar más tarde en la Organización de Estados Americanos (OEA) y a las Naciones Unidas. El 27 de marzo, cuando el conflicto bélico prácticamente había terminado, Farrell le declaró la guerra al Eje.

En mayo llegó al país el embajador norteamericano Spruille Braden, que rápidamente pasó a ser quien concentró a toda la oposición en contra de Perón. Se encolumnaron tras de él radicales, socialistas, demoprogresistas, comunistas y conservadores que, bajo la bendición de Washington, formaron la Unión Democrática que enfrentaría, más adelante, en los comicios a Perón. Fue un momento muy tenso de nuestra historia, quedaron evidenciados dos proyectos de país y se tornó visible la incidencia norteamericana en la política nacional.

—La política es la visión clara de que hay un antagonismo. La historia es conflicto, la historia es antagonismo y siempre hay que estar viendo cómo están las relaciones de fuerza. Si mi enemigo tiene 400.000 soldados y yo tengo 20, es un disparate que lo ataque. Más bien me conviene negociar, “Negociemos, Don Inodoro”, decía Mendieta, constantemente cuando eran más que ellos. Las asperezas de la realidad son justamente esas, medir el poder de fuego del enemigo.

En cuanto a la relación de fuerzas entre los distintos sectores de poder en la Argentina de entonces, cabe señalar que los Estados Unidos jugaron fuerte a través de Braden, para liderar al bloque que bregaba por que Perón no llegara a la presidencia. A su vez el gobierno de Farrell, con la conducción de Perón, había generado medidas importantes que tenían incidencia directa en los sectores populares.

Entre dichas acciones podemos destacar que el 3 de abril de 1944 se creó el Banco de Crédito Industrial, para incentivar la

inversión en el marco del modelo de sustitución de importaciones. Esto debe entenderse en el contexto de la 2° Guerra Mundial.

—Lo que alimenta al Peronismo son los migrantes internos que llegan a la ciudad atraídos por el famoso proceso de sustitución de importaciones. Lo que ocurre es que cuando la metrópolis está en crisis, la neo-colonia tiene que sustituir los productos que la metrópolis le enviaba. Entonces, Inglaterra está en tremenda crisis por la Segunda Guerra Mundial, no puede enviar hacia aquí cacerolas, máquinas de coser... y empiezan a sustituirse importaciones, ligadas siempre a la industria liviana. Todo ese proceso de sustitución de importaciones implica un proceso social migratorio: los migrantes de las provincias interiores van a Buenos Aires para obtener trabajo.

El único que ve, con gran sagacidad, ese nuevo sujeto político es Perón. En ese momento dice: “Bueno, a toda esta gente hay que darle cobertura política”, porque nadie se la quería dar. El PC estaba mirando todavía hacia la guerra. La oligarquía odia a los morochos sudamericanos, a los que no les dice así, les dice “negros de mierda”. Ese es el verdadero modo en que se dirige a ellos. El radicalismo siempre está cerca de la oligarquía en estos casos; los Conservadores... ni hablar que no iban a ocuparse de los migrantes.

—Siempre se ha destacado el carisma de Perón, ¿qué relación estableció él con estos trabajadores migrantes?

—Perón establece un lenguaje muy directo con los obreros, les dice “cuento chino”, “sofá cama”, “se sienta mal y se duerme peor”, “bosta de oveja”... a los radicales creo que les decía “bosta de oveja”, porque no tienen olor a nada. Era muy gracioso y muy entrador, muy carismático; ya sabemos todo lo que tenía Perón. A esto se le suma, como hemos mencionado, el rol de Evita.

Entonces Perón construye un camino que va directo a la presidencia.

El 8 de julio del 1945 Farrell anunció la intención del gobierno de convocar a elecciones. El 2 de agosto nombró al radical Hortensio J. Quijano como ministro del Interior. El día 6 la primer bomba atómica de la historia de la humanidad destruyó Hiroshima. Ese mismo día el flamante ministro anunció el fin del estado de sitio, que regía desde diciembre de 1941, en tiempos de Ortiz. El país comenzaba, nuevamente, a oler a democracia. Pero a buena parte de los militares no les gustaba ese olor y la oposición estaba resuelta a impedir el ascenso de Perón.

En septiembre, exactamente el día 19, se realizó en Buenos Aires la Marcha de la Constitución y la Libertad organizada por la Unión Democrática. La excusa era festejar la rendición definitiva de Japón, pero los motivos reales estaban ligados a la política nacional. El Partido Comunista llamaba a combatir al nazi-peronismo. El día 23 la Marina hizo pública una proclama en contra de Juan Perón. El 25 hubo un levantamiento militar fallido en Córdoba, encabezado por los generales Martín y Rawson, este último es quien no había logrado asumir en el '43. Las fuerzas armadas estaban divididas entre los aliados y los detractores del dúo Farrell-Perón.

—Como vemos el país estaba en llamas. Tanto los militares como los partidos de la oposición operaban en contra de esto nuevo que significaba el reciente peronismo. ¿En qué forma el pueblo se empezó a empoderar como un sujeto de derecho que hasta ese momento no había sido visibilizado?

—Lo que más logra y lo que genuinamente logra el primer peronismo es una conciencia antipatronal por parte del obrero; hay muchas declaraciones de trabajadores que dicen “con Perón aprendimos a faltarle el respeto a los patrones”. Incluso hay una

consigna que se cantaba durante todo los actos. Los obreros empezaban a vocear: “Mañana San Perón, mañana San Perón” y esperaban con ansias a que Perón contestara “¡Y mañana es San Perón!”, y había una alegría impresionante. Entonces la consigna era “Mañana San Perón, que trabaje el patrón”.

Yo desde que era muy chico, esto ya digamos a mediados de los años '50, lo escuchaba a mi viejo, que tenía una fábrica, y a amigos de mi viejo, que se reunían en casa y decían: “Esto es una barbaridad, un obrero lleva una carretilla y cuando suena el pito del descanso deja la carretilla donde la tiene, ni siquiera es capaz de llevarla dos metros más allá, ¡es una locura!” Eso les daba una bronca impresionante. Así que había una conciencia antipatronal y los trabajadores tomaban noción de su propia importancia: “No te llevo la carretilla dos metros más. No te hago eso, te la dejo aquí.”

Estos cambios sociales profundos eran los que, tanto militares como civiles, estaban intentando frenar al proclamarse contra Perón. El problema de fondo no era ese coronel, sino las cientos de conciencias que se despertaban a partir de su llegada.

El 4 de octubre de 1945 ocurrió un homicidio en Buenos Aires. Apareció asesinado el estudiante Aarón Salmún Feijóo. En el clima de tensión que imperaba, esta muerte tuvo un costo político alto. La policía fue acusada del asesinato. Farrell restableció el estado de sitio e intervino la Universidad de Buenos Aires. El general Eduardo Ávalos, al frente de Campo de Mayo, le exigió al presidente la renuncia de Perón a todos sus cargos (vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo). El coronel, que había perdido la confianza de buena parte de sus compañeros de armas, presentó la renuncia el 8 de octubre y se dirigió al departamento donde lo esperaba Evita. Ese día Juan Domingo cumplía 50 años.

A modo de despedida Perón dio un mensaje a los trabajadores. Un sector importante de los militares se indignó y le exigió al presidente Farrell que cambiara todo su gabinete. El

Partido Comunista propuso que el poder de crear el nuevo gabinete se delegara a la Corte Suprema de Justicia y los demás partidos políticos adhirieron a dicha iniciativa. Sin embargo esto era inaceptable en el entorno castrense.

El 12 de octubre se emitió la orden de captura de Perón y el puesto que él había dejado en la cartera de Guerra fue ocupado por el general Ávalos. El 13 se hizo efectiva la propuesta del PC de ofrecerle al procurador general de la Corte que se ocupara de designar un gabinete de emergencia.

—Se produce la detención de Perón por los sectores liberales del Ejército. Rawson y otros, lo mandan a Martín García —*en donde había estado detenido también Yrigoyen.*— Algún papel debe haber jugado Farrell en ese contexto porque rápidamente lo traen de Martín García y lo ponen en el Hospital Militar.

El traslado al Hospital se logró el día 15 a instancias de Farrell, por medio del médico personal de Perón, Miguel Ángel Mazza, con la excusa de una pleuresía que sufría el coronel, empeorada por las condiciones climáticas de la isla. Durante esa noche y la mañana del 16, la actividad en los sindicatos fue febril. La CGT aprobó una huelga general para el día 18 en defensa de las conquistas obreras. Anticipándose a la huelga, la misma tarde del 16 los trabajadores de los frigoríficos de Berisso, Ensenada y Dock Sud comenzaron a movilizar hacia la Capital Federal. Farrell y Ávalos le restaron importancia a la manifestación en un principio y se limitaron a mantener el alerta en los cuarteles. Pero para el día 17 una multitud se había concentrado frente a la Casa de Gobierno y exigía la presencia de Perón en la plaza.

—Y ahí ocurre el 17 de octubre. Por lo menos hay algo que sabemos de Farrell en esa coyuntura: no reprimió, el 17 de octubre no hubo represión. Por el contrario, se facilitó la

movilización: hubo puentes que se bajaron para que pasaran los obreros.

Mientras los trabajadores avanzaban, pasaron horas de fervorosas negociaciones entre la Casa de Gobierno, el Hospital Militar y Campo de Mayo. Al caer la tarde del 17, Farrell se retiró a su residencia de la calle Alvear. Por esas horas recibió la propuesta de gabinete que había elaborado el procurador Álvarez, pero la descartó pues la realidad se le había adelantado y tomado por sí sola las riendas del asunto. El trabajo de Álvarez no tenía ya valor.

El aún presidente Farrell volvió hacia la Casa de Gobierno y a las 23:10 salió al balcón, como siempre, en un segundo plano. A su lado estaba Juan Domingo Perón. Luego de que el coronel presentara al presidente, Farrell dio un breve discurso, que finalizó con las siguientes palabras:

“...El gobierno necesita tranquilidad. Para ello pide a ustedes trabajo, dedicación, que estén unidos pero siempre respetando a los demás, porque así, como hoy, serán más dignos que cualquier otro ciudadano. Finalmente, deseo que cada uno tenga su convicción de que con la unión y el trabajo, hemos de llegar a obtener la más completa victoria de la clase humilde, que son los trabajadores. Nada más.”

Luego Perón pidió que se entonara el Himno Nacional y dio su primer discurso. Comenzaba así la campaña electoral para los comicios que se realizarían el 24 de febrero.

—Las instrucciones para los votantes del '46 son fantásticas también, ¿no? “No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones” ¿Por qué? Porque si lo invitan los patrones lo van a emborrachar y usted al día siguiente no va a votar, para eso lo invitan a la fiesta. “Si le cierran la tranquera, rompa la tranquera y vaya a cumplir con la patria.” Lo cual implicaba una agresión a la propiedad privada porque la tranquera es el del patrón, y decía

“rompa la tranquera y vaya a cumplir con la patria”. “Si el patrón lo quiere llevar en su camioneta, acepte; pero en el cuarto oscuro haga su voluntad”. “Toda precaución será poca”. Es muy hermoso todo eso.

Las elecciones se caracterizaron por su transparencia. Hubo un operativo que designó alrededor de 14.000 personas con el fin de garantizar que no hubiese ningún tipo de fraude. Esto, para la Argentina de 1946 era un verdadero avance, ya que las últimas elecciones democráticas habían sido las de 1928, con el segundo triunfo de Yrigoyen. A tal punto fue una innovación la ausencia de fraude, que el día 25 a la mañana, cuando aún no se sabían los resultados, Farrell recibió la visita de Elpidio González, vicepresidente de Alvear, quien lo fue a felicitar por el comportamiento de las Fuerzas Armadas durante la elección.

La fórmula Perón-Quijano venció por 260.000 votos a la Unión Democrática que había presentado a Tamborini-Mosca.

Farrell continuó en el gobierno hasta el 4 de junio, día en que Perón asumió formalmente la presidencia. Se cumplían tres años del golpe.

Durante esos últimos tres meses de Farrell en la presidencia, el Consejo Nacional de Posguerra tomó una preponderancia aún mayor de la que ya tenía, de modo que Farrell fue dando cauce con su firma a las acciones que Perón realizaba ya como futuro presidente. Entre ellas cabe destacar la nacionalización del Banco Central y la reforma de su carta orgánica, así como de las correspondientes a los bancos Nación, Hipotecario y de Crédito Industrial. A su vez fue Edelmiro Julián quien, con su aval, dio entidad a una de las medidas más importantes de ese tiempo, que fue la creación del Instituto Argentino de Promoción al Intercambio (IAPI).

—El IAPI era una estructura estatal que significaba la intromisión del Estado en la economía, posibilitó oponer al

monopolio extranjero, un monopolio estatal. Se encargaba de comprar y vender los granos y ganados, y también se ocupaba de los elementos industriales que se producían y los que se importaban. Por supuesto fijaba los impuestos a la importación y a la exportación. Siempre una política impositiva puede favorecer a la industria, bajándole los impuestos a los insumos que esa industria necesita, y aumentándoselos al agro para derivar esas ganancias justamente a dicha actividad.

En realidad podríamos decir que en la Argentina la historia se ha dividido entre gobiernos favorables al desarrollo del agro y gobiernos favorables al desarrollo de la industria. Los primeros son de derecha y los segundos aquí han sido nacional-populistas. Y, Cristina, la Presidenta, añadió “democráticos”, con muy buen criterio me parece. Porque la democracia es un valor de nuestro tiempo. Y bueno, ese es un modo en que se puede estudiar la historia argentina, no la va a agotar pero es un buen camino para recorrerla.

En 1947 Farrell solicitó el retiro y ya no tuvo presencia pública. Vivió el resto de su vida en su domicilio en Santa Fe 499, con su esposa Victoria Torni y sus hijas Nelly y Susana. Se dedicó a la lectura, la música y el golf.

—Al poco tiempo de que Farrell dejara la escena política se consumaría, a través de la creación de la Constitución del '49, buena parte del proyecto político del que él había sido una parte indispensable. ¿Qué destacarías de la misma?

—La Constitución del 49' es realmente excepcional, un gran documento político que se debe sobre todo a la poderosa inteligencia de Arturo Sampay. Su artículo fundamental es el 40, que luego lo tomó la Unidad Popular de Salvador Allende y lo incluyó en la Constitución del Estado. Se trata del artículo que defiende la propiedad estatal de los elementos esenciales del país:

los elementos energéticos, los transportes, las fuentes auríferas, petroleras, el oro; todo lo que tenga el país pertenece al Estado, los ferrocarriles, YPF, todo eso queda nacionalizado. Fue un gran momento el de la Constitución del '49. También hablaba de la propiedad privada en función social, lo que implicó un avance muy grande aquí en la Argentina.

Creo que durante el gobierno de Ménem, Cafiero, cuando era gobernador de la provincia, mencionó esta hipótesis de poner la propiedad privada en función social, y se armó un escándalo. Lo tacharon de comunista y de todo, pero si uno se pone en la cabeza, digamos, de los apóstoles del librecambio, para ellos la propiedad privada en función social es una atrocidad. Pensemos que Hegel definió a la propiedad privada como la objetivación de la libertad del sujeto, nada menos, y que Alberdi también la elogió muchísimo. Bueno, esta idea presente en la Constitución del '49 era realmente un golpe a las fuentes del capitalismo.

—Podemos aprovechar la mención que hacés del sistema capitalista para que lo expliques de manera sintética, dado que es un elemento central en todos los procesos a los que hemos hecho referencia.

El capitalismo es un sistema muy simple que se basa en la propiedad privada: hay que ganar mucha plata, nadie tiene que intervenir en la plata que gana el que la gana y el que gana mucha plata compra cosas, que son su propiedad privada, que nadie le puede sacar. Entonces, al poco tiempo hay pocos que tienen mucho y hay muchos que no tienen nada. Este es el mercado librado a su propia dinámica. Por eso el intervencionismo estatal, que es esta idea de intervenir el Estado en el mercado, aterroriza tanto a los liberales. “No, al mercado hay que dejarlo libre, libre, libre”, dicen ellos. Sí, al mercado se lo deja libre y al año el mercado pertenece a dos grupos nada más, porque se devoraron a todos los otros o los fundieron.

Por ejemplo, un grupo poderoso monopólico le dice a su colega: “Vamos a trabajar un año a pérdida”. Y el otro le contesta: “Sí, trabajemos un año a pérdida.” Entonces se funden todas las pequeñas y medianas empresas que no pueden trabajar a pérdida. O se funden o estos grupos las integran. Finalmente el mercado se ha concentrado en dos empresas. Ese es el mercado desregulado que quieren Von Hayek y el neoliberalismo. El mercado regulado es la intervención del Estado en el mercado para sostener a los pequeños. Si el Estado crediticiamente sostiene a los pequeños, va a ser difícil que desaparezcan.

Entonces habría dos interpretaciones: para el enfoque liberal el mercado tiene que estar desregulado, el Estado no tiene que intervenir y esto implica el Estado mínimo, por eso Martínez de Hoz y la dictadura de Videla decían “achicar el Estado es agrandar la nación”. Para los gobiernos nacional-populares, los keynesianos, la idea es regular el mercado mediante la intervención estatal. Entonces es lo opuesto al otro paradigma: mercado regulado y Estado máximo.

—Esta intervención estatal va ligada a las conquistas obreras que hemos señalado, ¿quisieras agregar algo al respecto?

—Perón creó los sindicatos, lo cual también le mereció muchas críticas desde la izquierda. Que los sindicatos eran creados desde el Estado y no desde las bases sociales, que no surgían de los propios obreros sino que eran una dádiva del Estado... La izquierda nunca fue peronista en la Argentina y eso le ha creado todos los problemas que tuvo, pero no solo no fue peronista sino que tampoco entendió al peronismo; le costó y le cuesta entenderlo. El peronismo siempre tuvo de su lado la adhesión de las masas, y líderes carismáticos que los sigue teniendo.

Hoy, el líder carismático (uno esté a favor, en contra, no importa) el líder carismático de la Argentina es Cristina

Fernández, y nadie tiene un líder carismático así. Pero la izquierda se empeña en demostrar que el peronismo es un gran engaño que sufre la clase obrera y que Perón utiliza a las masas como factor de presión pero no de poder; que el peronismo nunca implica un proyecto de poder para las masas, sino una redistribución del ingreso, uso, manipulación, demagogia, todo eso.

Lo que puede decir Perón de sí mismo es que los pobres lo amaron y los ricos lo odiaron, esto es algo concreto, y lo que tienen que preguntarse los que dicen estar a la izquierda del peronismo es por qué el pueblo nunca adhiere a ellos. Por qué son incapaces de convocar al pueblo.

—¿Podemos agregar algo de nuestro amigo Farrell o lo dejamos ya jugando al golf y tocando la guitarra?

—Esto sí va a ser sorpresivo. Uno de los puntos más salientes de Farrell no ha sido registrado por la historia. Estuve viendo algunos libros y quizás ni la historia del peronismo de cuenta de lo siguiente: En 1972, cuando Lanusse lanza el GAN y está jugando ese ajedrez con Perón, varios medios periodísticos piensan: “Farrell vive todavía”.

En “Ese hombre”, Rodolfo Walsh escribió acerca del tiempo en que Perón vivió en España, mientras jugaba su última pulseada con Lanusse y Farrell aún vivía. Aquí, un fragmento:

“El guardia civil pregunta el nombre, consulta su lista, abre la puerta del parque. El tenue sol madrileño quita de las rodillas la lluvia de París, funde la nieve de Praga.

En la casa me recibe el secretario discreto, urgido por irradiación cotidiana. Yo sé que debería estar observando los detalles pero no veo más que la alfombra, el artesonado, la

penumbra de la sala donde enseguida aparece el Viejo, su voz tranquila. Me estaba esperando.

Sigue alto y erguido, indestructible. Se agacha un poco para darme la mano.

-Lo estaba esperando -dice.

-Tenía muchos deseos de conocerlo -aseguro.

(...)

-Es un buen muchacho -sugiere-. Le voy a contar un chiste -sugiere.

Las once de la mañana entran por el ventanal, aclarando la sonrisa.

Un empresario americano fue a Brasil, donde querían comprar petróleo; fue a Kuwait: querían vender petróleo; a Grecia: les propone transportar petróleo. Armó el negocio, se quedó con la mitad. Los otros le preguntaron: ¿Pero usted qué pone?

-¿Cómo qué pongo?-, dijo el empresario -dice el Viejo-. -Yo pongo el Atlántico.- Con este muchacho pasa lo mismo. El ejército pone las armas. Nosotros ponemos la gente. ¿Y él qué pone? ¿La patria?

Risas. Imposible no reír cuando el Viejo cuenta un chiste, porque lo cuenta muy bien. Pero consigue que el cotejo con la realidad parezca un segundo chiste, mejor que el primero.

Ahora sí, ha mirado su reloj. De golpe entiendo que he pasado horas sumergido en la envolvente conversación del Viejo, como quien escuchara a cualquier padre, y que al salir estaré caminando por una calle de Puerta de Hierro, de Southampton, de Martín García, con todas las preguntas sin hacer.

-Esa mujer -digo.

Su cara es gris. Una muralla.

-Creo que la quemaron -dice.

-No la quemaron -fantaseo-. Está en un jardín, en una embajada, de pie, una estatua bajo tierra, donde llueve -digo. Llueve siempre, pienso, y ella se pudre.

-Puede ser -su cara es más remota que nunca-. Algún día se sabrá.

-Y los otros muertos -quiero saber-. Los fusilados, los torturados.

Un ramaje de la vieja cólera circula por su cara, relámpago entre nubes.

-El pueblo pedirá cuentas.

¿Cuándo?

-Algún día. Saldrá a la calle, como el 56, el 57.

¿Por qué no ha vuelto a salir?

-Porque yo no he querido -dice.

¿Cuándo, general, cuándo?"

—Lo van a entrevistar y Farrell se destaca con un gran respaldo a Perón. En ese momento era muy importante ir a ver al viejo general Farrell y que éste apoyara a su coronel, porque lo que estaba en discusión era qué había hecho Perón. Y entonces lo que veníamos charlando: Perón fue un demagogo que manipuló a las masas en su interés, les dio algo para retenerlas, y hacerlas un factor de presión y no de poder, etc, etc. Y del otro lado Perón es el que está reconociendo a los postergados, y les está dando viviendas, jubilación, abogados, vacaciones, aguinaldo, todo lo cual era cierto. Entonces, como se estaba discutiendo esa etapa en el '72, ir a ver al general Farrell era interesante porque él era un testigo de la época. Y ahí Farrell le da una gran mano a Perón porque declara a favor de él. Entonces ahí tenemos un dato notable de Edelmiro, que creo que nadie conoce.

Luego de este último momento de esplendor el general vivió algunos años más, dedicado ahora sí a su familia y a sus placeres. Falleció a los 93 años, el 31 de octubre de 1980. La Argentina aún no había encontrado un rumbo y Jorge Rafael Videla ocupaba, de facto, la presidencia de la nación.

Horacio Verbitsky

Es un periodista y escritor argentino. Escribe para el diario Página/12 y dirige el Centro de Estudios Legales y Sociales. Se crio en Ramos Mejía, es hijo del periodista Bernardo Verbitsky y desde pequeño recorrió redacciones de diarios. Junto a Rodolfo Walsh y otros, difundió cables desde la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) en la década del '70. En la actualidad integró por un tiempo el Espacio Carta Abierta. Entre sus publicaciones puede destacarse: Ezeiza (1985), Medio siglo de proclamas militares (1987), Robo para la corona: los frutos prohibidos del árbol de la corrupción (1991), El vuelo (1995) y Doble juego: la Argentina católica y militar (2006).

Cap. IV
LONARDI
Horacio Verbitsky

Una pelea en el espejo

—El golpe de Estado del '55 fue una expresión del conflicto de la Iglesia Católica con el gobierno de Perón. No se explica dicho golpe sin ese componente central. Se ha planteado muchas veces que eso fue el detonante, yo creo que fue más que el detonante, fue la sustancia. Por supuesto había intereses sociales, económicos, políticos, involucrados; pero esos elementos preexistían y no hubieran dado lugar a una interrupción del orden legal si no hubiera sido por la participación decidida de la Iglesia Católica.

Veamos la historia de Eduardo Lonardi, el hombre que asumió, de facto, la presidencia luego del golpe señalado. Eduardo había nacido en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1896. Como tantos otros jóvenes de la época se formó en el Colegio Militar y luego siguió sus estudios en la Escuela Superior de Guerra de donde egresó como oficial del Estado Mayor. Se casó con Mercedes Villada Achával, perteneciente a una tradicional familia cordobesa, y tuvieron varios hijos que serían importantes en la carrera política del futuro mandatario.

Era un hombre profundamente católico, seguro de que lo político y lo militar no iban de la mano, por lo que no participó en ninguna de las logias ni organizaciones que funcionaron en su tiempo. Respecto de los golpes del '30 y del '43, lo encontraron ya en funciones pero, afín al mismo precepto, se limitó a cumplir órdenes y no tuvo un rol preponderante.

Verbitsky ha adelantado que los elementos centrales del golpe del '55 fueron la Iglesia Católica y el gobierno de Perón. Ya sabemos que el catolicismo era constitutivo en la identidad de Eduardo; para empezar a armar el rompecabezas, resta desentrañar qué relación tuvo él con este coronel nacido en Lobos, que sería el presidente derrocado cuando Lonardi asumiera.

En 1936, durante el gobierno de Justo, Juan Domingo fue enviado a Chile como agregado militar. Antes de terminar su servicio allí, entró en contacto con un supuesto agente que podría brindarle información secreta. Así que volvió a la Argentina pero dejó los planes que tenía al respecto encargados a quien lo sucedería: el mayor Lonardi. Éste protestó esgrimiendo que las órdenes que estaba recibiendo contenían errores pero, orgánico a la jerarquía militar, las cumplió de todas formas.

En ese marco Lonardi recibió, de mano de agentes chilenos, documentos falsos. Cuando los estaba fotografiando fue encontrado por un equipo de detectives que lo tildaron de conspirador. Lo declararon persona no grata en Chile, fue devuelto a la Argentina y sumariado por el propio Ejército al que pertenecía. Perón no lo defendió y a Lonardi lo enviaron a la guarnición de Paraná. En ese entonces sufrió graves problemas de salud que lo llevaron a perder peso y a un deterioro considerable en su calidad de vida.

Veamos algunos aspectos más del golpe encabezado por Eduardo y luego volvemos a los vericuetos que lo condujeron allí.

—¿Cuál podríamos decir que es el fundamento ideológico del golpe del '55?

—El golpe de Lonardi es uno de varios golpes militares realizados en la Argentina con la fantasía imposible de una regresión a una supuesta armonía de un pasado ideal, medieval, donde no hay conflictos, donde los dictados de la Iglesia son los

que regulan la vida de las personas. Eso ocurrió con el golpe de 1930, del general Uriburu; ocurrió con el golpe de 1943, de los militares nacionalistas; ocurrió en el '55 con el golpe de Lonardi y volverá a ocurrir en el '66 con el golpe de Onganía.

En todos esos casos la fantasía subyacente es la de un Ejército católico que restaura la armonía perdida por culpa de los políticos, que son siempre parciales, y de la corrupción, que va asociada con la actividad política. Y los militares llegan con la pureza de sus intenciones, la rectitud del soldado, la austeridad del cuartel, y enarbolando la espada restauran los valores mancillados por la politiquería. Y esas son fantasías que duran... nada. En el caso del golpe de Uriburu duró unos pocos meses y un año después ya estaba reemplazado por un general liberal que fue Justo. En el golpe del '43, en la primer semana ya hubo dos presidentes distintos, y además la salida de ese gobierno fue totalmente distinta a lo imaginado porque fue el surgimiento del movimiento peronista. Y Lonardi en el '55 estuvo desde el 22 de septiembre hasta el 13 de noviembre, no llegó a durar dos meses en el gobierno, y fue desplazado por el general Aramburu que también era religioso pero que no tenía la fantasía de restaurar la nación católica.

De modo que el gobierno de Lonardi dura poco porque está asentado sobre bases irreales, es una fantasía irrealizable.

—En función de la primer idea que usted mencionó, acerca de que no se explica el golpe sin el conflicto entre la Iglesia y el gobierno peronista, ¿cómo podríamos decir que comenzó el vínculo entre ambos?

—El peronismo surge del golpe del '43. El golpe del '43 pone fin a un ciclo de 60 años de laicismo en la Argentina. Entre otras razones, este golpe se hizo también por inspiración católica y planteó una serie de medidas de restauración. Instauró por ejemplo la enseñanza religiosa obligatoria y realizó en todas las

Universidades del país una purga de profesores laicos, liberales y socialistas, siempre con la fantasía de retornar a un modelo ideal, de una pureza incontaminada. Y la realidad no es así, en la realidad hay sectores sociales con intereses encontrados, contradicciones, y entonces esa fantasía del modelo ideal no puede sostenerse.

En el '45 la salida fue el gran movimiento popular que encabezó Perón. En la Argentina hemos tenido desde 1930 hasta 1990 seis décadas donde ha habido por lo menos un golpe militar por década, y en alguna de ellas hasta dos y tres, sumando los exitosos y los fallidos. En todos ellos sin excepción ha habido una impronta muy fuerte de la Iglesia Católica. Y todos los golpes exitosos han tenido como derivación, como salida, una restauración política sobre bases liberales; salvo el golpe del '43' cuya salida es el surgimiento del movimiento nacional y popular liderado por Perón.

—¿Cuáles serían ejemplos de estas “bases liberales” sobre las que se dan las salidas de la mayoría de los golpes?

—Como mencioné recién, Uriburu da el golpe del '30 con un planteo corporativo y antidemocrático e inmediatamente asume el poder el general Justo, que tiene una relación totalmente distinta con los partidos políticos. Habilita elecciones, permite el funcionamiento de un parlamento donde la Unión Cívica Radical y los Socialistas pueden participar, hay una política económica con una presencia reguladora del Estado notable pero con un funcionamiento de las fuerzas del mercado muy claras, y sin ninguna fantasía de tipo corporativista. Es decir, el corporativismo es una fantasía que la Iglesia trae a la política argentina, es la nostalgia de un tiempo pasado irreal donde nada cambia, donde hay una autoridad que regula todo sin que nadie la ponga en cuestión, donde todos los intereses se articulan armónicamente en

las corporaciones; esa es una fantasía irreal. La realidad es siempre mucho más rica.

En noviembre del '55 cuando Lonardi es derrocado, luego de su brevísimo mandato, comienza una intensa actividad política con la proscripción del peronismo pero con participación de todos los demás espacios políticos: desde los partidos cristianos hasta el Comunismo, el Socialismo, los radicales, los conservadores, los demócrata-progresistas; hay elecciones, hay una apertura económica al capital extranjero, se aplican los planes del Fondo Monetario Internacional. Es decir estamos hablando de una salida “liberal”.

El gobierno de Onganía en el '66 también llega con toda la fantasía corporativa, la doctrina social de la Iglesia, una enorme retórica católica; y poco tiempo después convoca como ministro de Economía a Álvaro Alsogaray, para hacer una política liberal clásica. Siempre ha sido así.

El golpe del 76' también presenta este esquema: llega con todas las banderas de la pureza, de la lucha contra la corrupción y los valores de la nación católica, toda la retórica. En los documentos del golpe del 76' hay incluso paráfrasis respecto de la retórica cristiana. Por ejemplo con la idea de la Junta Militar: el Comandante de la Fuerza Aérea, Agosti, hace un discurso donde él parafrasea el misterio de la Santísima Trinidad y dice que la Junta Militar son tres poderes distintos que forman uno único e indivisible. Esto es permanente. Ahora, a la economía la maneja Martínez de Hoz, el financiamiento es de los bancos transnacionales, con el apoyo del Fondo Monetario.

A esto me refiero cuando digo que hay una inspiración católica y una retórica nacionalista en un primer momento y que eso luego deriva en las políticas más crudamente liberales. Y esto, hay algunas personas, que supieron verlo antes de que ocurriera.

—¿Podemos citar casos puntuales de quiénes identificaron este patrón en plena coyuntura?

—Sí, por ejemplo, en el año '67 entrevisté a Arturo Jauretche que era ya un hombre grande, bah, bastante menor de lo que yo soy ahora pero era un hombre grande, y yo era un poco mayor de lo que sos vos ahora. Jauretche contó que cuando fue el golpe contra Perón todo el grupo de católicos-nacionalistas vinculados con Lonardi, sus cuñados, Eduardo Amadeo, Roberto Goyeneche, lo fueron a ver para que se sumara, porque él había sido también parte del grupo nacionalista de los comienzos del peronismo que después se alejó de Perón. Pero Jauretche nunca pasó a la conspiración y me contó que cuando lo convocaron les dijo: “Ustedes son unos tontos, a ustedes los usan y después los tiran; ustedes van a propiciar el golpe, van a dar el golpe y después van a venir los liberales y los van a tirar a un costado como les ocurrió en el '30 y como les ocurrió en el '43, les va a volver a ocurrir ahora.” Efectivamente Jauretche dijo exactamente lo que sucedió.

Otra persona que vislumbró lo que iba a pasar fue Perón. Cuenta en uno de sus trabajos, creo que era en “La fuerza es el derecho de las bestias”, que después del bombardeo del 16 de junio del '55 ellos hicieron una serie de allanamientos y encontraron los planes de los insurrectos para hacer confiscaciones de bienes y fusilamientos. Entonces Perón dijo que venían con una retórica democrática, pero después lo que iban a hacer era tirar por la borda todas las conquistas de los trabajadores, todos los derechos y las garantías.

Y el tercero es John William Cooke, que cuestiona la fantasía del Lonardismo, la famosa frase de Lonardi “Ni vencedores, ni vencidos”. Yo creo que Lonardi tenía muy buenas intenciones, era un hombre muy bien inspirado, pero era de una ingenuidad política pavorosa. Y Cooke le dijo que la violencia destructiva de un movimiento contrarrevolucionario era proporcional a la fuerza y a la profundidad del movimiento revolucionario que esa contrarrevolución viene a derrocar. Es decir: se liberan determinadas fuerzas que después no se pueden controlar. Y eso

es lo que le pasó a Lonardi, él puso en movimiento la rueda y después se le fue absolutamente de control y él mismo resultó despedido rápidamente el 13 de noviembre.

Volvamos entonces a Lonardi, a cómo fue que llegó a esa presidencia en donde permanecería, como señala Verbitsky, menos de dos meses.

Nos habíamos quedado en sus problemas de salud luego del problema con Chile. Por ese entonces ocurrió algo peculiar. Vimos en el capítulo anterior la incidencia enorme que tuvieron los Estados Unidos en la lucha por que Perón no llegara a la presidencia, con la presencia del embajador Braden en la Argentina, conduciendo a la oposición. Perón ganó los comicios en 1946 y en el '47 Lonardi, que tenía una enemistad pública con el coronel, fue ascendido a general de brigada y destinado a la Junta Interamericana de Defensa en Washington donde permaneció durante un año. De Paraná a Washington. Curioso.

A su regreso Eduardo asumió la Dirección General de Administración del Ejército. En 1951 se encontraba en Rosario realizando la inspección de rutina en un regimiento que estaba a su mando, cuando se encontró con que el Casino de Oficiales había sido rebautizado como "Presidente Perón" y decorado con retratos de Eva y Juan Domingo. Ordenó deshacer dichas modificaciones y uno de los soldados implicados en el evento elevó un informe. Lonardi fue sumariado, otra vez.

El clima político estaba agitado en tanto se acercaban las elecciones presidenciales del '52. El diario La Prensa había sido expropiado y se barajaba la posibilidad de la fórmula Juan Perón-Eva Perón. Un grupo de militares comenzaba a conspirar y esta será la primera vez en que Lonardi acepte jugar políticamente. Había también en escena otros nombres posibles para encabezar la conspiración. Uno era Benjamín Menéndez pero tenía la contra de estar retirado; Aramburu por otro lado era una alternativa pero por entonces fue enviado al Brasil.

Lonardi, fiel a sus principios, solicitó su relevo del Primer Cuerpo del Ejército para tener libertad de acción.

Los conspiradores planeaban lo que sería un primer intento de golpe de Estado para derrocar a Perón, que resultó fallido. El 31 de agosto del '51 Eva renunció a su candidatura, que había sido anunciada por la CGT. El 28 de septiembre Menéndez lanzó la primer operación destituyente pero fue sofocada inmediatamente.

En febrero del '52 los servicios de inteligencia del gobierno desbarataron un ataque contra el Presidente y Lonardi, que no estaba involucrado, fue de todos modos mencionado por los ejecutores del atentado. Eso le valió una detención en la Penitenciaría de la Capital. Con su salud empeorada fue trasladado al Hospital Militar.

El 26 de julio de 1952 murió Eva Perón. Fue un hecho trascendental. Por los amores y el odio que esa mujer había despertado, la hora 20:25 de aquel sábado fue inolvidable para todo un país.

Lonardi estaba preso cuando millones lloraron y algunos miles festejaron. Así siguió en Palermo hasta fines de ese año, cuando recuperó la libertad. Perón era nuevamente Presidente y para Eduardo esos fueron tal vez los años más duros. Solicitó el retiro absoluto para no estar bajo ningún tipo de autoridad militar e intentó dedicarse a vender seguros pues estaba en una situación económica muy difícil. Falló en ese negocio pues su público y marcado perfil antiperonista hizo que la mayoría de los comerciantes no quisieran hacerse clientes. Su salud había ido de mal en peor y rondaba casi los 60 años.

—Aquí ya Lonardi está a un paso de encabezar el golpe de Estado del 1955. Señalaba usted anteriormente la “fantasía” con que él llegó al gobierno. Me pregunto si verdaderamente existe tal cosa entre los militares o si se trata más bien de la mascarada de intenciones más perversas.

—Cuando hice la investigación sobre las proclamas de todos los golpes militares que recopilé en un libro llamado justamente “Medio siglo de proclamas militares”, las intenciones que ellos declaran en dichos documentos son siempre de una gran pureza, de una gran virtud; y no tengo elementos para pensar que eso no fuera sincero. Lo que pasa es que buena parte de los militares argentinos son de una estupidez política pavorosa y por eso terminan como terminan.

Yo estuve en el 2013 declarando en el juicio por crímenes de lesa humanidad en Rosario y ahí planteé que era imprescindible poner el acento no sólo en los ejecutores materiales de los crímenes sino también en los instigadores, los encubridores, los cómplices, refiriéndome al poder económico que ha estado impulsando cada golpe militar, y al poder eclesiástico que le ha dado la bendición, y en algunos casos como en el golpe del '55, no sólo la bendición sino también las armas. Porque los explosivos se almacenaban en los templos, las armas se guardaban en los colegios religiosos, y el hermano Septimio, que fue uno de los organizadores de los comandos civiles, se encargaba de la distribución.

Dije entonces que me parecía que esto era un acto de justicia hacia la sociedad que fue víctima de las dictaduras, naturalmente también hacia los desaparecidos y sus familiares, pero incluso que era una obligación hacia los propios perpetradores, hacia los propios militares condenados o procesados, porque de otro modo no se entendía lo que había ocurrido. No se podría entender, parecería que una banda de lunáticos bajó de una nave espacial y se dedicó a asesinar personas porque sí, y no fue así.

Al día siguiente, uno de los militares que estaba detenido y que ya tenía una condena previa, Juan Daniel Amelong, un hombre de una formación católica muy marcada, dijo que si hubiera sabido lo que yo iba a declarar, él mismo me hubiese ofrecido como testigo. Yo naturalmente había ido como testigo por la querrela, por las víctimas. Él señaló que lo que yo había dicho era

totalmente cierto y que cuando ellos estaban avocados a la represión, permanentemente en el comando recibían la visita de empresarios, de eclesiásticos, y empezó a dar nombres.

Es decir, me parece que esto es una reconstrucción de la realidad de los hechos muy importante. Ahora, los militares que cometieron los crímenes tienen que pagar, que se analice el contexto no quiere decir que ellos queden eximidos de la responsabilidad, porque los que mataron fueron ellos. Por otro lado tendrían que reflexionar sobre cómo han sido utilizados y luego abandonados por un poder económico y un poder eclesiástico que nunca perdió sus privilegios. Ahora, la sinceridad de las proclamas yo nunca la puse en duda. Lo que puse en duda es la capacidad intelectual de quienes creían en eso.

—¿Cómo sucedieron los hechos de junio del '55? Me refiero al bombardeo de la plaza, que es el antecedente principal que tiene el golpe.

—Es un encadenamiento de varios días. El 11 de junio fue la procesión del Corpus Christi. De esa procesión se desprendió una columna que avanzó sobre el Congreso. Quisieron apagar una lámpara votiva que había allí conmemorando a Eva Perón, y ahí la versión que dio el gobierno es que habían descolgado y quemado la bandera del Congreso en el intento de apagar la lámpara votiva, y que la habían reemplazado por una bandera del Vaticano. Después por presión del Ejército se hizo una investigación donde se estableció que no fue así como ocurrieron los hechos, y que reemplazaron la bandera por la bandera del Vaticano pero que no la quemaron; y que la quema fue un ardid posterior de la policía para acusar a los manifestantes.

Entonces, el 11 de junio es la procesión del Corpus y la presunta quema de la bandera. El 12 hay un intento de ocupación y de incendio de la Catedral, que es defendida por la Acción Católica y no se llega a producir la quema, de la cual se venía

hablando desde enero. Versiones de que iban a arder los templos había desde el mes de enero.

El 16 de junio, en desagravio por la quema de la bandera hay un acto patriótico y va a haber un desfile aéreo sobre la Plaza de Mayo. Pero en realidad ese es el enmascaramiento para el bombardeo del 16 de junio que ocurre a mediodía.

—Usted casualmente presencié ese bombardeo. ¿Qué recuerda? ¿Qué imagen tiene, qué sonidos o qué sensación?

—Bueno, yo no entendía, tenía trece años nada más, estaba en primer año de mi colegio secundario. Mi colegio estaba a tres cuadras de la Plaza de Mayo. Yo llegaba en el subterráneo, caminaba las tres cuadras y entraba en el turno tarde. Entraba a la 1, a las 12:30 se produjo el bombardeo. Salgo del subterráneo y veo que hay aviones que están tirando bombas. Recuerdo también la imagen de las balas trazadoras de las ametralladoras de los aviones. Los dispositivos de dirección del tiro que había en aquella época eran muy precarios, era visual la puntería, entonces alternaban una bala real con una bala luminosa atrás, para que desde el avión el piloto viera una línea de puntos para guiarse... Yo recuerdo haber visto los aviones y la línea de puntos, que en esa época no supe qué era, me enteré después de qué se trataba eso. Pero era muy impresionante y se veía mucho humo, tierra que saltaba porque pegaron en los canteros de la plaza, y gente que corría. Gente que corría y gente que gritaba.

Cuando salí del subterráneo no entendí inmediatamente lo que pasaba. Como tardé en darme cuenta en principio en vez de alejarme me acerqué y recorrí unos treinta metros desde la boca del subterráneo hacia la Plaza de Mayo para ver qué había. Llegué hasta la esquina donde está la Municipalidad, que está frente al Cabildo, y ahí un hombre me agarró de la mano y me dijo: “¡Vení para acá!”, y me arrastró por la Diagonal Norte. Sí, yo había bajado por Av. De Mayo, había avanzado hasta la Plaza y este

señor, que nunca supe quién era, me agarró de la mano y me hizo correr. En un momento cuando íbamos por Diagonal Norte me hizo echar al suelo porque estaban tirando con las ametralladoras desde los aviones y me hizo taparme la cabeza con mi portafolio. Después en el portafolio apareció una marca que podría haber sido de una bala que haya rozado, pero ya eso entra dentro de cierta mitología familiar que no está comprobada... —*en esta instancia del relato Horacio se rió como un chico, con la ternura del chico que recordaba, mucho antes de ser el periodista Verbitsky, haber presenciado uno de los hechos más abominables de la historia argentina.*

—Fue una interrupción brutal de una infancia tranquila y plácida. La década del '40 y la primera mitad del '50 para los chicos fue una fiesta en la Argentina. Y ese fue el comienzo de un capítulo tremendo de nuestra historia donde desaparecieron el valor de la vida humana y el respeto a la voluntad popular.

No es que la democracia argentina haya sido perfecta en esa década, yo creo que el gobierno de Perón tuvo muchos defectos, fue muy autoritario, realmente autoritario, no como se ha dicho en épocas posteriores que se le llama “autoritario” a cualquier cosa. El propio Perón lo reconoció, después del intento de golpe de junio anunció que había puesto fin de la revolución, que ya no era más el jefe de la revolución sino el Presidente de todos los argentinos, y dijo: “hemos cometido algunos atropellos, esto se acaba ahora”. Permitió que los opositores tuvieran acceso a los medios de comunicación, cosa que hasta ese momento no tenían, hizo una convocatoria al diálogo político, hubo toda una apertura, es decir que Perón mismo reconoce las falencias democráticas de esos años. Pero había respeto por la vida. Ha habido algunos casos de represión y torturas policiales, pero contados, es decir, se los recuerda con nombre y apellido, se habla del estudiante Mario Bravo, del médico Juan Ingalinella, de los obreros ferroviarios en huelga en el '49. Se conoce con nombre y apellido quiénes fueron

víctimas de esa represión en aquellos años, no como ocurrió a partir del '55, que ya se naturaliza como un fenómeno masivo.

—¿Se expresaron aquel 16 de junio las ideas que luego fundarían el golpe?

—Los aviones de la Fuerza Aérea y de la Marina que bombardearon la plaza llevaban pintada en las alas una cruz dentro de una letra “V”. Esto quería decir “Cristo vence”. Ya de por sí durante la procesión del Corpus Christi, el día 11, en la gran manifestación que procuraba la desestabilización del gobierno de Perón, todos los partidos liberales, laicos, los conservadores, los Socialistas, los Radicales, los Comunistas, marcharon detrás de imágenes religiosas. Hasta partidos laicos se opusieron a la separación de la Iglesia con el Estado que proponía el Peronismo. Un absurdo total. Y toda la conspiración de Lonardi estuvo hecha sobre esa base. Los complotados tenían un santo y seña para reconocerse, que era “Dios es justo”. Por ejemplo, el general Videla Balaguer, que fue uno de los jefes militares que participaron en el alzamiento, había sido alta autoridad militar durante el gobierno de Perón. Solía tener en su despacho un altar con una virgen, la foto de Perón y la de Evita. Luego encabezó este alzamiento junto a Lonardi en defensa de los altares, en defensa de la religión. Y esto es la regla, no la excepción.

En septiembre del '55, cuando tres meses después del bombardeo se produce el alzamiento en Córdoba, no sólo los aviones sino también los tanques del Ejército llevaban pintada la cruz, y hay toda una inspiración en la iconografía del nacional catolicismo español del Franquismo. Permanentemente está esa simbología en juego.

—Para finalizar con la jornada del 16: ¿cómo es el proceso de esa noche en que el peronismo responde ante los bombardeos?

—Por la noche, en represalia por el bombardeo, salen columnas de tres lugares distintos: del Ministerio de Salud, del Servicio de Informaciones y de la sede del partido peronista, que van a quemar la Curia y ocho iglesias de la Capital. Incendios similares se repiten por ejemplo en Bahía Blanca y en Córdoba. Los bomberos tienen órdenes de no intervenir con sus autobombas y están remojando los edificios vecinos para que no se propague el fuego. Los incendiarios se abastecen con camiones de YPF, es decir, está muy claramente probada la participación, digamos, del gobierno peronista en represalia por el bombardeo.

Ahí hay un acuerdo tácito entre Perón y la Iglesia para no asumir la situación. La Iglesia dice que esto se debió a la infiltración comunista, en comparación siempre con España, con la guerra civil española, donde el enfrentamiento fue entre “los rojos” y los católicos. Y Perón toma ese mismo discurso: niega que su gobierno lo haya hecho y él también acusa a los Comunistas; entonces hay un acuerdo tácito. Ahora, está exhaustivamente probado que eso surgió de las fuerzas gubernativas. Y hay una diferencia fundamental con lo que ocurrió en España, en España hubo una guerra civil, hubo centenares de sacerdotes fusilados, hubo fusilamientos por los dos lados, hubo bandos enfrentados sobre un eje ideológico; en la Argentina no ocurrió eso.

Entre julio y agosto se organizó una nueva conspiración que sería finalmente el golpe de Estado triunfante que ocurre en septiembre, exactamente tres meses después de los bombardeos. Se trata del alzamiento en Córdoba que Verbitsky acaba de mencionar. Lonardi inició sus operaciones en esa provincia y su hijo Ernesto se ocupó de la situación en Mendoza.

—¿Cómo se suceden los hechos concretos que posibilitaron el golpe del 16 de septiembre?

—El golpe contra Perón no fue un golpe militar, fue un golpe eclesiástico, un golpe político, un golpe económico, que tuvo un componente militar mínimo. De hecho cuando se da el intento en junio del '55 con los bombardeos de la Plaza de Mayo, el Ejército se mantiene absolutamente leal al peronismo, son sectores de la Marina y sectores de la Fuerza Aérea nada más los que están conspirando.

En septiembre, Lonardi que es el jefe del alzamiento, llevaba cuatro años retirado. Se había retirado en 1951 que es cuando se agudizó su confrontación con el peronismo. Él dijo, cuando se intentó suplantar la doctrina social de la Iglesia por la doctrina peronista, esa fue su explicación. Entonces, no hay militares en actividad que participen de la conspiración. Lonardi, retirado, viaja de Buenos Aires a Córdoba en un colectivo, no tiene ni siquiera plata para el pasaje de regreso. Lleva el uniforme, el sable en la valija y el cepillo de dientes, nada más.

Llega a Córdoba, se pone el uniforme y se presenta en la Escuela de Infantería. Copa esa Escuela y ahí empieza la rebelión. Durante días los rebeldes están aislados allí y en otras Escuelas vecinas que también logran tomar, pero el grueso del Ejército no se pliega y avanza las tropas para rodear e intimar la rendición de los rebeldes, que no se rinden. El gobierno cae porque Perón decide no reprimir, pensando en el largo plazo, con esa disyuntiva que él ha planteado tantas veces entre el tiempo y la sangre. Perón muchas veces ha dicho que él quiso evitar los males de la guerra civil a la Argentina y que por eso decidió no luchar. Está abierta la evaluación, si logró evitar esos males o si esto produjo males mayores a lo largo de muchos años después del golpe, con todo lo que ocurrió después. Pero las fuerzas militares no tienen el control de la situación hasta muy avanzado, recién después de casi una semana de estar en alzamiento allí, se forma una junta de generales que negocia con Perón. A Perón le piden la renuncia y Perón les ofrece no la renuncia sino el renunciamiento.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que en un caso se supone que se va, y en el otro caso es un argumento político retórico para ir viendo cómo se maneja la situación, porque obviamente Perón tenía una capacidad política que no tenía ninguno de sus contradictores. Pero finalmente, cuando la Marina de guerra comienza a bombardear instalaciones, ocurre el bombardeo a la refinería de La Plata, aparece la amenaza de bombardear las refinерías también en la Capital, ya se genera una situación en la cual finalmente Perón termina alejándose del poder; pero no fue un golpe militar. Fue un golpe con participación militar, de militares retirados pero organizados por la Iglesia Católica, por el poder económico y por algunas fuerzas políticas.

Otro dato muy importante es que tanto no era un golpe militar que los militares que participaron en el golpe se encontraban clandestinamente en los templos católicos. Había un sacerdote que los ponía en contacto, que los presentaba, es decir, había un trabajo de la Iglesia con tal grupo, un trabajo de la Iglesia con tal otro, y no se juntaban en sus lugares de asentamiento castrense, sino en las iglesias, en lo que se llamaba la Hora Santa. Allí es donde iba avanzado la conspiración. El gran articulador de los comandos civiles fue un hermano marista, Septimio Walsh, que organiza la sublevación desde los conventos, los colegios religiosos y los templos. Allí se juntaban las armas, se preparaban los explosivos y se imprimían los panfletos con los cuales se generó una abrumadora acción psicológica en contra del gobierno. Esa es la historia del golpe del '55.

Lonardi juró como presidente provisional el 19 de septiembre en Córdoba y el 23 se hizo cargo formalmente del gobierno. Se convirtió así en el 4° Presidente de facto de la historia argentina. No aparece aún la fórmula de la “Junta militar” que veríamos en

golpes posteriores, por ahora Lonardi designa a su vicepresidente, rol para el que elige al contraalmirante Isaac Rojas. Como es usual decretó el estado de sitio, disolvió el Congreso e intervino las provincias, el poder judicial y las Universidades.

Pero hizo algo que no era usual: parafraseando el discurso de Urquiza de 1852 sentenció que no había “Ni vencedores ni vencidos”, y sobre esta forma de entender el mundo, se negó a intervenir la CGT, no disolvió el Partido Peronista, reconoció el asilo solicitado por Perón en Paraguay y envió a su ministro de Relaciones Exteriores, Mario Amadeo, para que acompañara personalmente en su salida al gobernante depuesto. También facilitó los medios para que la familia Duarte viajara a salvo al exterior y bregó por el respeto hacia el cadáver de Eva.

Todo esto envenenó a buena parte del antiperonismo febril que había ejecutado el golpe del '55. Esta “tibiaza lonardista” enseguida agrupó enemigos y engendró su propio fin. Las mayores presiones venían por el lado de la Marina, expresada en el gobierno a través del vicepresidente, Rojas. La debilidad de Lonardi era evidente. Solo le quedaban tres hombre de confianza: su hijo Luis Ernesto, su cuñado Clemente Villada Achával y su asesor, el Mayor Guevara.

—Cuando Lonardi asume la presidencia le concede una entrevista a un corresponsal de un medio chileno que le pide por una definición político-ideológica y Lonardi contesta con dos palabras: “Soy católico”. El programa político, la ideología que Lonardi declara es “Soy católico”.

Dentro del juego democrático siempre hay fuerzas políticas que están entrelazadas con determinados intereses sociales y económicos, en toda democracia hay algunas fuerzas que defienden determinados intereses de ciertas clases sociales y otras que expresan las conveniencias de otros sectores. Eso forma parte de la lógica de la dinámica política. El tema de los golpes

militares es muy distinto porque ahí hay una fundamentación prácticamente teológica de la intervención en contra de la voluntad popular.

Como señala Verbitsky, el gobierno de Eduardo Lonardi no contaba para nada con bases sólidas ni con un proyecto político real. El 9 de noviembre renunció su ministro de Guerra y ex miembro del GOU, el general Justo León Bengoa. Solo había ordenado el pase a retiro de los oficiales más estrechamente ligados al peronismo que habían enfrentado con las armas a Lonardi. Pero a los sectores duros del golpe les pareció un accionar demasiado moderado, querían que desplazara a todo sospechoso de filoperonismo y decidieron hacerlo a un lado. Bengoa se les adelantó yéndose por su propia cuenta. Lonardi lo reemplazó por el general liberal Arturo Osorio Arana, que dirigió una purga masiva de oficiales.

Por entonces se formó, a instancias de Rojas, la Junta Consultiva Nacional que integraba a políticos de la oposición antiperonista y generaba un espacio de poder fuerte paralelo al Ejecutivo.

El 12 de noviembre renunció el ministro del Interior y Justicia, Eduardo Busso, descontento con las políticas del presidente. Renunció también una buena parte de la Junta Consultiva. El fin estaba claro. Esa noche un grupo de altos mandos visitó a Lonardi en la residencia de Olivos y le señalaron la necesidad de formar una Junta Militar, disolver el Partido Peronista e intervenir la CGT. También querían que se desplazara a Villada Achával y a otro hombre cercano a Lonardi, el ministro de Transporte, general Juan José Uranga.

Lonardi no aceptó las exigencias, y el 13 de noviembre los ministros de Marina, Aeronáutica y Ejército le comunicaran que ya no contaba con el respaldo de las Fuerzas Armadas.

Por la tarde Lonardi retiró sus cosas de la Casa de Gobierno. Había estado 52 días al frente de la nación, y mientras él se

marchaba con sus pertenencias, en un salón contiguo se preparaba el acto para la jura del nuevo presidente provisional: el general Pedro Eugenio Aramburu.

—Para cerrar quisiera retomar el tema central que usted mencionó a inicios de esta entrevista: la relación entre la Iglesia Católica y el gobierno peronista. ¿Podríamos profundizar al respecto, para terminar de comprender los hechos que hemos narrado? Porque este parece ser el eje de la cuestión.

—La historia del conflicto entre el peronismo y la Iglesia es muy larga y subterránea. Explota a partir de noviembre del '54 pero hay toda una historia previa que es mucho menos conocida y que es muy importante.

Como dijimos el peronismo es heredero del golpe del '43. Convierte en ley lo que ese golpe había hecho por decreto, que es la enseñanza religiosa. Sin embargo no permitió la manipulación de la educación por parte de la Iglesia que ésta reclama. Por ejemplo: va a haber enseñanza religiosa, pero los programas los va a hacer el Ministerio, no la Iglesia. Lo mismo sucede con los profesores, los va a designar el Ministerio de Educación. El Consejo Superior de Enseñanza va a estar integrado por funcionarios designados por el Poder Ejecutivo, no por la Iglesia. Y eso ya es un motivo de conflicto, aún en el año en que la Iglesia está agradeciéndole a Perón por haber sancionado la Ley de Educación Religiosa.

Después viene el paso siguiente: los preparativos para la reforma de la Constitución, que comienzan a organizarse en 1948. Cuando se plantea hacer la reforma, la Iglesia le hace llegar sus sugerencias al peronismo, algunas por parte del Episcopado argentino y otras directamente por parte del Vaticano. Plantean poner en crisis el principio de la soberanía popular que está consagrado en la Constitución argentina desde 1853 y en cambio

estipular el origen divino del poder. Y el peronismo no lo hace. Ahí la Iglesia entiende, comienza a entender, que el peronismo no es un movimiento antimoderno, reaccionario, como ellos habían juzgado en los primeros años sino que por el contrario, el peronismo es la auténtica modernidad argentina. Se da entonces una clara confrontación entre dos concepciones sobre el origen del poder: para la Iglesia, el poder es de origen divino; para el peronismo el poder es de origen popular, se origina en la voluntad del pueblo. Esta es la línea central de la diferencia, que se va a ir agudizando en los años posteriores.

Incluso en la propia reforma de la Constitución que se sanciona en el '49 la Iglesia hace también una serie de propuestas sobre la declaración de la indisolubilidad del matrimonio. Proponen de alguna manera constitucionalizar el sacramento del matrimonio. El peronismo también se niega, y en cambio establece una declaración de derechos: derechos del trabajador, derechos de la ancianidad, derechos de la infancia, lo cual es de absoluta inspiración rousseauiana y no tiene nada que ver con la concepción teológica que intenta imponer la Iglesia Católica. Entonces se da ese choque de dos legitimidades distintas. Para la Iglesia no ha habido trauma peor que la Revolución Francesa y todo lo que la evoque los pone como gatos frente al agua, erizados; y en el peronismo la Constitución del '49 es muy evocativa de Rousseau y de dicha Revolución. Incluso la propia imagen del descamisado, es el equivalente al sans-culotte de la Revolución Francesa. Hay toda una simbología en la cual va madurando esa confrontación. Y a medida que se agudiza el conflicto se profundizan también los problemas económicos en el país y el Vaticano va tomando mayor injerencia en la conducción de la Iglesia argentina.

Porque también está el elemento Vaticano. Terminada la Segunda Guerra Mundial el Vaticano, con apoyo de los gobiernos de Estados Unidos desde Roosevelt, Truman, en adelante, fomenta el surgimiento de partidos demócrata-cristianos en todos

los países de Europa para confrontar con el Comunismo. Entonces en Italia, en Alemania, en Holanda, en Bélgica, surgen partidos demócrata-cristianos fuertes, apoyados por el Vaticano y apoyados por Estados Unidos para la confrontación con el Comunismo.

—**¿Esto se replica en la Argentina?**

—El Vaticano de alguna manera intenta hacer algo parecido en la Argentina, ignorando la existencia de un movimiento nacional como es el peronismo, que ya contenía todas esas pulsiones y esas tendencias. Entonces eso también incentiva el conflicto: el intento del Vaticano de crear una fuerza política de obediencia católica, que aquí de todos modos nunca llegó a tener verdaderamente arraigo. Fue por esa incomprensión del fenómeno del peronismo que la democracia cristiana en América Latina ha sido fuerte en otros países pero nunca en la Argentina. La democracia cristiana ha llegado al gobierno en Chile, en Venezuela, pero aquí nunca. Porque han desconocido el fenómeno pre-existente central del peronismo, que lejos de ser un partido asimilable al Comunismo, comparte muchos elementos con la concepción católica cristiana pero con una diferencia: hace una re-escritura propia del catolicismo.

Es decir, el peronismo toma elementos doctrinarios pero no reconoce la primacía de la estructura jerárquica de la Iglesia, y eso es lo que va a precipitar en enfrentamiento final, cuando la Iglesia entiende que el peronismo se está convirtiendo en una religión civil. Después de la muerte de Eva Perón en el '52 comienza una exaltación de su figura que es asociada a la imagen de la virgen María. Empieza la difusión de los textos de Evita que están contenidos en su libro “La razón de mi vida”, donde presenta a Perón prácticamente como el redentor con una impronta Crística. Cuando la Iglesia comienza a percibir que el Peronismo está intentando reemplazar a las tres personas de la Santísima Trinidad

por las dos personas de la pareja presidencial, se da este gran enfrentamiento.

La Iglesia comienza a organizar sus ramas de acción católica. Pensá por ejemplo que la organización del peronismo está copiada de la organización de la Iglesia. Ese esquema de partido peronista masculino, partido peronista femenino, rama gremial, rama juvenil, está tomado del esquema de la Acción Católica, donde hay Acción Católica de hombres, femenina, juvenil y centros de obreros católicos.

La Iglesia pretende que todo tiene que someterse a sus lineamientos, eso es lo que se llama el “catolicismo integral”. Cada aspecto de la vida de las personas tiene que estar regulado por la fe y por los preceptos de la religión católica. Esto se encuentra, en espejo, con la respuesta de un “peronismo integral”. Tenés catolicismo integral vs. peronismo integral. Para el peronismo, todo, tanto la esfera pública como la privada, tiene que integrarse armónicamente en función, no de la doctrina católica, sino de la doctrina peronista. Y ahí hay un segundo choque de legitimidades: el primero es por el origen del poder, el segundo es esta confrontación sobre las formas de organización de la sociedad. Es una querrela de familia, un litigio de familia porque hay muchas similitudes, es una pelea en el espejo.

Entonces, en el '54 la Iglesia empieza a tratar de crear el partido demócrata-cristiano en la Argentina, para tener una voz fuerte dentro de los sindicatos peronistas e impulsar sus propias organizaciones juveniles. En septiembre de ese año logra, en el día de la primavera, una movilización multitudinaria en Córdoba. Esa es la señal de alarma para el peronismo porque la Iglesia ha comenzado a comerle sus bases propias. Ahí el peronismo reacciona y se dispone para la batalla final con la jerarquía católica que se desarrolla a partir de noviembre del '54.

En ese momento el peronismo adopta una serie de decisiones que tienden a marginar definitivamente a la Iglesia de cualquier incidencia en el poder y en la regulación de la vida de las

personas. Entonces está la Ley de Divorcio, la Ley de Profilaxis, la equiparación de los hijos adoptivos con los hijos naturales... Ahí hay una trampa del lenguaje, ¿no? En realidad sería la equiparación de los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio, cosa que indigna a la Iglesia. Hay un retiro de los subsidios para la enseñanza confesional y una investigación sobre cómo del subsidio para dicha enseñanza se distraen fondos para financiar otras actividades. Hay toda una serie de rupturas que gradualmente van haciendo a la confrontación cada vez más grande, y la Iglesia reacciona organizando el golpe, directamente creando los comandos civiles, armándolos, reuniendo fuerzas militares para sumarlas a la conspiración.

—Dentro de la Iglesia, ¿hubo algún ala más tendiente a la izquierda como lo que uno podría vincular con los Curas del Tercer Mundo o con este tipo de movimientos, que no estuviera de acuerdo con lo que se estaba gestando?

—No, en ese momento en la Iglesia no había disidencias al respecto, había sí un conflicto en la cúpula. El Cardenal Copello, que era el Arzobispo de Buenos Aires y el Cardenal Primado de la Argentina, no quería organizar la conspiración contra el peronismo. Creía que era posible llegar a un acuerdo o un advenimiento. En cambio el posterior Cardenal Caggiano, por entonces Arzobispo de Rosario, y el Arzobispo de Córdoba, Fermín Emilio Lafitte, sí creían en la necesidad de organizar la conspiración. Tuvieron respaldo del Vaticano y marginaron de las decisiones al Cardenal Primado Copello. Yo revisé las actas de la Conferencia Episcopal de todos esos años y está claro que el Vaticano apoyó este golpe interno de Lafitte y Caggiano contra Copello, y que apoyó también el alineamiento de la Iglesia para organizar la rebelión y el golpe. Eso está documentado.

Lo que sí ocurre es que una serie de sacerdotes que participaron activamente del derrocamiento de Perón, muy

rápidamente se dieron cuenta de que habían hecho un golpe clasista en favor de la oligarquía y en contra de las clases populares. Por ejemplo: Monseñor Enrique Angelelli, luego Obispo de La Rioja y asesinado por la dictadura en el año '76, fue un activo organizador de los comandos civiles y del golpe en Córdoba. Eran dos sacerdotes, Angelelli y el jefe de Angelelli de entonces, que se llamaba Quinto Carnelutti, que luego se retiró de la Iglesia y fue activo dirigente de la Unión Cívica Radical. Él y Angelelli organizaron los comandos civiles en Córdoba.

En la Patagonia un gran organizador fue Monseñor de Nevares. En la capital participaba activamente en la diagramación de la rebelión un joven seminarista que se llamaba Carlos Mugica. Todos ellos cuentan cómo a los pocos días en algunos casos, a los pocos meses en otros, se dieron cuenta de que era una tragedia lo que habían hecho, que habían cavado un foso que separaba a la Iglesia del pueblo y habían puesto a la Iglesia alineada con la Oligarquía.

Y ahí comienza todo un proceso de reflexión que se manifiesta en los años '56, '57 y '58, en el surgimiento de grupos de la Juventud Obrera Católica, donde participan estos sacerdotes y comienza el re-acercamiento a la clase trabajadora. Ya en la década siguiente, en la década del '60, después del Concilio Vaticano II, surge el movimiento de sacerdotes por el Tercer Mundo que abjuran de aquella alianza con la oligarquía y plantean un acercamiento al pueblo y una participación en las luchas populares.

Ahora, del golpe del '55, de los bombardeos de junio de ese año, de los fusilamientos de junio de 1956, han pasado seis décadas: hasta el día de hoy la Iglesia Católica, la jerarquía, el Episcopado, el Vaticano, no han pronunciado una palabra de condena a esos graves crímenes. Ni el bombardeo de una ciudad abierta donde mueren 300 personas y hay miles de heridos, ni el fusilamiento de treinta personas el año siguiente han sido condenados por la Iglesia Católica.

Nos resta ver cómo siguió la vida de Lonardi una vez destituido. Su salud empeoró brutalmente luego de los acontecimientos señalados, y el 26 de noviembre se marchó a los Estados Unidos para recibir atención médica. El nuevo presidente de facto ordenó el allanamiento de su casa en la calle Juncal, y Amadeo y Goyeneche, colaboradores de Eduardo, fueron apresados.

Lonardi, ya demacrado, volvió a la Argentina con la obstinación de actuar políticamente en contra de Aramburu. Dio en su casa un último discurso público para una pequeña multitud que se congregó, pero la policía le cortó los cables de la luz para abortar el acto y el viejo Lonardi habló a viva voz. En un gesto de cinismo el gobierno de Pedro Eugenio lo había ascendido al grado de teniente general.

El 22 de marzo de 1956 murió en el Hospital Militar ante un nuevo problema grave de salud. El gobierno pretendió ser parte de los funerales pero la familia se opuso.

—Para terminar quiero preguntarle por el rol de los medios de comunicación en todo esto. ¿Los hechos que hemos descripto tuvieron alguna repercusión a nivel nacional o al menos provincial?

—En general los medios estaban absolutamente alineados con el gobierno de Perón. Clarín que estaba subsidiado por dicho gobierno, lo apoyó absolutamente y denunció los bombardeos del 16 de junio como un crimen contra el pueblo. En el caso de La Nación, no hubo una adhesión militante al peronismo pero sí un reflejo de todas las posiciones oficiales muy desarrollado y en cambio muy poco espacio para todo lo que fueran las críticas al gobierno, ya fueran de la Iglesia o de cualquier otro sector.

Después cuando el golpe triunfó en septiembre, hubo un realineamiento y el subsidio pasaron a tenerlo no del gobierno de

Perón sino del gobierno militar. Entonces cambió de manera instantánea el discurso de los medios. De todos modos, sería un error proyectar lo que hemos conocido en los últimos años como “el rol de los medios” a lo que era en aquella época. El peronismo había tenido un control muy estricto de los medios de comunicación.

—¿Y alguna experiencia de comunicación más bien popular? Como la que usted desarrollaría años después con Rodolfo Walsh en la agencia ANCLA.

Sí, la Iglesia organizó toda una cadena de publicaciones clandestinas que en algunos casos fueron periódicos, pero que básicamente se trató de panfletos, pequeñas publicaciones, librillos minúsculos; dos hojas y nada más, que tuvieron una enorme difusión y fueron creando todo un clima que preparó el golpe. El organizador central de esto fue Septimio Walsh, el Hermano Marista que mencionamos como organizador de los comandos civiles. Lástima que no lo traje, porque hay un texto que Septimio ponía en los panfletos, donde invitaba a quienes los recibieran a reproducirlos y hacerlos circular; yo he detectado allí el origen de la consigna que Rodolfo Walsh...

—¿Qué relación había entre ellos dos?

Son primos, eran primos. Septimio Walsh era primo de Carlos y Rodolfo Walsh. Rodolfo en esos años no estaba cerca de su primo Septimio sino de su hermano Carlos, que fue uno de los pilotos navales que bombardearon la Plaza de Mayo. En ese momento Rodolfo estaba identificado con su hermano Carlos que era liberal, no con su primo Septimio que era nacionalista católico.

Yo, lamentablemente, descubrí esta similitud en las consignas mucho después de la muerte de Rodolfo, nunca tuve oportunidad

de hablar con él sobre eso. Pero cuando estaba investigando el rol de la Iglesia Católica y el tema de los panfletos, encontré justamente los ejemplares donde Septimio ponía esa frase instando a reproducir y hacer circular: una sentencia breve, con frases cortas, con muchos puntos seguidos, y a mi me hizo pensar claramente en la consigna que Rodolfo inventó después para la cadena informativa donde decía: “Reproduzca esta información por todos los medios, haga copias carbónicas, a mimeógrafo, hágalo circular, 9 de cada 10 la estarán esperando, el terror se basa en la incomunicación, vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad”. Evidentemente Rodolfo conocía ese pie que ponía Septimio en sus panfletos y estuvo inspirado por eso. Además, bueno, eran dos irlandeses locos, ¿no? Eso, hay que darlo por descontado.

Alejandro Cattaruzza

Historiador y profesor de Teoría e Historia de la historiografía en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Rosario e investigador del CONICET. Además de numerosos artículos en revistas especializadas argentinas y extranjeras, así como en volúmenes colectivos, fue autor de: “Una biografía de Marcelo T. de Alvear” (1997), “Políticas de la Historia 1860-1960” (junto a Alejandro Eujanian, 2003), “Los usos del Pasado” (2007) y el tomo “Historia de la Argentina 1916-1955” (2009). También dirigió uno de los tomos de la “Nueva Historia Argentina” (2001) y escribió en colaboración con Fernando D. Rodríguez el estudio preliminar a “El Hombre que está solo y espera” (2005).

Cap. V
ARAMBURU
Alejandro Cattaruzza

El mundo se dio vuelta

A fines de 1954, durante el segundo gobierno peronista, varios militares recibieron sus ascensos. Dos de ellos pasaban de general de brigada a general de división: se trataba de Pedro Eugenio Aramburu y Juan José Valle. Un año y medio después, el primero mandaría fusilar al segundo.

Entre el 9 y el 12 de junio de 1956, una treintena de civiles y militares fueron fusilados sin juicio por orden del presidente inconstitucional Pedro Eugenio Aramburu. El objetivo era sofocar un alzamiento militar que se había producido en la noche del 9, liderado por Valle, con el objetivo de derrocar la dictadura militar imperante y permitir el retorno al país de Juan Domingo Perón.

Los generales Juan José Valle y Raúl Tanco se sublevaron con tres objetivos concretos: la liberación de los presos políticos, la restitución de la Constitución del '49, y el cese de la persecución al partido peronista. Intentaron tomar campo de Mayo, el regimiento 7 de infantería de La Plata y las principales guarniciones militares de Buenos Aires.

El gobierno reaccionó sin escrúpulos. El día 10 dictó Ley Marcial, pero para entonces ya había ejecutado a varios de los rebeldes capturados. Hubo fusilamientos en Lanús, La Plata, José León Suárez, Campo de Mayo, la Escuela de Mecánica del Ejército y la Penitenciaría Nacional. Hacia la medianoche del 11 de junio, es decir 48 horas después, ya habían ejecutado 16 militares y 13 civiles.

Cabe señalar que el fusilamiento tenía, en la lógica militar de entonces, una forma legal de ejecutarse, que respetaba ciertos derechos de las víctimas. Es decir que podía haber fusilamientos “legales” o clandestinos. Visto esto desde la Argentina del siglo XXI resulta extraño, ya que todos los fusilamientos son ilegales. Pero es clave comprender que en su momento estos 30 asesinatos podrían haber sucedido de manera legal, para dimensionar lo tremendo que fue para la Argentina volver a evidenciar fusilamientos sin juicio. Esa era la aberración. Esa era la determinación sin miramientos que el gobierno militar quiso demostrar, para que quedara claro que, como dirá nuestro entrevistado: “estaban dispuestos a todo”.

—Alejandro, ¿qué podemos decir sobre los fusilamientos del '56?

—Creo que en la memoria del peronismo aquello quedó como la exhibición del odio antipopular y antiperonista. Fue la expresión más brutal de que estaban dispuestos a todo. Esto sería me parece lo que mejor sintetiza la idea: después de los fusilamientos lo que se hace visible, si es que no estaba claro aún, es que efectivamente estaban dispuestos a todo, como habían demostrado ya con bombas en manifestaciones o con los bombardeos de la plaza. Esto tendió a ahondar el foso entre peronismo y antiperonismo. En cuanto a las posibilidades efectivas de que el alzamiento que sofocaron se transformara en golpe, yo creo que no existían, honestamente creo que no había ninguna posibilidad de que esto prosperara. Me parece que ni Valle ni Tanco supusieron que la represión iba a ser como la que fue.

Valle se había ocultado en la casa de un amigo. Para terminar con las ejecuciones, el día 12 a la mañana se entregó. Fue

fusilado esa misma noche en el patio de la Penitenciaría Nacional.

—Hacia mucho tiempo que no había fusilamientos en la Argentina...

—Sí, pero además, ¿sabés qué? Estos hechos fueron prácticamente el inicio de la represión ilegal. La inauguraron, y de esto, quienes apoyaron a la “Libertadora” en el momento y quienes la miran hoy con simpatía, tendrían que hacerse cargo. El procedimiento de los fusilamientos no declarados en José León Suárez anticipa cosas que ocurrieron después.

Para comprender la génesis de los hechos narrados vamos a remontarnos a los orígenes de Aramburu, este general que reemplazó en la presidencia a Lonardi cuando las cúpulas de las Fuerzas Armadas lo desplazaron.

Pedro Eugenio nació en Río Cuarto el 21 de mayo de 1903. Sus padres, Carlos Aramburu Núñez y Leocadia Cilveti fueron inmigrantes vascos, instalados en Córdoba durante el siglo anterior. Luego de terminar los estudios en su ciudad natal Aramburu se trasladó a Buenos Aires para ingresar al Colegio Militar de la Nación. Corría 1919, el año de la “Semana Trágica”, e Yrigoyen atravesaba su primer mandato. El joven Aramburu egresó como subteniente de Infantería en 1922 y eligió Italia como destino para perfeccionarse.

De vuelta en la Argentina formó su familia: se casó con Sara Herrera y tuvo dos hijos, Sara y Eugenio Carlos. En la década del cuarenta cursó la Escuela Superior de Guerra. Por entonces uno de sus profesores comenzaba a destacarse, era Juan Perón.

Como vimos en el capítulo anterior, las fuerzas antiperonistas comenzaron a organizarse en el ámbito castrense a principios de la década del cincuenta, a partir de la sanción de la Constitución del '49. En ese entonces se comenzó a barajar un golpe para el

año '51, que no tendría éxito. El “Vasco”, como le decían sus compañeros de armas a Aramburu, era uno de los hombres que podía llevar a cabo la sublevación, pero por entonces trabajaba como vicedirector de la Escuela Superior de Guerra y fue trasladado a Brasil, hecho que abortó sus posibilidades de encabezar el intento destituyente. Cuatro años después llegaría su momento.

—Luego del golpe del '55 vinieron dos gobiernos de facto: el de Lonardi y el de Aramburu. A propósito del primero hemos ya abordado los bombardeos de junio y el derrocamiento de Perón propiamente dicho, el 16 septiembre. Por eso más que preguntarte acerca del golpe en sí mismo, quisiéramos saber qué diferencias podrías marcar entre éste y el golpe del '30, teniendo en cuenta que ambos destituyeron gobiernos populares, los de Yrigoyen y Perón respectivamente.

—Es posible hallar algunos puntos de coincidencia, uno de ellos puede ser el que vos decís. Sin ninguna duda el golpe del '30 inaugura los golpes de Estado en la Argentina del siglo XX, y el golpe del '55 se inscribe en esa línea.

De todas maneras el golpe del '55 presenta también algunas diferencias porque el Ejército en particular y las Fuerzas Armadas en general habían sido un apoyo firme del régimen peronista. Es cierto también que de las propias fuerzas militares habían salido los más enconados adversarios de Perón, quiero decir: sus propios camaradas de armas lo llevaron a prisión en el año '45 y más adelante hubo intentos de golpe de Estado ejecutados por sectores inicialmente acotados de las Fuerzas Armadas que se oponían al gobierno. Es decir, a finales del mandato peronista el descontento en las Fuerzas se va ampliando.

Pero fijate hasta qué punto es heterogéneo el movimiento, que al gobierno peronista lo van a derrocar: por un lado un hombre

como Lonardi, vinculado al catolicismo y que, por lo menos mientras era oficial, antes del golpe, no expresaba una aversión tan marcada hacia peronismo; y por el otro Aramburu y Rojas, que fueron personajes de un antiperonismo cerril.

Esa es una nota bastante peculiar del golpe del '55 frente al golpe del '30, la heterogeneidad que lo compone. Con esto no quiero decir que el golpe del '30 haya sido homogéneo, hubo allí dos grandes corrientes ideológicas que a su vez tenían vínculos civiles diferentes y control diferente en la fuerza: un sector más inclinado a la derecha conservadora, tradicional y filofascista que encabezaba Uriburu, y un sector más vinculado al liberalismo y a sectores del radicalismo antipersonalista como era el de Justo. Este último es quien tenía mejores lazos en el Ejército porque había sido ministro de Guerra en tiempos de Alvear y además era también quien tenía contactos más fluidos con el mundo de los partidos políticos. En el caso de Uriburu la base del poder era bastante estrecha, tanto en lo militar como en lo político.

En el '55 el otro punto que me parece que habría que contar es que buena parte del mundo político no peronista termina de un modo u otro admitiendo el nuevo orden impuesto por los militares.

Dado que Aramburu llevaba años como parte del grupo que se propuso derrocar a Perón, y finalmente quien asume en el '55 es Lonardi, cabe preguntarnos qué rol jugó Pedro Eugenio durante el golpe. Hasta julio del '55 había sido director de sanidad militar. El día 29 de ese mes fue designado director de la Escuela Nacional de Guerra.

Cuando el golpe explotó, Lonardi destinó a Aramburu al regimiento de Curuzú Cuatiá en Corrientes, una poderosa unidad blindada del Ejército. Pero en Gualeguay Aramburu y sus compañeros fueron detenidos por la Policía Federal. En ese momento regía la orden de interceptar a todos los militares que se encontraran en viaje y no pudieran justificarse. Mintieron

respecto de la misión que los ocupaba y lograron llegar, tarde, a destino.

Durante la madrugada la guarnición local ya se había sublevado contra el peronismo. Alrededor de las 11 de la mañana, el grupo liderado por Aramburu intentó tomar el mando. Se produjo un enfrentamiento entre los jefes natos de Curuzú Cuatiá y los recién llegados. Aramburu escapó al mediodía del 16 de junio en un jeep junto con otros oficiales. A poco andar encontraron la ruta bloqueada por la infantería. Caminaron toda la noche eludiendo patrullas y recién a la tarde del 17 consiguieron algunos caballos que les permitieron llegar a la estancia San Paladino, propiedad del cuñado de uno de los oficiales, a 50 kilómetros de Paso de los Libres. Desde allí cablegrafieron a Lonardi, que lideraba el alzamiento en Córdoba.

Aramburu se trasladó al Regimiento 27 de Infantería en Paso de los Libres, que también se había sublevado, y pasó a estar allí al mando de las tropas. Para entonces Lonardi ya había jurado como presidente provisional en Córdoba. Aramburu fue designado jefe del Estado Mayor del Ejército, por el flamante mandatario.

Al mes, cuando las cúpulas más violentas y totalitarias de las Fuerzas Armadas no se conformaron con el accionar “moderado” de Lonardi, Aramburu resultó la primer opción para el relevo forzado.

—Señalabas el nivel de heterogeneidad presente en los actores que dan el golpe, sobre todo expresado en las marcadas diferencias entre Lonardi y Aramburu. En cuanto a los mandatos que ejerció cada uno, el primero estuvo menos de dos meses en la presidencia mientras que Aramburu lo sucedió y se instaló allí casi dos años y medio. ¿Puede esto llamarnos la atención?

—Yo creo que en realidad solo puede llamar la atención si uno le atribuye a la dinámica política una racionalidad que no suele tener. Quiero decir: la Argentina estuvo al borde de la guerra civil en el '55. Podría haber dependido eso de una orden de Perón. Hubo combates que en general la historiografía no registra, hubo enfrentamientos en el interior, días de conflicto.

En Rosario la resistencia civil fue muy importante. Tomo a Rosario como ejemplo porque hay un libro muy interesante que se llama “Crónicas de la resistencia”, que escribió un militante comunista que había pasado al peronismo, de apellido Vigo. Este libro se publicó alrededor del año '73, son memorias de Vigo que relata la actividad de algunos grupos de la resistencia en Santa Fé, en Rosario y en Capital entre 1955 y 1956.

En el marco de la resistencia, cabe señalar que el intento de contragolpe del 9 de junio del que ya hablamos, sucedió muy tempranamente, no hacía ni un año de que lo habían derrocado a Perón cuando Valle y Tanco se sublevaron. A su vez hubo combates entre las propias fuerzas militares, y se sumaba al conflicto esta resistencia civil que muy rápidamente se organizó en Rosario. Entonces era una situación delicada. El bombardeo a la Plaza de Mayo no había ocurrido hacía mucho tiempo, en ese bombardeo según los estudios más serios murieron incluso dirigentes sindicales y trabajadores que estaban contemplando la resistencia armada. Así que fue un momento bastante incierto de nuestra historia, porque a pesar de que la retirada inicial de Perón a Paraguay descomprimió, estaban actuando cantidad de grupos políticos y militares, con distintas perspectivas ideológicas.

A mi me parece que el desplazamiento de los primeros cargos de las fuerzas Lonardistas y la llegada del antiperonismo más radical y más visceral encarnado en Aramburu y Rojas, se explica entonces por la interna militar. Y como te digo esta es una de las múltiples internas que se debían estar jugando en ese momento en cantidad de escenarios, incluso a lo interno del propio peronismo.

Aramburu asumió el cargo el mismo día que su antecesor fue desplazado, el 13 de noviembre, y sostuvo como vicepresidente a su aliado, el almirante Isaac Rojas. Disolvió el partido peronista, proscribió a sus dirigentes, clausuró los periódicos afines, declaró ilegales las huelgas de la CGT e intervino la central sindical.

—Y en esa serie de disputas, Rojas, ¿qué papel jugaba?

—Yo hablé de la interna militar, en realidad estaba más bien pensando en la interna del Ejército. En cuanto a la diferencia de las Fuerzas... la Aeronáutica prácticamente no tenía participación. Por otro lado la lógica del enfrentamiento del Ejército es una y la de la Marina es otra. A mi me parece que la Marina era una fuerza antiperonista más homogénea. En el Ejército, como decíamos, había habido oficiales peronistas hasta hacía muy poco tiempo e incluso el primer golpe fue dado también por cuadros y oficiales que no tenían una actitud antiperonista tan brutal.

—Se ha dicho que desde las Fuerzas Armadas y desde la oposición política se intentó llevar a cabo una “desperonización” de la Argentina. ¿Qué combatían quienes peleaban contra el peronismo?

—Hay una zona de los grupos políticos civiles que apoyan al golpe, sólo una zona, que lee en su combate al combate antifascista, se imaginan como combatientes antifascistas. Más allá de que vos, yo u otro historiador interprete que esta es una lectura absolutamente disparatada, no importa: combatieron al peronismo en la convicción de que se trataba de un fenómeno por lo menos totalitario, muy cercano al fascismo. Pero hubo otro sector muy amplio del golpismo, que combatió en el peronismo lo que traía de igualitario, de defensa de los derechos del trabajador, de justicia social; en ese sentido, si el peronismo, tal como se ha

sostenido muchas veces, era un bloque heterogéneo desde el punto de vista ideológico, sus enemigos también lo eran. Esto lo decía incluso un hombre que no puede ser sospechado de filoperonista como Halperín Donghi: en el golpe de Estado hubo gente que combatió por la cruz de Cristo y gente que lo hizo por la Constitución del 53', que eran mundos mentales que no se conciliaban fácilmente.

—¿Cómo creés que impactó el golpe de Estado en la población?

—Las movilizaciones que rodearon la llegada de los golpistas al gobierno fueron amplias. Estudiar la composición social de una manifestación, sobre todo cuando no hay presos ni represión, es complicado. Si uno intenta ponderar desde el punto de vista porcentual, a través de los votos, la Argentina que no era peronista, estamos hablando de un 30% o 35%, quizá un 40%, porque los mejores desempeños electorales del peronismo rondaron el 60%. Entonces estoy obligado a suponer que hay entre un 30 y un 40% de la población, uno puede descontar algunos sectores a lo mejor de la izquierda, que ven al golpe con buenos ojos. Eso por un lado.

Por el otro, para el peronismo fue una experiencia terrible, durísima. Si uno ve testimonios orales de la época, tomados poco tiempo después o en la actualidad, respecto de qué es lo que ocurrió en aquellos años, la imagen es de trastocamiento del mundo, el mundo se dio vuelta. Aparece la idea de “no entendíamos cómo podía ser que se quemaran bienes de la fundación, sábanas o colchones, solo porque tenían la etiqueta que decía Eva Perón”. Hubo muchos militantes de la resistencia cuya primer acción fue guardar el busto de Evita de su lugar de trabajo hasta el '73.

Alejandro mencionó a Evita, y es justamente durante el gobierno de Aramburu, en noviembre de 1955, cuando su cuerpo fue secuestrado de la CGT, donde yacía embalsamada. Alguna vez se le escuchó decir al subsecretario de Trabajo del gobierno golpista: “Mi problema no son los obreros. Mi problema es ‘eso’ que está en el segundo piso de la CGT”. Al robarla de allí, los militares intentaron conjurar el peligro de que el edificio de la calle Azopardo se transformara en un lugar de culto. Pero no lo lograron, porque en cada lugar en que la depositaban, más temprano que tarde, aparecían flores. Fue así que se la terminaron llevando a Italia. Pero nos estamos adelantando.

En palabras de Felipe Pigna:

“En la noche del 23 de noviembre de 1955, el teniente coronel Carlos Eugenio Moori Koenig –su apellido significa “rey de la ciénaga”–, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), y su lugarteniente el mayor Eduardo Antonio Arandía ordenaron a los capitanes Lupano, Alemán y Gotten que abandonaran sus puestos de guardia en la CGT sobre la puerta que separaba al cadáver de Eva Perón del mundo exterior. El coronel, el mayor y la patota que los acompañaba traían la orden emanada de las más altas autoridades de la llamada “Revolución Libertadora” de secuestrar el cadáver de la mujer más amada y más odiada –aunque no en las mismas proporciones– de la Argentina. Y así, por aquellas cosas de la “obediencia debida” y del propio odio de clase, cumplieron acabadamente con su misión ante la mirada atónita del doctor Pedro Ara, que veía cómo se llevaban junto con Evita a su obra más perfecta.

Las órdenes dadas por los jefes golpistas, curiosamente denominados “libertadores”, al teniente coronel y su grupo eran muy precisas: había que darle al cuerpo “cristiana sepultura”, lo cual no podía significar otra cosa que un entierro clandestino. Pero el “rey de la ciénaga” no era sólo el jefe de aquel servicio

de inteligencia, era un fanático antiperonista que sentía un particular odio por Evita. Ese odio se fue convirtiendo en una necrófila obsesión que lo llevó a desobedecer al propio presidente Aramburu y a someter el cuerpo a insólitos paseos por la ciudad de Buenos Aires en una furgoneta de florería. Intentó depositarlo en una unidad de la Marina y finalmente lo dejó en el altillo de la casa de su compañero y confidente, el mayor Arandía. A pesar del hermetismo de la operación, la resistencia peronista parecía seguir la pista del cadáver y por donde pasaba, a las pocas horas aparecían velas y flores. La paranoia no dejaba dormir al mayor Arandía. Una noche, escuchó ruidos en su casa de la avenida General Paz al 500 y, creyendo que se trataba de un comando peronista que venía a rescatar a su abanderada, tomó su 9 milímetros y vació el cargador sobre un bulto que se movía en la oscuridad: era su mujer embarazada, quien cayó muerta en el acto.

Moori Koenig intentó llevar el cuerpo a su casa; pero su esposa, María, se opuso terminantemente.

(...)

El hombre tenía una pasión enfermiza por el cadáver. Los testimonios coinciden en afirmar que colocaba el cuerpo – guardado dentro de una caja de madera que originalmente contenía material para radiotransmisiones– en posición vertical en su despacho del SIE; que manoseaba y vejaba el cadáver y que exhibía el cuerpo de Evita a sus amigos como un trofeo. Una de sus desprevenidas visitantes, la futura cineasta María Luisa Bemberg, no pudo creer lo que vio; azorada por el desparpajo de Moori Koenig, corrió espantada a comentarle el hecho al amigo de la familia y jefe de la Casa Militar, el capitán de navío Francisco Manrique.

Enterado Aramburu del asunto, dispuso el relevo de Moori Koenig, su traslado a Comodoro Rivadavia y su reemplazo por el coronel Héctor Cabanillas, quien propuso sacar el cuerpo del país y organizar un “Operativo Traslado”. Allí entró en la

historia el futuro presidente de facto y entonces jefe del Regimiento de Granaderos a caballo, teniente coronel Alejandro Lanusse, quien pidió ayuda a su amigo, el capellán Francisco “Paco” Rotger. El plan consistía en trasladar el cuerpo a Italia y enterrarlo en un cementerio de Milán con nombre falso. La clave era la participación de la Compañía de San Pablo, comunidad religiosa de Rotger, que se encargaría de custodiar la tumba. El desafío para Rotger era comprometer la ayuda del superior general de los paulinos, el padre Giovanni Penco, y del propio Papa Pío XII.

Rotger viajó a Italia y finalmente logró su cometido. A su regreso, Cabanillas puso en práctica el Operativo Traslado. Embarcaron el féretro en el buque Conte Biancamano con destino a Génova; acompañaban la misión el oficial Hamilton Díaz y el suboficial Manuel Sorolla. En Génova los esperaba el propio Penco. El cuerpo de Evita fue sacado del país bajo el nombre de “María Maggi de Magistris”.

Evita fue inhumada en el Cementerio Mayor de Milán en presencia de Hamilton Díaz y Sorolla, quien hizo las veces de Carlo Maggi, hermano de la fallecida. Una laica consagrada de la orden de San Pablo, llamada Giuseppina Aioldi, conocida como la “Tía Pina”, fue la encargada de llevarle flores durante los 14 años que el cuerpo permaneció sepultado en Milán. Pina nunca supo que le estaba llevando flores a Eva Perón.

La operación eclesiástico-militar fue un éxito y uno de los secretos de la historia argentina mejor guardados.”

—El fervor iconoclasta de “la libertadora” no solo se jugó en el plano simbólico, sino que a partir de marzo del '56 el decreto 4161 convirtió en delito nombrar a Perón, a Evita o evocar cualquier símbolo partidario. Esa fue una medida particularmente fuerte.

Nuestro entrevistado ha comenzado a dar cuenta del fenómeno complejo que conocemos como “Resistencia peronista”, que tuvo su auge durante la presidencia de Aramburu. El 1° de marzo de 1956 el Poder Ejecutivo decretó el artículo 4161 que prohibía la utilización del nombre, imagen o símbolos vinculados a Perón, quien pasó a ser nombrado como el “tirano depuesto”. Violar este artículo era considerado un “delito de opinión” no excarcelable. Se llevó a cabo una “depuración” de oficiales sospechados de filoperonismo y se demolió el Palacio Unzué, ex residencia presidencial, donde había fallecido Evita. Por eso Aramburu fue el primer gobernante argentino que utilizó la Quinta de Olivos como domicilio presidencial, ya que había demolido la anterior.

En lo económico las noticias no fueron mejores: Aramburu adhirió a la mirada del economista Raúl Prebisch quien proponía volver al sistema agroexportador que durante el peronismo había sido complementado con la sustitución de importaciones. La Argentina ingresó al Fondo Monetario Internacional (sí, ingresamos a dicha entidad durante una dictadura, por lo que nuestra presencia ahí nunca gozó de legitimidad alguna) y bajo la gestión de Adalbert Krieger Vasena, contrajo su primer crédito.

Estos hechos, sumados a lo perverso del secuestro, la vejación y el destierro de Eva Perón, explican los motivos de la resistencia y del contragolpe que hemos señalado.

—¿Cómo sería la idea de “trastocamiento de mundo” que mencionaste?

—Haciendo alguna lectura de los testimonios que otros historiadores recogieron y apelando a la historia oral, vemos que para el peronista del común, la imagen que queda es efectivamente la ruptura de un mundo. Es probable que los militantes, aún quienes no habían militado antes del peronismo e

incluso sin haber transitado la experiencia de estar en la oposición, tuvieran recursos, herramientas intelectuales, emotivas e incluso logísticas, para procesar el cambio político.

Ahora, para la gente que había sido más o menos espontáneamente peronista, por lo menos lo que se deduce de los testimonios orales y entrevistas, es que fue un momento realmente muy duro al punto que algunos historiadores que estudian por ejemplo “movimiento obrero y golpe del '76”, confiesan que muchos de sus entrevistados siguen aludiendo al '55 como ÉL momento. Con la fórmula de: “Bueno, el '76 fue duro, pero lo que fue duro fue el '55”. Quiero decir que en el imaginario peronista, peronista-sindical y peronista militante, el golpe había quedado como un momento tan crucial, tan decisivo, tan funesto, que era igual o superior a lo funesto que luego se reveló el '76.

—La reacción ante todo ese dolor fue la resistencia, ¿cómo se vivió ese proceso?

—Mi impresión es que el peronismo se vio devuelto al llano y puso en marcha muy rápidamente estos dispositivos de resistencia que una generación entera de militantes o adherentes peronistas no conocían porque habían sido oficialistas durante la última década. Entonces hay un patrón que se repite bastante en los primeros tiempos de la resistencia que es el papel más o menos relevante de activistas y militantes que tenían experiencia previa, o sea, que provenían de otros grupos políticos, previos a la aparición del peronismo. Por ejemplo el caso que yo comentaba de Vigo, el caso también de Rodolfo Puiggrós con quien él se encontró por allí en algún momento; algunas personas que venían del nacionalismo también, que tenían el “know how” de cómo se hace para expresar opiniones a intervenir en la disputa política sin manejar el aparato del Estado. Eso el peronismo masivamente no sabía hacerlo.

También está el rol de los dirigentes sindicales: había un dirigente anarquista en Rosario que se había integrado al peronismo y había sido diputado, que es de los primeros que logra imprimir volantes con un sello, un método algo incómodo para imprimir en cantidad, pero ante la falta de mimeógrafo u otros medios, apeló a esto. Entonces hay unos saberes que el peronismo no tenía por falta de experiencia militante en la oposición, cuando en ello podía irte la vida.

—¿Qué otras características tuvo la resistencia?

—Un grado fuerte de espontaneidad y de inorganicidad. Y dificultades para establecer conducciones unificadas, por diferencias de talentos personales, de estrategias políticas, y militares inclusive.

Se desempolvó en el escenario fabril una vieja estrategia, muy antigua, de sabotaje sin mayor grado de exposición. Ya en noviembre del '55 hubo cadenas, yo he tenido más de una en mis manos, de militantes que se dedicaban a copiar a mano en hojas de cuaderno declaraciones que Perón hacía en el exterior, y a distribuirlas. En general terminaban con alguna frase de cierre. En la que yo vi, la frase más usual era: “Trabajadores no olviden a Perón. Perón volverá.” Y firmaba: “Martín Miguel de Gómez, Jefe espiritual de los milicianos de Perón”. La primera debe haber sido Martín Miguel de Güemes, pero alguien después ha copiado mal. Una cosa muy rimbombante, yo nunca escuché hablar de esa organización en ningún ámbito, pero esa es una expresión, como te digo de la resistencia, muy muy de abajo, muy de a pie. En este caso no se trataba de un sector de ninguna organización sindical, sino de algún grupo de militantes localizado, que dejó ya en noviembre del '55 una operación de resistencia de este tipo.

Buena parte de la lucha en resistencia de esos primeros dos o tres años, de fines del '55 hasta que asumió Frondizi, pasó por disputar qué sentido debía darse a la experiencia peronista que

recién concluía. Por eso lo de “Trabajadores no olviden a Perón”, y lo de “No me olvides” en las solapas, que los resistentes utilizaban para identificarse. Hubo una operación muy grande del Estado en manos de los golpistas que insistían en describir de cierto modo la experiencia peronista que había terminado; y la lucha que dio la resistencia fue por decir que dicha experiencia era una cosa distinta de la que el Estado decía. El 4161 se explica por eso, sino es una tontería. Sino nadie puede pensar que la prohibición de la alusión va a generar efecto de algún tipo.

—Para finalizar con el tema de la resistencia, ¿la podemos pensar a nivel nacional o está anclada en algunas urbes?

—Creo dos cosas en torno a esto, y de paso me acerco a algo de lo que hablábamos antes. Pienso que la resistencia tiene que estudiarse a nivel micro, a nivel local. Lo que uno ve luego, un poquito más adelante, son dirigentes que intentaron articular la resistencia, como Gustavo Rearte, el propio Cooke, los dirigentes sindicales como Borro, Ferrarese, Dipasquale; pero la actividad resistente me parece que debe ser estudiada a escala local, eso revelaría mucho más que imaginar un gran movimiento nacional articulado. Lo que sí está poco estudiado y habría que tener en cuenta, es la presencia de la prensa en la resistencia. El nacionalismo filo-peronista Azul y Blanco, por ejemplo, subrepticamente, con denominaciones muy extravagantes para evitar la aplicación del 4161, hacía alusiones al peronismo. Hubo prensa que incluso se vendía en kioscos, no sólo el boletín barrial que también existe o el boletín sindical a mimeógrafo, sino la del militante que con mucho esfuerzo lo hace. Hay registro de una serie de emprendimientos previos a la llegada de Frondizi que aprovechando intersticios que dejaba la política local o alguna reglamentación nacional que se podía eludir, funcionaron, por supuesto con discontinuidad y con tiradas más o menos acotadas,

como articuladores de alguna célula de la resistencia o de grupos que de otro modo hubieran estado todavía más desconectados.

—¿Qué rol tuvieron los diarios de tirada nacional?

—Durante el gobierno de Aramburu la prensa no jugó un papel distinto al que juega en cualquier coyuntura política. Diría que los grandes diarios de ese momento, La Nación, que había permanecido sin intervención en tiempos del peronismo, y el propio Clarín que ya existía, más bien saludaron el golpe, como parte de ese sector de la población que es fuertemente antiperonista. De todas maneras era una coyuntura bastante acotada como para que una acción de prensa masiva pudiera cambiar algo.

Hemos vuelto a donde comenzamos, junio de 1956. La ejecución sumaria de los rebeldes, después de años sin este tipo de represalias en la Argentina, obligó al gobierno de facto a iniciar consultas con los dirigentes políticos que no habían proscripto, para posibilitar la normalización del país. La Constitución del '49 había sido derogada por Aramburu a través de una proclama el 27 de abril de ese año.

El 12 de abril de 1957, a través del Decreto 3838/57, el gobierno militar declaró la necesidad de una reforma constitucional y convocó a elecciones para conformar una Convención Constituyente. La representación se establecería proporcionalmente. El partido peronista continuaba proscripto de modo que no fue parte de la convocatoria. El 28 de julio se realizaron las elecciones.

—¿Cuál es tu mirada acerca de la reforma constitucional del '57?

—Creo que el dato más relevante es el éxito electoral en las elecciones Constituyentes de un peronismo recién derrocado, con un intento de contragolpe que había terminado apenas un año atrás en fusilamientos como los que hacía mucho tiempo no había en la Argentina. Sin embargo, ese peronismo logró alzarse con una muy leve primera minoría, leve, de una diferencia de un par de miles de votos, pero contra partidos muy arraigados. Ese es un dato casi tan importante como las elecciones que en abril del '31 ganó la UCR en la provincia de Buenos Aires.

Esto nos permite volver al tema de quienes combatieron al peronismo en nombre del antifascismo: este triunfo electoral fue uno de los golpes más tempranos a la lectura que muchos intelectuales habían hecho del peronismo como fascismo. Intelectuales y políticos. Dicha interpretación fue anulada, porque de ser fascista, este sería el primer fascismo que, despojado del manejo del aparato del Estado, sigue exhibiendo fuertes anclajes sociales.

Si uno postergara toda otra serie de argumentos, que yo creo que son impostergables, como que las bases del peronismo son obreras y que no hay un régimen de partido único, una serie de cosas que impiden para mí la interpretación del peronismo como fascismo, si todo eso se postergara, cosa que es difícil de hacer desde el punto de vista historiográfico, queda aún la circunstancia de que, despojado del manejo del aparato del Estado, muy rápidamente el peronismo exhibe una capacidad importante de convocar a votar en blanco, que en la sociedad de masas es casi un suicidio. Porque en dicha sociedad, los partidos políticos tienen como objeto ganar elecciones, no ir y votar en blanco. Es muy fuerte convocar este tipo de voto porque va contra la naturaleza del propio partido. En parte eso le pasó también al radicalismo cuando decretó la abstención entre los años '31 y '35. En el caso del '57, es llamativo que tan cerca de un golpe de Estado, tan cerca incluso de los bombardeos y de los

fusilamientos, el peronismo logre una primera minoría para el voto en blanco.

La Convención Constituyente se reunió en la Ciudad de Santa Fe entre el 30 de agosto y el 23 de septiembre de 1957. Al inicio de las sesiones Oscar Alende anunció que la UCRI se retiraba del recinto.

Con el peronismo proscripto, su líder había llamado desde el exilio a votar en blanco. Los resultados de las alternativas más votadas fueron los siguientes:

<i>Voto en blanco</i>	<i>2.119.147</i>
<i>Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP)</i>	<i>2.117.160</i>
<i>Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI)</i>	<i>1.821.459</i>
<i>Partido Socialista (PS)</i>	<i>525.721</i>

Los partidos políticos que apoyaban la reforma (entre ellos la Unión Cívica Radical del Pueblo y el Partido Socialista) alcanzaron 120 bancas. Los partidos que estaban en contra de la reforma (por ejemplo la Unión Cívica Radical Intransigente y el Partido Laborista) obtuvieron 85 bancas.

Se declaró vigente la Constitución de 1853 con las reformas de 1860, 1868 y 1898. Se anularon las reformas introducidas en 1949 y se incorporó el artículo 14 bis, que reconocía derechos sociales y laborales.

—¿Y sobre la Constitución derogada qué señalarías?

—La Constitución del '49 se inscribió en una tradición de Constitucionalismo social, donde uno podría incluir por ejemplo la Constitución Mexicana y la de la República Española. Creo que el juego entre la Constitución del '49 y la Constitución reformada en el '57 señala que no se puede volver atrás con una serie de derechos que en el peronismo fueron reconocidos. Puede que eso

no sea debido sólo al peronismo sino a ciertos factores incluso internacionales. Este contexto obligó al 14 bis, a reconocer una serie de derechos, con una forma que no es la que tenían bajo la Constitución del '49, pero tampoco se pudo volver a la Constitución liberal, decimonónica del 1853. El peronismo y una nueva etapa en la segunda postguerra de la disputa social, política y del reconocimiento de las asociaciones de trabajadores y demás, obligaron a incluir un artículo que reconociera derechos colectivos.

Mientras el gobierno de Aramburu intentaba normalizar la Constitución, se propuso regularizar también en paralelo la situación de la CGT que estaba intervenida. Para ello convocó a un Congreso integrado por los representantes de los distintos gremios, del que deberían surgir las nuevas autoridades de la central obrera. El Congreso se realizó entre el 26 de agosto y el 5 de septiembre en Buenos Aires.

Una Comisión Verificadora debía examinar las credenciales de los delegados, pero cuando presentó su informe se produjeron discrepancias entre los congresistas y un grupo se retiró, con lo cual el Congreso quedó sin quórum, y fracasó la normalización de la CGT. Allí nacieron “Las 62 Organizaciones” que eran los gremios peronistas y comunistas que reclamaban su continuidad. De inmediato comenzaron paros generales contra el gobierno.

Ambas derrotas, el voto en blanco peronista y la imposibilidad de normalizar la CGT, fueron golpes duros para Aramburu. En ese clima de desgaste político se celebraron las elecciones generales que se habían previsto para dar fin al gobierno de facto. Fueron el 23 de febrero de 1958. Triunfó ampliamente la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) con la fórmula Arturo Frondizi-Alejandro Gómez, que tenía el apoyo de Perón y en consecuencia, el voto peronista.

El 1º de mayo, como se había acordado, Aramburu le entregó a Frondizi la banda presidencial.

—Para finalizar, ¿cuál sería tu síntesis del período que inicia en la Argentina en 1955?

—A mi me parece que la coyuntura del '55 en adelante tiene particular importancia porque revela un conflicto radical en la Argentina, una división entre grupos muy amplios de la sociedad. Algunos de ellos ven en el peronismo un movimiento reparador, de conquistas de derechos; otro sector lo ve como un movimiento que conculca libertades. Esta división se hace cada vez más evidente. Pero además esta coyuntura inaugura un problema, central para la democracia argentina, que es la imposibilidad de montar un esquema democrático proscribiendo al partido mayoritario.

Se ha hablado de la república imposible para los '30, el propio Halperín Donghi lo ha hecho así, señalando que sólo podían gobernar esa gente traicionando su ideal republicano. Bueno, aquí no digo que sea exactamente la misma situación, pero era impensable organizar un sistema democrático con la primera minoría... Parece absurdo que hayan intentado consolidar un sistema democrático por la vía de la proscripción bajo distintas formas de la posible primera minoría y es probable que esa debilidad congénita haya llevado a la tutela militar con la que terminaron todos estos experimentos, hasta que en el '73 el peronismo retornó por la vía electoral.

¿Cómo siguió la vida del “Vasco” luego de su tiempo al frente de la nación? Frondizi valoró que hubiese contribuido a que volviera a haber elecciones en el país, de modo que dispuso su ascenso así como el de Rojas a la máxima jerarquía militar. Pedro Eugenio se dedicó a una vida tranquila en su casa de la calle Montevideo. Viajó por Europa, Estados Unidos e Israel. Incluso el Papa Juan XXIII le concedió una audiencia en la Santa Sede. Allá en Italia, seguía enterrada con el beneplácito de la

Iglesia, Eva Perón bajo el nombre falso de “María Maggi”. No creemos que Aramburu le haya llevado flores. Para eso estaba la Tía Pina.

Luego Pedro Eugenio volvió a la política e intentó la vía partidaria. Formó la Unión del Pueblo Argentino y fue candidato a presidente para los comicios del 7 de julio de 1963. En ese momento gobernaba, de facto, José María Guido. Salió tercero, el triunfador fue Arturo Illia. Cuando en 1966 hubo un nuevo golpe de Estado y Onganía asumió el poder, Aramburu no figuró entre los visitantes de la Casa Rosada.

El 29 de mayo de 1970 se conmemoraba el Día del Ejército y se cumplía un año del Cordobazo. Esa mañana sonó el timbre en la casa de Aramburu. Un grupo de uniformados solicitaba hablar con el general. Aramburu salió con ellos a la calle, un automóvil los esperaba con el motor en marcha. Cuando reparó en que lo estaban secuestrando era tarde. El 2 de junio fue ejecutado. El 16 de julio la Policía Federal halló su cadáver en una chacra denominada “La Celma”, propiedad de la familia Ramus, en la localidad Timote, partido de Carlos Tejedor, a 379 kilómetros de la Capital Federal.

Lo había ejecutado la organización Montoneros luego de interrogarlo acerca del paradero del cadáver de Eva Perón y condenarlo a muerte tras “juicio revolucionario”.

Así terminaba la vida del presidente de facto que derrocó a otro presidente de facto.

El 18 de julio de 1970 La Nación publicó:

“Ayer el país perdió su última esperanza. (...) Ahora el pueblo se acongoja ante el crimen que se resistió a aceptar y que lo priva de quien gobernó con decoro, restauró sin alardes las instituciones abatidas por una dictadura y retornó a su hogar con la convicción de haber realizado una obra perdurable. (...) La

figura del teniente general Pedro Eugenio Aramburu se destacó por su grandeza moral.”

En 1996 el coronel retirado Horacio Ballester escribió sus “Memorias de un coronel democrático”. En un pasaje señalaba:

“Un mediodía todos recibimos la orden de presentarnos en la Casa Rosada, de uniforme y armados. Al llegar a la Casa de Gobierno fuimos derivados al 'Patio de las Palmeras' donde permanecimos horas y horas, aburridos y sin que nadie nos explicara para qué estábamos allí. Hacia la media tarde se presentó un coronel, quien nos agradeció mucho nuestra presencia en el lugar y nos indicó que podíamos ya retirarnos a nuestros domicilios. Al cruzar Plaza de Mayo pudimos leer los grandes titulares de los diarios de la tarde: '¡Cayó el general Lonardi! ¡Será reemplazado en la Presidencia de la Nación por el general Aramburu! ¡Numerosos oficiales jóvenes vistiendo sus uniformes y armados, concurrieron desde temprano a la Casa de Gobierno exigiendo la destitución del general Lonardi!’

Así fue como nos enteramos qué habíamos estado haciendo durante toda la tarde en la Casa Rosada. Pese a no ser 'lonardista' me sentí humillado por la forma en que acababa de ser utilizado.”

Algunos pensamientos al término de este recorrido,

Aquella noche de desvelo pensé en “esos tipos”. Mucho trabajo después, la primer conclusión que se desespera por salir a la luz, es que fueron diferentes entre sí. Es algo casi obvio, predecible, ya que nunca es dado generalizar. Pero está tan arraigado en el sentido común de buena parte del pueblo argentino, que los militares “fueron todos iguales”, que necesité andar un camino para ponerles nombre y apellido, y despegarlos unos de otros.

Por supuesto que tienen ese gran factor común que es haber pertenecido a las Fuerzas Armadas y haber destituido gobiernos con el poder que el Estado les había otorgado. Pero luego nos encontramos con seres como Farrell, que secundó a quien estaba bregando por los derechos de los trabajadores, o como Lonardi, que prefirió ser derrocado antes que dejar sus convicciones y se negó a intervenir la CGT o disolver el partido peronista. Y hombres como Uriburu, un general fachistoide que no dudó en fusilar sin juicio, o como Aramburu, cuyas aberraciones hemos ya leído en el capítulo pertinente. De modo que esta es una primer idea fuerza. Necesitamos conocer a los militares que nos gobernaron, por lo que tuvieron en común pero también por aquello que los diferenció.

La necesidad de estas lecturas deviene de los valores imperantes en nuestro tiempo presente. Sería inadmisibile hoy un golpe de Estado en nuestro país. Pero los actores destituyentes han sofisticado sus técnicas, y ya no llegan con tanques, porque eso sería obsceno. Lo hacen de formas más sutiles pero no por eso menos eficaces. De modo que allí está la importancia de tener una lectura clara del pasado. Para identificar a los actores, a sus intereses, y que esos saberes nos propicien mejores decisiones para la actualidad.

Por otro lado, si ampliamos la mirada y nos enfocamos en la región latinoamericana de la que somos parte, sí ha habido golpes de Estado en los últimos años, algunos de ellos fallidos y otros “exitosos”. El primer intento que inauguró esta ola destituyente ocurrió en Venezuela, en octubre de 2002, cuando el presidente constitucional Hugo Chávez Frías, estuvo detenido durante dos días. El segundo operativo, que también fracasó, procuró derrocar a Evo Morales en Bolivia, en el año 2008. En junio del 2009 fue el turno de Honduras, Manuel Zelaya fue efectivamente depuesto y reemplazado por Porfirio Lobo. Un año después, en septiembre de 2010, hubo una nueva embestida contra las instituciones democráticas en Ecuador; cuando el presidente Rafael Correa fue secuestrado durante algunas horas. Junio de 2012 fue el último año que presencié un golpe certero, el presidente paraguayo, Fernando Lugo, fue apartado de su cargo con la excusa de un juicio político y en su lugar se instaló Federico Franco.

Estas calamidades dan cuenta de la lamentable vigencia del tema que hemos abordado, y de la importancia del análisis de nuestro pasado, como una herramienta de valor presente.

Si continuamos dicho análisis a partir de las entrevistas realizadas, una segunda gran noción es que los militares golpistas siempre fueron los mismos. El seguimiento de sus trayectorias deja al descubierto que si bien fueron protagonistas en algún golpe en particular, estuvieron en todos ellos. Esta vocación antidemocrática fue constitutiva de sus identidades. Durante su entrevista, Verbitsky mencionó un libro de su autoría, “Medio siglo de proclamas militares”. Resulta pertinente retomar un fragmento de la introducción del mismo, porque hace alusión a este tema:

“Esta es una constante de la política militar: los conspiradores de hoy serán los conspiradores de mañana. Cuarenta años antes de expulsar a Yrigoyen, Uriburu fue subteniente del Parque. Perón con muchos de sus camaradas del

GOU ya habían intervenido en el golpe del 30. Los oficiales que acompañaron a Menéndez en 1951 protagonizarán todos los golpes del cuarto de siglo siguiente. Lanusse participó en el derrocamiento de Lonardi dieciséis años antes de abrirse paso a los empujones hacia la presidencia. (...) Los golpistas no son muchos, sino los mismos.”

Otro elemento presente, no solo en los tres golpes que hemos analizado sino en los seis que hubo en total, es la dinámica entre el discurso de la moral y las políticas liberales. En todos los casos los militares dicen sentir el derecho y la obligación de tomar por la fuerza las riendas de la Nación para imponer su disciplina, porque entienden que el pueblo vota mal y los políticos gobiernan peor. Pero lo notable es que luego, con el poder en las manos, fusilan sin juicio, cierran medios de comunicación, ingresan al Fondo Monetario Internacional, acumulan deuda. Es decir, no hay relación entre lo que dicen y lo que efectivamente hacen. Por eso una y otra vez se ven forzados a volver a llamar a elecciones.

Con esto llegamos a un cuarto punto imprescindible. La democracia es un valor de nuestros días. No siempre fue tan importante para la sociedad en general. Dicho valor se fue construyendo con el tiempo, y a consecuencia de tantas experiencias dolorosas, hasta llegar a esta actualidad en que sería inadmisibles un gobierno derrocado. Pero las presidencias de facto que hemos analizado no terminaron porque el pueblo aclamara comicios a gritos. Más bien los generales tuvieron que regresar a sus cuarteles porque condujeron gobiernos desastrosos, en términos de condiciones laborales, crecimiento económico y desarrollo productivo. Lo cual se vincula con el punto anterior; una vez en el poder, todo lo enunciado se desvanecía en el aire.

Cabe recordar aquí que en esas empresas fallidas los militares no estuvieron solos. De todos modos el eje biográfico nos importa porque en definitiva fueron ellos los que se pusieron la banda

presidencial. Es clave ubicarlos en su lugar de seres humanos, hombres comunes que en tanto tales, se pueden repetir. Porque si hubiesen sido bestias mitológicas, muerto el monstruo muere de suyo la monstruosidad. Pero fueron personas. Que fueron al colegio, que tuvieron maestras, vecinos, que un día se graduaron del Colegio Militar y otro día mandaron matar a sus compatriotas. Esta comprensión de su humanidad es la que tiene valor en tiempo presente. Cualquier ciudadano puede en determinado contexto, con ciertos intereses y actores que le hablen al oído, cometer atrocidades. Así como cualquier ciudadano bien intencionado puede hacer cosas maravillosas y por eso es peligroso pensar a nuestros próceres como héroes irreales e inimitables. Uriburu fue una persona. San Martín, también. Ninguno de los dos hizo su gesta en soledad.

Esto nos devuelve al eje de que los militares planearon y ejecutaron su proyecto junto con empresarios, hombres de medios, políticos y clérigos. Esta pata es esencial para comprender lo que sucedió. Sino no se explica. Una banda de lunáticos no toma el gobierno por la fuerza para meternos al Fondo Monetario Internacional porque sí. Es justo y necesario pensarlos como eslabones en una cadena liberal represiva.

Haciendo eje ahora en las diferencias, luego de recorrer estas presidencias, queda claro que más allá de las continuidades, hay también grandes rupturas entre golpe y golpe. Cada uno tiene cualidades específicas sin las cuales sería imposible comprenderlos. En el caso del '30, es clave el contexto de los totalitarismos europeos. Primo de Rivera en España había ejercido como dictador justamente entre 1923 y 1930. Mussolini llevaba adelante un gobierno fascista desde 1922 en Italia. Y Uriburu había estado allá durante su formación castrense, de modo que mamó esas ideas ligadas al poder fuerte y de derecha. También eso explica que su mandato haya sido breve. No tuvo

una base que lo sostuviera entre los militares y fue reemplazado por Justo, que tenía otra relación con las fuerzas civiles.

El caso del '43 es bien distinto porque allí no son las cúpulas militares quienes ejecutan el golpe sino los coroneles, y vienen a derrocar gobiernos abiertamente fraudulentos. Es notorio también que en este caso la fuerza militar que derrocó al presidente Castillo fue contundente, diez mil hombres. En el caso anterior, era evidente que Uriburu estaba solo en su empresa, porque solo 600 soldados embistieron a Yrigoyen. Otro elemento propio del '43 es que nadie pudo haber imaginado que desembocaría en las elecciones de 1946, con la altísima participación que las caracterizó.

El caso del '55 es también único en su especie ya que la Iglesia Católica fue un actor central del mismo. Las Fuerzas Armadas, buena parte de cuya oficialidad era aún peronista, fueron apenas un elemento más, pero no el factor central como en los dos casos anteriores. Incluso a lo interno de la Iglesia hubo conflictos, como vimos en el capítulo respectivo, al poco tiempo del golpe ciertos curas comprendieron que habían actuado en favor de la oligarquía y cambiaron de postura. Del mismo modo se dieron grandes disputas entre los militares, que se pueden apreciar en el derrocamiento de Lonardi a manos de sus propios compañeros de armas.

A modo de síntesis este libro ha intentado abordar algunos temas de la historia argentina que son importantes desde su lectura presente. El período democrático más largo del que la Argentina contemporánea tenga registro, amerita repasar estas zonas de sombra. Conocerlas en sus particularidades así como en sus puntos de encuentro. La democracia en sí misma no basta para garantizar los derechos y las libertades de los pueblos, pero es la condición mínima sobre la que edificarlos.

Textos recomendables para profundizar acerca de los temas abordados en este libro:

Cattaruzza, Alejandro. Una biografía de Marcelo T. de Alvear. Ed. Fondo de Cultura Económica. 1997.

Devoto, Fernando. Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia. Editorial Siglo XXI. 2002.

Potash, Robert A. El ejército y la política en la Argentina; 1928-1945. Buenos Aires: Sudamericana. 1981.

Ramos, Jorge Abelardo. Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Editorial Plus Ultra. 1973.

Romero, José Luis. Breve Historia de la Argentina. Fondo de Cultura Económica. 1997.

Rouquié, Alain. Poder militar y sociedad política en la Argentina. Emecé Editores. 1998.

Scalabrini Ortiz, Raúl. Yrigoyen y Perón. Editorial Lancelot. 2009.

Verbitsky, Horacio. Medio siglo de proclamas militares. Editora/12, colección "presente". 1987.

Walsh, Rodolfo. Operación Masacre. Ediciones de la Flor. 1972.

Quiero hacer un especial agradecimiento a Mónica Deleis, Ricardo de Titto y Diego L. Arguindeguy, autores de "El libro de los presidentes argentinos del siglo XX" (Editorial Aguilar, 2000), que me resultó de un valor inestimable en el marco de este proyecto. Fue una guía y un material de permanente consulta. Recomendando por supuesto su lectura.

*“Para los atenienses el
antónimo de olvido no era
memoria, era verdad.
Yo estoy de acuerdo.”*

Juan Gelman